

300
jazmín
los más bellos romances del mundo
¿Cómo era posible que siguiera amando al hombre que la había engañado años antes, convirtiendo su vida en un infierno?
No quiero volver a verte
Anne Mather
Novelas con corazón
Bianca
BARBARA CARTLAND

No quiero volver a verte

Anne Mather

No Quiero Volver a Verte (1982)
Título Original: A haunting compulsion
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 146
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jaime Shard y Rachel Williams

Argumento:

Rachel estaba indecisa de pasar las fiestas navideñas en la residencia de los Shard de Newcastle. Después de todo, Liz y Rob hubieran podido ser sus suegros si las circunstancias hubiesen sido diferentes.

Jaime, el hijo de los Shard, le había mentido a ella, terminando así sus relaciones. Rachel pensó que jamás volvería a enfrentarse a Jaime, hasta que no oyó a la madre de él exclamar: "¡Jaime está en casa!"

Capítulo 1

—“Por favor, ven, Rachel. No puedes pasar las navidades sola en Londres. Jaime no estará en casa, eso lo sabes. Si fuera así no esperaríamos que vinieras. Pero ya sabes lo mucho que a Robert y a mí nos gustaría volver a verte, así que ven, ven, ven…“

Rachel cerró los ojos al oír que las palabras hacían eco en su cabeza una y otra vez, como un martillo implacable que golpeaba contra su cerebro. Liz estuvo tan comprensiva cuando murió el papá de Rachel, y tan determinada a que no pasara sola en su apartamento las festividades, que a la joven le pareció una grosería seguir rehusando. ¿En dónde estaba el daño después de todo? Liz y Robert eran personas agradables y a ella le simpatizaban. Y ya que Jaime pasaba tanto tiempo en el extranjero, ellos sin lugar a dudas, estarían encantados con una compañía juvenil.

Rachel suspiró y volvió a abrir los ojos cuando las luces de Durham aparecieron a través de una oscura bruma delante del tren. Unos cuantos kilómetros más y estarían en Newcastle, su destino. La perspectiva ya no era muy halagüeña.

Tal vez no debió haber venido. Este era el hogar de Jaime, no el suyo; éstos eran los padres de él. La habían tratado más como a una amiga de la familia que como a la… ¿qué de su hijo? Rachel apretó los labios instintivamente. ¿Secretaria? ¿Novia? ¿Amante? La recorrió un escalofrío Fuera lo que fuera, ya no lo era. ¿Podría hablarles como antes? ¿Cómo discutiría sus planes para un futuro en que ellos no tomaban parte? Era una situación imposible. Podía imaginarse las incómodas miradas, los embarazosos silencios mientras cada uno de ellos se arrepentía del impulso que los hizo reunirse. Y estaban comprometidos a diez días de ese purgatorio, iba a ser terrible.

En un intento de sacudirse la melancolía que se apoderaba de ella, Rachel se enderezó en el asiento, y sacó la polvera del bolso. El compartimiento del tren iba casi vacío, así que abrió la polvera y examinó su imagen en el espejo.

Sólo necesitaba retocarse los labios, el viaje de tres horas y media desde Cross no causó cambios dramáticos en su aspecto. Observó los mismos rasgos de *madonna*, el espeso cabello castaño oscuro con la raya al medio. Los pómulos salientes y ligeramente teñidos de un color que la favorecía, la nariz recta, la boca ancha con el labio inferior sensual, engañosamente vulnerable. Sin embargo, no estaba satisfecha del aspecto de su rostro. Los rasgados ojos verdes rodeados de oscuras pestañas hacían resaltar más su frialdad. Hacía ya mucho tiempo que su belleza había dejado de agradarle; el gusto que le daba saber que los hombres la encontraban atractiva, murió cuando Jaime demostró lo inútil que era eso; y aunque todavía atraía miradas masculinas

donde quiera que fuera, había aprendido a mantener a distancia al sexo opuesto.

El tren pasó con lentitud por la estación de Durham sin detenerse y luego volvió a tomar velocidad entre las dos ciudades. El aire ya se sentía más frío, aun dentro de la comodidad del compartimiento con aire acondicionado. Hacía más de dos años, que Jaime la había traído a Clere Heights para presentarla a su familia. Recordaba lo fuerte que soplaba el aire, el sonido del viento al silbar alrededor de los aleros de las casas y el alboroto de las olas, cuya espuma caía sobre las rocas que estaban debajo. Clere Heights estaba construida a la orilla del océano, en lo alto de las corrientes del Mar del Norte y no había lugar en la casa dónde uno pudiera escapar del desagradable estrépito.

Rachel recordaba, sin entusiasmo que el cuarto de Jaime estaba en la parte trasera de la casa, con vista a la bahía, que en verano podía estar tan calmada y azul como el Mediterráneo, pero en las noches de invierno el ruido de los elementos era más fuerte allí y necesitó cierta determinación para alejar los recuerdos que evocaban sus pensamientos. Impaciente se dijo que todo estaba en el pasado, pero eso no evitaba que le doliera.

Por supuesto que los padres de él lo supieron, pero ella no los culpó. No eran responsables del comportamiento de su hijo y la amistad que surgió entre Rachel y los Shard, sobrevivió a pesar de todo. Sin embargo, no podía dejar de sentir que aceptaba su hospitalidad bajo falsas pretensiones y dudaba que Jaime lo aprobara cuando se enterase.

El tren pasó ruidosamente sobre el puente Tyne y debajo se oyó la sirena de un barco, a través de la niebla que envolvía al río. La estación estaba un poco más allá del puente era un edificio viejo, oscurecido por la cantidad de vapor e impregnado del olor de diesel.

El expreso que la trajo de King's Cross entró en la plataforma y Rachel, después de ajustarse el cinturón del abrigo de cuero rojo oscuro, levantó la maleta y se abrió paso hacia la puerta. Imaginó que el padre de Jaime iría por ella, por lo que descartando los servicios que le ofrecía un mozo joven, cuya mirada brilló al ver la flexibilidad de su cuerpo, caminó lo más rápido que pudo hacia la salida.

Sin embargo, no había señales de Robert Shard entre la gente que esperaba a los pasajeros del tren. Estaba segura que su cabeza gris sobresaldría enseguida porque era tan alto como su hijo, pero los grupos que esperaban estaban formados por mujeres en su mayoría.

—¡Rachel! ¡Rachel, aquí estoy!

El tono de voz femenino, ligeramente apagado, atrajo la atención de la muchacha cuando metía el boleto de regreso en el bolso que llevaba al hombro. Al mirar a su alrededor, no vio al padre de Jaime sino a la madre que corría hacia ella sonriente, con el atractivo rostro

enrojecido por la ansiedad.

—¡Oh, querida mía, temí llegar tarde!

Elizabeth Shard la abrazó con calidez y le dio un beso de bienvenida en la tersa mejilla.

—Hay mucha neblina en las afueras de la ciudad y me quedé parada detrás de un trailer, convencida de que el tren llegaría puntual.

Rachel rió y devolvió entusiasmada el abrazo, sintiendo que sus recelos anteriores se desvanecían un poco ante la calidez del saludo de la señora.

—La verdad es que llegó a tiempo y tú también, cálmate. Acabo de bajar de la plataforma.

—¿De veras? —Liz la miró fijamente y después sonrió—. ¡Gracias a Dios! Ya puedo volver a respirar con tranquilidad. Ahora deberíamos buscar ayuda.

Antes que Rachel pudiera protestar, Liz llamó al mismo mozo que ella no aceptó, pero por fortuna, el hombre pareció no notarlo. Levantó la maleta y la bolsa de cuero que contenía el libro y las revistas que la joven llevó para el viaje y las guió hacia la salida. Liz pasó su brazo por el de Rachel y la instó a seguirlo.

—Por lo menos no tuve dificultad en estacionarme —comentó cuando salieron al aire húmedo y brumoso, pero Rachel creyó notarle cierta ironía en la voz y se extrañó. Tal vez tenía que ver con la razón por la que Robert no fue a recogerla y esperó que su visita no fuera motivo de discusión entre ellos.

—¿Tuviste buen viaje? —Preguntó Liz, supervisando que metieran las pertenencias de Rachel en la cajuela del elegante Jaguar gris que las esperaba en el patio de la estación—. Hace una noche muy fea. No parece vísperas de Nochebuena. Me pregunto qué habrá pasado con todas nuestras blancas navidades.

Rachel sonrió y contestó algo apropiado. Luego se acurrucó agradecida en el asiento delantero del auto, donde había una temperatura confortable y cuando Liz se sentó a su lado, ésta le comentó:

—Sí, hace bastante frío, pero no importa, en Clere Heights todavía hay chimeneas con fuego acogedor.

—Espero con ansiedad estar ante él —Rachel se acomodó mejor en el asiento, pero volvió a percibir cierta tensión cuando Liz puso en marcha el motor.

—Cuéntame cómo estás, Rachel, sentimos mucho lo de tu padre. Debió haber sido una impresión terrible.

—En cierta forma, aunque no fue algo completamente inesperado. Sufría del corazón desde hacía años —la joven suspiró.

—Sí. Recuerdo que Jaime…quiero decir…hablaste del asunto la otra vez que estuviste aquí.

Rachel asintió, consciente de lo difícil que iba a ser evitar el nombre de Jaime y agregó:

—Ya pasó. Hace cuatro meses que murió papá y gracias al cielo tengo mi trabajo.

—Así es —Liz disminuyó la velocidad por los semáforos y luego prosiguió—. ¿Ahora eres asistente del director? Eso debe ser más excitante que el trabajo de secretaria.

—¡Oh, sí! Puedo usar mi iniciativa, no la de otro. Me parece muy interesante —habló con entusiasmo.

—Espero que no sea demasiado pesado —Liz le dio una rápida ojeada—. Te veo… más delgada. Ojalá no te estén haciendo trabajar más de lo debido.

Rachel sonrió.

—Más delgada no es una descripción halagadora —comentó bromeando—. Deberías decir más esbelta. Delgadez implica flacura.

Liz sonrió sin deseos.

—No estás precisamente así, tan… llenita como te recordaba.

Rachel inclinó la cabeza. Eso era cierto. Pero no todo se debía al trabajo o a la pena por la muerte de su padre. Perdió peso después del rompimiento con Jaime y jamás lo volvió a recuperar.

—Basta de hablar de mí… ¿Qué hay de ti… y Robert? ¿Están bien los dos?

—¿Rob y yo? —Liz habló un poco agitada—. Sí. Sí, estamos bien, gracias, Rachel. No tenemos ninguna molestia excepto un resfriado ocasional y un poco de reumatismo —movió los hombros para restarle importancia— Supongo que es la edad.

—No eres vieja.

—Este año cumpliré cincuenta y siete y Rob tiene sesenta. No nos volvemos más jóvenes

—Eso no es ser viejo —agregó Rachel con afecto—. ¿Sigue Rob trabajando tanto como antes? Seguramente ya no va a la oficina todos los días.

—Todos los días no. Desde que Robin entró en la compañía, le ha quitado mucha carga a su padre y espero que pronto esté al frente de todo.

Robin era el hermano más joven de Jaime. Cuando Rachel conoció a Jaime, él estaba en la universidad y ella sólo lo vio una vez. Sabía que ahora estaba casado y Liz mencionó en su última carta, que por fin, se habían convertido en abuelos. Rachel pensó que deseaban que Jaime hubiera sido como su hermano, que trabajara en el negocio de acero de la familia, pero a él, nunca le gustó llevar una vida ordenada.

—Supongo que tu nieta debe tener ahora dos meses —murmuró Rachel, porque necesitaba decir algo en ese momento, no sabía exactamente qué y Liz asintió.

—¿Lisa? ¡Oh sí! Está preciosa. Su abuelo y yo vemos a Robin y a Nancy muy a menudo —sonrió.

Rachel lo tomó en cuenta y se preguntó cómo habría reaccionado el hermano de Jaime al saber que iba a pasar las navidades con sus padres. ¿Sería esa la razón por la que Liz se ponía tensa a ratos o adoptaba un repentino aire de forzada cortesía tan fuera de lugar con su habitual charla franca y amena? Comenzaba a tener la impresión de que no todo andaba bien en Clere Heights y decidió averiguarlo.

—¿Pasa algo, Liz? Quiero que seas honesta conmigo —y cuando la mujer comenzó a protestar, agregó:— Sé que me invitaste a venir y realmente estoy agradecida, pero si te causa algún problema con la familia.

—¿Con la familia? —Liz la interrumpió impaciente. ¿Rachel, qué problema podría crear con la familia tu llegada?

Rápidamente Liz negó con la cabeza y Rachel volvió a insistir.

—Me sentiría mortificada al saber que te comprometiste y ahora no puedes cambiar de idea. Yo puedo quedarme en un hotel.

—No lo digas —Liz era sincera y Rachel suspiró.

—Pero algo anda mal. ¿Acaso es Robert? Esperaba que él fuera por mí…

—Jaime está en casa.

Liz la interrumpió deliberadamente con su explicación y Rachel palideció.

—¿Qué… qué dijiste? —la voz se oía débilmente, pero Liz no tuvo que repetirlo. Había dicho que Jaime estaba en casa y el impacto la dejó anonadada.

—Lo siento, querida, es cierto, no sabíamos que vendría. Fue algo inesperado, llegó anteayer…—hablaba apresurada tratando de dar explicaciones.

—Debiste avisarme, hubiera hecho otros arre…—Rachel logró articular las palabras con dificultad.

—No nos dejó. ¿Y además, por qué ibas a hacerlos? Te invitamos, a él, no. Y si no lo hubieran herido, no estaría aquí…

—*¡Herido!*

Rachel no pensó que fuera posible sentir una impresión más fuerte, pero así fue. Se volvió y miró a la madre de Jaime asombrada, Liz le contó lo que había pasado.

—Está bien —le aseguró mientras Rachel luchaba por controlar el deseo de agarrar a Liz por los hombros y sacudirla para que le diera toda la información—. Es una herida fea, pero sobrevivirá. Tiene suerte de que no lo hayan herido antes, a pesar de todos los lugares adonde lo enviaron. Sólo Dios sabe cómo pudo escapar con vida.

Rachel no quería creer lo que oía, tenía seca la boca y perlas de sudor corrían por su frente. Le habían disparado a Jaime, alguien que

trató de matarlo, pero milagrosamente escapó. ¿Cómo sucedió? ¿Dónde le dispararon? ¿Y cuánto tiempo le llevaría sanar?

—Sé que debe ser un golpe para ti, Rachel. ¿Puedes imaginarte lo que sentimos cuando apareció el martes por la tarde? De Masota lo trajeron el lunes en avión y creo que hubieran preferido que pasara unos días en un hospital en Londres, pero ya sabes cómo es Jaime. Voló a Newcastle el martes por la mañana e hizo arreglos para que un auto de alquiler lo trajera a la casa.

Rachel respiró hondo, tratando de dominar la sensación de pánico. Molesta se burló de sí misma, pensando que era ridículo. Se estaba comportando como una tonta. ¿Por qué debía importarle lo que le sucediera a Jaime Shard? Ya no significaba nada para ella y era seguro que ella tampoco para él. ¿Por qué preocuparse sólo porque estaba herido? Merecía sufrir por la forma en que lo hizo con ella y con Betsy. Tal vez el destino era menos implacable de lo que pensaba, quizá a todos les llegaba su recompensa.

—Mencionaste…mencionaste Masota —dijo Rachel sin decidir qué hacer. Era obvio que no podía quedarse en Clere Heights ahora, dijera Liz lo que dijera, pero por otra parte, difícilmente podía exigir que regresara y la llevara de nuevo a la estación.

—Sí, Masota —afirmó Liz, acelerando cuando las afueras de la ciudad quedaron a sus espaldas y la niebla las envolvió en su fantasmal abrazo—. ¿Sabes en dónde queda? Es una república situada en el centro de África —suspiró y tuvo que disminuir la velocidad de nuevo al ver reducida la visibilidad—. Hubo un golpe de estado, debes haberlo leído. Por eso estaba Jaime en Kamsuli. Fue una de esas terribles coincidencias El equipo de los camarógrafos cayó en una emboscada de las fuerzas gubernamentales y pasó cuatro días en un hospital de la prisión antes que lo dejaran salir.

—¿Y… y cómo está? —Rachel se humedeció los labios.

—Supongo que bien, bastante calmado. ¿No lo estarías tú?

—Lo siento por… por ti. Debe haber sido una impresión terrible verlo aparecer así —comentó la joven.

—¿Con la pierna rígida y caminando con muletas? ¡Dios mío! Al principio creí que se la habían amputado. ¡Se me heló la sangre!

Rachel podía imaginar su reacción y pensó que era típico de Jaime no darles ningún aviso.

Escogiendo cuidadosamente sus palabras, dijo:

—Como ves, Liz, yo… yo no puedo quedarme como pensábamos. Quiero decir… que no puedo.

—¿Por qué? —Liz se volvió para mirarla suplicante—. Rachel, querida mía, sé cómo debes sentirte, créeme. Pero trata de comprender también mis sentimientos. Por eso vine y no Rob. Pensé… tal vez tontamente, que podrías tomar la noticia con más naturalidad

si era yo quien te la daba.

—Bueno, la tomaría… la tomo. Liz, aprecio lo que tratas de hacer, de veras, pero… —Rachel encogió de hombros.

—Si te vas, Jaime también se irá.

Rachel contuvo la respiración.

—¿A qué te refieres?

—Cuando le dijimos… es decir— a Jaime… que vendrías, él adivinó cómo reaccionarías cuando te enteraras de que estaba aquí.

“Apuesto que sí” pensó Raquel tensa, pero no lo dijo.

—Sabía que si te avisábamos de su presencia, no vendrías. Querida mía, es Navidad. ¿No quieres olvidar estas… inesperadas circunstancias? —con suavidad puso su mano sobre la de Rachel, colocada en el regazo.

—¿Qué quisiste decir con eso de que si yo me voy Jaime se irá también?

—Eso fue lo que dijo —habló Liz con amargura y Rachel pensó que estaba siendo injusta con la señora. Eso también era típico de la forma en que Jaime usaba a la gente. Sabía que no podía detener a Rachel por métodos normales, pero amenazándola con irse le ataba las manos. ¿Cómo podía hacerlo sabiendo que privaría a los padres de la compañía del hijo durante esta estación del año, sobre todo cuando lo veían tan poco? Tenía su hogar en Londres donde pasaba la mayor parte del tiempo, en el lujoso apartamento con su magnífica vista de la ciudad. Eran raras las veces que viajaba al norte y fue mala suerte que hubiera llegado ahora, cuando la joven Rachel hizo planes para visitarlos.

Rachel bajó la cabeza sin, saber qué contestar y la señora suspiró.

—Mira, querida, sé que todo esto te ha llegado como un choque y probablemente piensas que somos poco razonables en esperar que te quedes pero ¿lo crees tan imposible? Después de todo, no es como si fueras a quedarte sola con Jaime ni nada de eso. Robin, Nancy y el bebé llegarán mañana, y el día de Navidad, tendremos una fiesta —esperó la respuesta de Rachel y como no le dijo nada, agregó—: Estoy segura que la disfrutarás. Imagínate cómo nos sentiríamos si por culpa de Jaime te alejaras.

¡Era inútil! La muchacha apretó los labios con fuerza y trató de encontrar una salida, pero no la había. Por más que trataba de encontrar una respuesta, no la hallaba y podía imaginarse la amargura que eso causaría si insistía en regresar a Londres, sobre todo porque estaba herido y había buscado el apoyo de sus padres.

Respiró agitada. Iba a tener que tomarlo de la mejor manera posible, por lo menos hasta que pasara la Navidad. No podía desilusionar a los Shard, no ahora, después que fueron lo suficientemente amables para abrirle las puertas de su hogar. No era

culpa de ellos que Jaime hubiera llegado y cambiado todos sus arreglos. Y como evidentemente tenía herida una pierna, de seguro pasaría gran parte del tiempo en su habitación. Necesitaría recuperar su fuerza y después de tanto tiempo, ella no tendría temor de verlo.

—Está bien, me quedaré, Liz. Por lo menos el fin de semana, después de eso… veremos.

—No te arrepentirás, querida —el alivio de Liz fue palpable—. No sé qué hubiera hecho si te hubieses rehusado —dejó que se le escapara una sonrisa nerviosa— ¡Quiero que todos disfrutemos de la Navidad!

Rachel forzó una sonrisa.

—Espero que no te desilusiones —comentó, incapaz de ocultar un dejo de amargura en la voz. Y por favor… no esperes demasiado.

—¿Te refieres a una reconciliación? —Liz movió la cabeza—. No querida mía, no lo esperamos.

—Bien —respondió Rachel y desvió la mirada, observando la bruma a través de la ventanilla. Pensó que jamás perdonaría a Jaime y la perspectiva de las próximas horas la atemorizó.

A pesar de la niebla, a Rachel le pareció que el viaje había sido muy rápido. Cerca de los cincuenta kilómetros entre Newcastle y Rothside, el poblado más cercano a Clere Heights, lo recorrieron en algo más de una hora y sólo eran las nueves menos cuarto cuando Liz manejó entre los pilares de piedra que marcaban los límites de la propiedad de los Shard. Rachel recordó que el trayecto que conducía a la casa atravesaba un camino de espesos rododendros, que a principios de verano eran una masa de flores moradas, pero en esta época del año, las hojas estaban empapadas con el vapor que se elevaba del océano.

No fue un completo alivio ver que la casa aparecía de pronto frente a ellas. Las luces brillaban a través de las ventanas sin cortinas, y cuando el auto se detuvo, la pesada puerta de roble se abrió de par en par y dejó ver la figura de Robert Shard.

Como la neblina cubría los pisos altos de la casa, Rachel sólo pudo observar los alféizares de las ventanas que sobresalían, las enredaderas que cubrían los muros a los que daban una tonalidad rosada. A través de las amplias ventanas, alcanzó ver el reflejo de las llamas del fuego que Liz le prometió y aunque se dijo que no tenía otra alternativa, pensó que no debió haber venido.

—¡Rachel querida mía! —Robert Shard bajó los escalones y cruzó el jardín para abrirle la portezuela—. ¡Bienvenida a Clere Heights! Me da gusto que hayas llegado. ¿No te parece una noche terrible?

—Por poco llego tarde —comentó su esposa bajándose del auto—. La niebla está muy espesa —le sonrió a Rachel—. Más vale que no hayas volado. Estoy segura de que el aeropuerto debe estar cerrado.

Cuando Rachel se bajó, oyó el sonido del océano y su corazón latió

de prisa. Al devolverle a Robert el beso, con un nerviosismo que trato de disfrazar, aceptó que el clima no estaba de acuerdo con las fiestas, pero luego agradeció que la invitaran.

—Fue un placer —le aseguró cálidamente Robert Shard, dando un paso atrás para estudiarle el rostro—. Supongo que Liz te contó que tenemos un visitante inesperado, debe haber sido una sorpresa para ti.

Eso ni siquiera se acerca a la verdad, pensó Rachel tensa, pero logró ocultar sus recelos.

—Me siento como una… intrusa, estoy segura que todos se divertirían más si yo… no estuviera aquí —miró a la madre de Jaime.

—¡Tonterías! —Robert no quería oír hablar del asunto—. Hemos esperado con ansia tu visita y que nos hablaras de tu vida, ¿verdad, Liz? —Y al ver la afirmación de su esposa continuó—: Entra. ¿Están las maletas en la cajuela? Las traeré.

Rachel titubeó, Liz dio la vuelta al auto y se le acercó, enlazó su brazo con él de la muchacha y la instó a entrar.

—Vamos, estoy segura que Maisie tiene lista la cena, espero que comas algo.

La verdad era que Rachel jamás sintió menos deseos de comer que en ese momento, pero difícilmente podía decirlo y entró en el vestíbulo acompañada de Liz, sintiéndose acobardada. ¿En dónde estaba Jaime? ¿La estaría esperando en la cómoda sala que los Shard usaban la mayoría de las tardes? ¿Estaría en cama? El sólo pensarlo le producía temor y se preguntó si Liz notaría que estaba temblando.

—Quítate el abrigo —le dijo la señora cuando estuvieron debajo del atractivo candelabro que colgaba de la parte alta del vestíbulo. Este estaba cubierto con paneles de madera oscura y con alfombras color oro pálido, y era tan grande como cualquiera de los cuartos de la casa donde Rachel vivió con su padre. Había una escalera amplia y majestuosa, profusamente tallada. Un enorme florero lleno de rosas color crema estaba colocado sobre una mesita, al pie de la escalera y el perfume de las flores se mezclaba con la humedad del exterior. Robert metió el equipaje y con los hombros cerró la puerta.

Rachel se quitaba el abrigo cuando Maisie Armstrong, el ama de llaves de los Shard, entró apresurada, viniendo de la cocina. Había oído cerrar la puerta principal sonrió cuando vio a la visitante.

—¡Nunca llueve, pero cuando llueve, truena! —Exclamó radiante al saludar a Rachel—. Valiente noche para llegar, pensará que aquí sólo tenemos mal clima.

—Sé que no es así —aseguró Rachel, le sonrió y le entregó el abrigo—. ¿Cómo está usted, señora Armstrong? La veo muy bien, el clima parece favorecerle.

—Maisie nació y creció aquí —comentó Robert caminando hacia la escalera—. Ven, Rachel, te enseñaré tu cuarto. Estoy seguro que

querrás unos minutos para lavarte las manos y peinarte, antes de cenar.

La joven asintió, y bendijo su comprensión.

—Si no te importa —contestó mirando ansiosa a la madre de Jaime y ésta le quitó importancia al asunto con un gesto.

—Por supuesto que no. Baja a la sala cuando estés lista —su expresión era tensa.

—Gracias.

Rachel asintió, reprimiendo el deseo de correr y siguió a Robert por la escalera.

En la casa todo era amplio. Su construcción databa de fines del siglo pasado, cuando no se economizaban las dimensiones. Clere Heights era un edificio espacioso de forma irregular, con dos pisos sobre la planta baja y un sótano. Las habitaciones del segundo piso eran más pequeñas que las del primero, en un principio destinadas a acomodar a todo un equipo de sirvientes, pero durante las visitas que hizo con anterioridad, Rachel sabía que esos cuartos apenas si se usaban ahora. Los Shard, quienes habían vivido en la casa durante los últimos treinta y cinco años, hicieron ciertas modificaciones… agregaron calefacción central, baños y modernizaron el sistema eléctrico… pero el ambiente del lugar no cambió y Rachel siempre fue feliz allí, porque había estado con Jaime, pensó ahora con nostalgia sin querer prestarle mucha atención al futuro encuentro.

Robert la guió a lo largo del corredor que daba acceso al ala sur de la casa y abrió la puerta de un espacioso apartamento que cobró vida cuando encendió las lámparas. La suave alfombra verde contrastaba con la sobrecama y las cortinas verde y oro, todos los muebles le eran familiares.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Robert al colocar la maleta al pie de la cama, y Rachel afirmó con la cabeza, demasiado emocionada para hablar—. Pensamos que te gustaría estar aquí —agregó depositando la bolsa de cuero sobre el lecho—. Tómate el tiempo que quieras y acomódate, la cena de Maisie no se echará a perder si espera unos minutos.

—Gracias.

La gratitud de Rachel era evidente por el brillo poco común de sus ojos y Robert titubeó un momento.

—Tú no cambias ¿verdad, Rachel? Sigues siendo el bello enigma. La única muchacha que le ganara a Jaime en su propio juego. Imagino que ese frío exterior lo volvió loco. Me hubiera gustado que te hubiese conocido antes que Betsy le encajara las garras.

Eso dio muy cerca del blanco y como lo sabía, el padre de Jaime dio la vuelta para irse.

—Te veré pronto —dijo levantando una mano como para

disculparse y cerró la puerta con rapidez antes que ella pudiera responder.

Al quedarse sola, Rachel respiró hondo antes de revisar la habitación. Todavía se sentía débil y un poco indefensa y su imagen en el largo espejo del armario no la ayudó. Decidió que fue un error vestirse de oscuro. La blusa de seda, color café oscuro y los pantalones haciendo juego sobre las largas botas de gamuza, se veían modernos pero muy serios. Estaba desaliñada y su aspecto era poco femenino, robándole color al rostro y acentuando lo hundido de las mejillas.

Sin embargo, no tenía tiempo de cambiarse de ropa, por lo que llevó al baño sus artículos de tocador y se lavó el rostro a toda prisa. Su piel se sentía fría, pero ardía en su interior, por lo que levantó una de las toallas de mano y la sostuvo unos minutos contra el rostro, mirando después en el espejo, los ojos verdes la veían persistentes. En silencio se preguntó "¿Dios querido, cómo voy a soportar esto?" Luego colocó, a un lado la toalla antes que la emoción la sobrecogiera.

Creyó que estaba sola. Jamás soñó que el agua que corría serviría de pantalla para que alguien entrara en el cuarto sin que lo oyera y cuando vio la oscura figura recostada en la puerta del baño, se sobresaltó como si hubiera visto un fantasma. Pero el que se enderezó ante su gesto involuntario, quien se la quedó mirando a través de ojos burlones entrecerrados y la saludó con tranquilidad, no era ningún fantasma y ella sintió como si de repente le hubiera dado un golpe en el estómago.

—Hola, Rachel. Pensé que sería más fácil si nos saludábamos en privado. Siento haberte sobresaltado, pero no quería interrumpir lo absorta que estabas contemplándote.

Capítulo 2

Lo sardónico de sus palabras la calmaron y le recordaron su último encuentro. En aquel momento, él estuvo burlón y furioso aunque trató de controlarse y un estremecimiento la recorrió, al pensar en cómo terminó todo.

—¿Qué quieres, Jaime? —Preguntó y se acercó al espejo pasándose un dedo sobre la ceja—. Yo pensaba que cualquier contacto entre nosotros, podría llevarse a cabo en presencia de tus padres y no veo razón para que intercambiemos más que un saludo al encontrarnos a cualquier hora del día.

Habló con frialdad, controlando el temblor de la voz y se sintió satisfecha con el esfuerzo. Él no debía imaginar que su relación anterior le daba más derechos en lo que a ella se refería y era mejor aclarar desde un principio su posición.

—¿Eso es lo que piensas? —La voz de Jaime era baja y sin expresión, ocultaba sus sentimientos—. ¿Crees que tenemos que portarnos como extraños?

—Lo somos —replicó dándose cuenta de que no podía dejar de mirarlo—. Te lo dije, nunca te conocí. Ahora… si no te importa…

Se movió como si fuera a pasar a su lado, pero él obstruía la puerta y como bajó la vista, no pudo evitar ver sus pies calzados con botas y ligeramente separados y a la derecha, la base del bastón que llevaba.

Involuntariamente lo recorrió con la mirada, desde los pies hasta la cabeza. Usaba pantalones color crema, muy ceñidos, y una camisa verde oscuro que llevaba desabotonada en el primer botón mostrando el ancho cuello. Ella era alta, aunque no tanto como él, que medía un metro ochenta, con un cuerpo delgado y musculoso debido más a la vida tan pesada que llevaba que a cualquier deporte. No era un hombre demasiado atractivo. Su rostro, de facciones duras, tenía cierto encanto… ella lo sabía bien; los ojos hundidos y el gesto sensual de la boca poseían un hechizo que era magnético. Rachel sintió ese magnetismo una vez, aun en ese momento lo experimentaba, pero ahora conocía la naturaleza egoísta que estaba detrás de ese exterior *sexy* y se despreciaba por permitir que ello la perturbara.

—¿Me dejarás pasar? —Le preguntó fijando la vista en el botón central de su camisa—. Quiero aplicarme el maquillaje y cepillarme el cabello y tus padres me están esperando para cenar.

Jaime no hizo ningún movimiento para complacerla.

—¿No vas a preguntarme cómo me siento? —Inquirió utilizando la mano libre para pasársela por la cadera—. ¿No quieres saber cómo sucedió y si lograron sacar la bala?

—Realmente no creo que me importe —replicó Rachel insensible

casi sin saber lo que decía, por la urgencia que tenía de apartarse de su lado… para no estar sola con él… en esa situación imposible—. Tu madre me explicó todo lo que yo necesitaba saber. Me dijo que lograste salirte con la tuya como de costumbre. Siempre tuviste la suerte del diablo.

—¡Maldita seas, Rachel! —La dura expresión la hizo ponerse tensa, mirando con fijeza los enojados ojos color café—. ¿Tienes idea de lo doloroso que fue para mí arrastrarme hasta aquí? Sólo para que no te sintieras avergonzada. ¡Y tú, te quedas ahí parada y me dices que no te importa! ¡Eres… eres una pequeña hipócrita! —entonces usó una palabra que Rachel jamás repetiría—. ¡Debía ponerte sobre mi rodilla y darte la paliza que mereces!

Rachel se estremeció pero rehusó dejarse intimidar.

—Creo que encontrarías que eso está más allá de tus capacidades —replicó con la intención determinada de portarse igual que él. Después parpadeó por el dolor cuando sus duros dedos le apretaron el antebrazo.

—No estés tan segura —ella se alarmó al ver la palidez debajo de sus bronceadas facciones. No le mintió cuando dijo que el esfuerzo de ir a verla lo había agotado y a pesar de estar tan amargada, se sintió conmovida.

—¿No crees que esta conversación ya llegó demasiado lejos? —sugirió tranquila sin hacer mayor esfuerzo por librarse—. Siento haber sonado insensible pero acabo de llegar de un viaje largo, estoy cansada y no sabía que al final tendríamos que enfrentarnos.

—¡Tú estás cansada! —se irritó él y apoyó su peso sobre el bastón. Para acercarse a ella—. ¡Sientes haber sonado insensible! —apretó la boca amenazador—. Dios mío ¿crees que ésa es suficiente excusa para la forma en que me tratas?

—Jaime, escucha…

—¡No escúchame tú! —al hablar la acercó a él, tanto que el muslo de ella le tocaba la pierna sana—. No vine aquí a pelear contigo ni a rogar que me tengas compasión. Vine porque sabía que sería difícil para ti, para ambos y quería…suavizar el momento —sonó un poco burlón—. Pero tú no quieres que sea así, sino mantenerme a raya y crear una situación en la que nos sea imposible comportarnos normalmente —sus ojos brillaron furiosos—. Sé que rehusaste contestar mis llamadas y no te diste por enterada de mis cartas, pero pensé… realmente pensé… que aquí podríamos comunicarnos.

—Te equivocaste —Rachel no podía dejar de retarlo. Trató de apartarse de él, pero a pesar de la herida, todavía era mucho más fuerte que ella y luchando, sólo hacía que la situación estuviera más tensa—. Jaime, no tenemos nada que decirnos —se quedó inmóvil cuando él le haló el brazo y le apretó deliberadamente la mano contra

su pierna derecha.

—¡Pálpala! —le ordenó—. Quiero que la sientas.

Rachel desvió la mirada para no dar lugar a otra explosión de ira, aflojó los dedos contra la tela del pantalón. Debajo del oscuro material, pudo notar las vendas estiradas y la tensión en él al tocarlo.

—¿Y bien? ¿No te das cuenta cómo me alteras? ¡Créeme que no estaría aquí si no pensara que todavía tenemos algo que decirnos! —murmuró él.

—Jaime…

La forma en que pronunció su nombre no fue una súplica de perdón, pero cuando levantó la mirada hacia la de él, su expresión de tortura casi la pierde. ¡Dios querido! pensó aturdida, nadie como Jaime podía perturbar sus emociones cuidadosamente controladas y durante un momento de locura quiso que la tocara. Se tambaleó con debilidad cuando la cabeza le dio vueltas y por un instante se oprimió contra su pecho, pero cuando la voz de Liz la llamó desde el pie de la escalera preguntándole si pensaba bajar, el frío razonamiento reemplazó la calurosa urgencia de sus sentidos.

No tuvo que pedirle a Jaime que la soltara. Él giró al oír la voz de su madre.

—¡No te preocupes, no voy a avergonzarte! —camino con evidente dificultad y salió de la habitación.

Robert había servido unas en la planta baja y Rachel aceptó agradecida una copa, esperando que el alcohol calmara sus nervios. Sólo tuvo tiempo de aplicarse un poco de brillo en los labios y cepillarse el cabello y esperó que los Shard no notaran su agitación.

—Me pregunto si Jaime pensará bajar —dijo Liz por fin, después que Robert le preguntó a Rachel acerca de su viaje y sólo obtuvo monosílabos por respuestas. Le dirigió una mirada de disculpa a la muchacha.

—El doctor Manning sugirió que pasara algún tiempo en cama para permitir que sanara la herida, pero tú sabes lo… quiero decir… bueno, Jaime no quiere escucharlo —sonrió avergonzada—. Rob… tal vez debías ir a ver lo que está haciendo —terminó suplicante—, no podemos tener a Maisie esperando indefinidamente.

—Está bien.

Robert se levantó y con un gesto amable, salió del cuarto. En su ausencia, Liz le ofreció otra bebida a Rachel y cuando ésta rehusó, le dijo:

—¿Estás preocupada por el asunto, querida? Sé que no debe ser fácil para ti, pero después de todo, tú y Jaime son personas civilizadas. Pueden hablarse como viejos… amigos ¿o no?

Rachel la miró pensativa.

—Sí… si eso es… lo que Jaime quiere.

—Estoy segura que sí, creo que tal vez esté contento de tener la oportunidad de reparar el daño. No por ninguna razón personal, sino sencillamente porque le gustaría aclarar los motivos de la ruptura.

Rachel no podía contestarle, más que nada porque sus ideas anteriores estaban hechas pedazos. Pensó que podría manejar a Jaime, pero ahora no estaba segura de poderse manejar ella misma y la aterrorizaba saber que todavía tenía el poder de perturbarla.

—Después de todo no va a bajar —Robert regresó a la sala con un aire de alivio—. Dice que prefiere cenar en su habitación, que siente un ligero dolor y no tiene deseos de hacer el esfuerzo de bajar.

—¡Oh! —Liz se mordió el labio y miró incierta el rostro de su invitada—. ¿Y Rachel qué? ¿No quiere verla para saludarla?

—Pide que lo disculpe esta noche —Robert explicó cuando Rachel iba a protestar—. Dice que la verá mañana… y estoy seguro de que será lo mejor para los dos. ¿Les parece que vayamos a cenar?

Sirvieron la cena en el comedor privado que daba hacia las montañas, en la parte trasera de la casa. Esa noche estaban cerradas las cortinas y la única evidencia de la proximidad del océano era el murmullo del mar sobre las rocas. La neblina había reducido la visibilidad y el ruido de las olas llegaba suavemente.

La comida estuvo excelente como siempre, pero Rachel cenó poco, excusándose al decir que había comido en el tren.

—Espero que mi apetito mejore con todo el aire fresco que voy a respirar —Liz le sonrió comprendiéndola.

—Creo que necesitas tiempo para relajarte y volverte a acostumbrar a nosotros —declaró cuando Maisie sirvió el café—. No te preocupes, todo saldrá bien, ya verás.

Sin embargo, fue un alivio cuando por fin pudo escapar a su cuarto. Al cerrar la puerta, Rachel deseó que tuviera llave, pero no la tenía y difícilmente podía poner una silla debajo de la manija. ¿Qué posible explicación podría darles a Liz y Robert si la descubrían en tal situación? Y además, si Jaime se sentía mal, era probable que volviera esa noche a su cuarto.

Alguien encendió el cobertor eléctrico en su cama y después de lavarse la cara y los dientes, Rachel lo desconectó antes de meterse agotada entre las sábanas calientes. El lecho estaba cálido y cómodo y con el murmullo lejano del mar, se dispuso a relajarse. No podía olvidar que la última vez que estuvo en Clere Heights, no durmió sola, y al saber que Jaime estaba a unos cuantos metros del otro lado del pasillo, la llenó de aprensión. Al fin se durmió y aunque el sueño no fue profundo, estuvo lleno de pesadillas.

Rachel se despertó, sintiéndose bastante descansada. En el exterior,

la neblina pareció dar paso a una mañana más brillante y después de ver por unos minutos el juego de luces entre las pesadas cortinas de su ventana, echó a un lado las mantas y fue a investigar por sí misma.

Como sospechó, la niebla había desaparecido y la vista desde la ventana abarcaba todo el jardín del frente de la casa y el pueblo de Rothside a la distancia. Aunque los árboles estaban ahora desnudos y los prados habían perdido su espeso verdor, los setos permanecían tupidos y lozanos.

El pueblo estaba abajo, los techos se veían sólidos con las tejas grises y la cúpula de la iglesia visible sobre un grupo de álamos. El camino al pueblo iba más allá de la barrera de rododendros y se metía entre los campos que Rachel recordaba como de pastoreo. Sin embargo los habían arado, dejando a la vista los surcos, listos para sembrar, cuando la escarcha de invierno desapareciera.

Todo estaba casi igual como lo recordaba, pensó de mala gana y admitió que hasta ese momento no se había dado cuenta de lo grabado que lo tenía en la memoria. La casa, el pueblo y las montañas que bajaban hacia el estuario del río y éste después llevaba sus aguas al Mar de Norte.

De pronto se estremeció, cuando la brisa fresca la envolvió y regresó a la cama para acostarse de nuevo y calentarse, bajo las mantas. Al momento, oyó un ligero toque en la puerta y se quedó rígida. Al comprender que no era probable que Jaime tocara para anunciarse, respondió:

—¡Pase! —la manija dio vuelta y apareció la cabeza de Maisie.

—¡Oh, está despierta! —Exclamó abriendo más la puerta y dejó ver la pequeña bandeja que traía en las manos—. Pensé que tal vez siguiera durmiendo y la señora Shard dijo que no la molestara si no había despertado.

Rachel se relajó.

—Sólo trataba de volverme a familiarizar con todo —le quitó ansiosa la bandeja—. ¡Hum, me vendría muy bien una taza de té, sobre todo el suyo, señora Armstrong.

—¿De veras? —el ama de llaves parecía incrédula, pero le dio gusto oírla y Rachel sentada al pie de la cama, puso a un lado la bandeja.

—¿Está… están despiertos todos? —Preguntó llevándose la taza a los labios—. ¿Qué hora es? Parece que mi reloj se paró.

—Son nueve menos cuarto —replicó Maisie, encantada de seguir allí—. ¿No sería mejor que se pusiera una bata o algo? Se morirá de frío con ese ropón tan delgado.

Rachel sonrió.

—La verdad es que comenzaba a tener un poco de frío, pero su me calentó mucho.

—Si eso dice —seria, Maisie arregló la sobrecama y luego añadió —: La señora Shard está abajo, tomando el té, mientras revisa la correspondencia, pero el señor Shard todavía no se levantado ni tampoco Jaime.

—Ya veo —Rachel se mordió el labio inferior.

—Este fue un asunto raro, que le dispararan a Jaime y lo trajeran casa. Debió haber visto la cara de su madre cuando él entró en la casa cojeando, con las muletas.

—Me… me lo puedo imaginar —Rachel se agitó tan sólo de pensarlo.

—Pues sí, vino al lugar correcto. Estuvo bien que viniera a casa para que lo cuiden las personas que se preocupan por él —afirmó Maisie.

—Por supuesto —Rachel se preguntó si no sería una sutil crítica hacia ella.

—Es natural que la señora Shard estuviera preocupada porque usted iba a venir, pero yo le dije, sí, lo hice, que éste era el hogar de Jaime y añadí que usted no esperaría que en un momento así, tomara en cuenta sus sentimientos.

—Gracias, señora Armstrong, estuvo delicioso. ¿Podría decirle a la señora Shard que bajaré dentro de quince minutos? —dejó a un lado la taza y se humedeció los labios.

—Sí, señorita —el ama de llaves recogió de nuevo la bandeja y se dirigió hacia la puerta—. ¿Todavía no ha hablado con Jaime? Si quiere ir a verlo está en su cuarto, al otro lado del pasillo. Por supuesto después que se vista.

Rachel hizo esfuerzos por no sonreír.

—Me imagino que lo veré más tarde —declaró seria y el ama de llaves la miró desilusionada.

—Estoy segura que le gustaría verla, señorita Williams. Ya sabe que es Nochebuena, la época de paz y buenos deseos.

—Gracias, señora Armstrong. —en esa ocasión no hubo duda de que Rachel la despedía y con un ligero encogimiento de hombros el ama de llaves se alejó, sintiendo que había hecho lo que podía para reparar el daño.

Cuando se fue, Rachel se levantó, dirigiéndose al baño. La noche no prestó demasiada atención a los alrededores, ahora se demoró para admirar los mosaicos rosados y crema de las paredes, el vidrio estriado de las puertas de la regadera y la tina que la atraía. El tiempo sugería una ducha, así que abrió la llave y se metió debajo de la humeante cascada.

Se le mojó el cabello, pero había traído un secador de mano que la ayudó a peinarse con facilidad. Después de examinar el contenido de la maleta, se puso unos jeans y una blusa de algodón de mangas

largas. Unas botas completaron el conjunto que adquirió sencilla elegancia sobre su esbelto cuerpo y aplicándose só1o un ligero maquillaje, dejó la habitación antes de perder el valor.

En el alfombrado pasillo del exterior, titubeó por un momento, contando las puertas hasta la habitación de Jaime. No se sintió tentada a entrar, aunque la puerta del cuarto de él estaba a medio abrir. Dudaba que le hubiera pedido a la señora Armstrong que intercediera en su favor, pero no tenía intención de verse involucrada de nuevo con Jaime.

Liz la saludó alegre cuando unos minutos más tarde Rachel se reunió con ella para desayunar. Como dijo el ama de llaves, la madre de Jaime estaba absorta en su correspondencia y Rachel se encaminó hacia las largas ventanas para admirar en silencio el agua de la bahía. Del otro lado de la terraza, unos prados daban casi a la orilla de la montaña y apenas si dejaban ver las rocas que estaban más abajo y que se mojaban constantemente con el movimiento de las olas. En los días de verano era posible nadar por estos lugares, había profundos estanques donde se podían encontrar cangrejos y otros mariscos, pero aunque esa mañana el cielo, se veía claro, el mar estaba tan frío como el hielo. Le llegó su lejano rugido al golpear contra las rocas, que proporcionaban una protección natural.

Dirigiéndose de nuevo a la mesa, Rachel se sentó y tomó el periódico de la mañana que estaba a su lado. Lo ojeó despreocupada hasta que Maisie apareció y le preguntó qué le gustaría comer.

—Tenemos riñones y salchichas o pescado ahumado, si prefiere —sugirió el ama de llaves, pero Rachel negó con la cabeza.

—Creo que… sólo café y tostadas, no tengo mucho apetito.

—Tendremos que hacer algo para remediar eso, ¿no te parece, Maisie? —Comentó Liz—. Creo recordar que disfrutabas de tu comida, Rachel.

La joven se sonrojó.

—Eso fue hace mucho tiempo, Liz.

—No tanto —replicó la señora con firmeza—. ¿No compartías los huevos con tocino de Jaime la última vez que estuviste aquí?

Pronunció el nombre con naturalidad y aunque luego pareció ligeramente consternada, Rachel se forzó por contestar sin titubeos:

—Entonces era yo más joven —murmuró con cara burlona—. En estos días tengo que cuidar mi peso.

—¡Tonterías! Deja que nosotros lo hagamos por ti —replicó Robert en tono divertido entrando en la habitación, vestido con una bata azul de lana. Se agachó a besar la mejilla de su esposa y luego apretó el hombro de Rachel al pasar, antes de sentarse en el asiento a su lado—. Te veo más relajada esta mañana, ¿dormiste bien?

—Muy bien, y gracias por tus amables palabras. Fue un halago —

Rachel no vio la razón para contarles de la noche inquieta que había pasado.

—Nada menos que la verdad, te aseguro —replicó Robert con galantería levantándole una de las manos de la mesa y llevándosela a los labios—. ¡Hueles delicioso! ¿Qué es? Estoy seguro que algo para volvernos locos a los pobres hombres.

Rachel se rió.

—Perfume francés —admitió cuando le permitió retirar los dedos —. Y tú, eres un viejo adulador. No sé lo que Liz piensa de ti.

—Ya estoy demasiado vieja para tratar de cambiarlo —replicó la señora con sequedad, pero intercambió una sonrisa con su marido.

—Jamás serás demasiado vieja —replicó él con afecto y luego miró a Maisie y le guiñó un ojo—. Yo desayunaré lo mismo de siempre, por favor y recuérdale a Andy que más tarde quiero hablarle acerca de las ramas del invernadero.

—Sí, señor Shard —asintió Maisie—. ¿Quiere que le suba el desayuno a Jaime, ¿O piensa que bajará?

Liz miró incómoda a su marido y luego se encogió de hombros.

—Creo… que tal vez debías subírselo —aconsejó Liz por fin. Miró en forma rara a Rachel—. No te importa ¿verdad, querida? No trata de ser deliberadamente rudo, sólo que…

—No me importa —agregó Rachel, feliz de posponer el momento en que tendría que ver cara a cara a Jaime en presencia de sus padres, y con un suspiro de alivio, la señora le dio instrucciones a Maisie.

—Hace una linda mañana —comento la joven cuando el ama de llaves salió del cuarto. Lo último que deseaba era perder la armonía que habían recuperado y como si compartiera sus sentimientos, el padre de Jaime tomó en cuenta sus palabras.

—Tal vez te gustaría caminar conmigo hasta el pueblo un poco más tarde. Tengo una botella de un escocés viejo y raro para que el vicario lo pruebe y quiero pasar por el garaje a comprar un par de bujías nuevas para el Rover.

—¡Rob! —su esposa lo miró escandalizada—. ¿Acaso vas a ofrecerle al señor Conway esa cosa que Jaime te trajo?

—¿Y por qué no? Es buen whisky y tú sabes tan bien como yo, que al viejo Conway le gusta tomar de vez en cuando.

—Lo sé, pero ¿qué se puede hacer con él? De todas maneras si te echan de la iglesia no me culpes.

—Tendré que entrar antes para que me puedan sacar después —replicó Robert con una sonrisa—. Deja de preocuparte, mujer. Conway y yo nos entendemos y además, él juega bastante bien golf.

Rachel sonrió. Hubiera querido tener unos padres como los de Jaime. Su madre murió en un accidente de auto poco después que ella nació y fue criada por la hermana mayor de su padre, quien vino a

vivir con ellos al morir la mamá de Rachel. Cuando la tía Catherine murió, la chica ya tenía quince años y era lo suficientemente grande para hacerse cargo de la administración de la casa, pero sus ambiciones de sacar buenas calificaciones e ir a la universidad, se vieron obstruidas por circunstancias familiares. No es que su padre se opusiera pero ella no podía abandonarlo y por lo tanto, dejó la escuela a los dieciséis años y después de un curso de secretaria, aceptó un trabajo de mecanógrafa en una compañía de televisión independiente. Así fue como conoció a Jaime. En ese momento hizo a un lado todos los recuerdos que le venían a la mente.

Liz ya había desayunado y como Rachel sólo pidió pan tostado y café, las dos mujeres se fueron a la sala y dejaron a Robert con su plato de tocino y riñones.

—Ahora, déjame ver qué tengo que hacer —Liz guardó las cartas que su esposo no quiso ver y agregó varias tarjetas a la colección que ya colgaba de la chimenea. A diferencia de la sala privada, ese cuarto sólo tenía un calentador eléctrico, pero era suficiente para mantener una temperatura agradable.

—¿Te puedo ayudar? —Rachel quería mantenerse ocupada. Lo último deseaba era estar sentada sin hacer nada cuando Jaime decidiera aparecer.

—Podrías comprarme unas cosas si es que vas al pueblo con Rob. A él no le gusta entrar en la tienda, es un lugar de chismorreos y si se enteraron de que Jaime está en casa, la señora Dennis estará ansiosa por hacer preguntas.

—Está bien —Rachel dudó que la recordaran y aunque así fuera eso no la perturbaba—. Haz una lista y te haré tus compras, después estoy dispuesta a ayudar en la casa.

—Eres una muchacha dulce, Rachel, y yo te tengo mucho cariño —le tocó la mejilla con un dedo—. Siento que Jaime no haya tenido ni siquiera la educación de bajar a hablar contigo. Le diré lo que pienso en cuanto tenga la oportunidad.

—¡Oh, no, no lo hagas! Quiero decir —Rachel se interrumpió avergonzada—. De veras, prefiero que sea así. Él…él y yo no tenemos nada que decirnos.

—Si insistes —comentó Liz con cierta duda. Luego, hizo a un lado su solemnidad momentánea, volvió a sonreír—. Esta mañana Andy va a instalar el árbol en el vestíbulo, tal vez me podrías ayudar a adornarlo antes que Robin y Nancy lleguen.

Rachel mostró un entusiasmo que estaba lejos de sentir y Liz fue ver a Maisie para que le informara lo que se necesitaba del pueblo. Al quedarse sola, Rachel miró pensativa a las gaviotas que se movía sobre las aguas y se preguntó, aprensiva, cómo la presentarían lo padres de Jaime con su nuera.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando una voz la interrumpió.

—¡Hola, señorita Williams! ¿Es la señorita Williams, verdad? No conocimos hace tanto tiempo que tendrá que perdonarme si la confundo con otra persona.

Rachel dio media vuelta para enfrentarse a su atormentador y se quedó mirando resentida la burlona cara morena de Jaime. Estaba de pie en el umbral, como siniestro Maquiavelo, con camisa negra y pantalones del mismo color, el oscuro cabello liso, peinado hacia atrás, le llegaba hasta el cuello.

—Supongo que piensas que eres muy chistoso. Si tu idea es evitar que me avergüence, no te molestes.

—Eso fue anoche y rechazaste mi ofrecimiento, no puedes culparme que trate de proteger mis intereses —se apoyó en el bastón para caminar pesadamente sobre la alfombra.

—¿Y no fue así siempre? —replicó Rachel enfadada, volviendo a contemplar el panorama e instintivamente se quedó inmóvil cuando él se acercó al asiento de la ventana y se sentó a su lado.

—¡Qué lengua tan vengativa tienes, abuela! —Miró por encima del hombro para ver lo que atraía su atención—. ¿Recordando los días felices? —Apoyó el bastón contra el muro—. Recuerdo que pasamos una tarde memorable aquí.

—Yo no lo recuerdo —Rachel apretó la boca y luego dijo—: Se suponía que estabas descansando. La señora Armstrong iba a subirte el desayuno.

—Y eso hizo, sólo que yo tenía mucho apetito y naturalmente me sentí obligado a bajar y ofrecerte mis felicitaciones.

—¡No te debiste haber molestado!

—No, pero eso no lo saben mis padres.

—Me sorprende que te preocupes —Rachel comprendía que no se comportaba bien, pero estaba consciente de su muslo a sólo unos centímetros del de ella, en el asiento—. De todas maneras voy a salir… pronto. Tu padre y yo vamos… vamos a caminar hasta el pueblo. Podías ahorrarte la molestia.

—¿Podía?

Volvió la cabeza para mirarla y ella no pudo menos que ruborizarse. Lo tenía tan cerca, que sentía la calidez de su aliento sobre la mejilla y se dio cuenta del intenso escrutinio de sus ojos de largas y oscuras pestañas. Era el único rasgo incongruente de un rostro profundamente masculino y recordó cómo había bromeado acerca de ello.

—Jaime, por favor…

La intensidad del tono que empleó la irritó, pero no podía evitarlo. Él sabía exactamente lo que hacía retándola así y mientras su cerebro

insistía en que a ella no debía preocuparle la forma en que él se comportara, sus sentidos respondían de manera diferente. Siempre había tenido ese efecto sobre ella, desde el comienzo y eso era lo que la aterrorizaba ahora.

—¿De qué tienes miedo? —Le preguntó y ella lo odió por su arrogancia—. ¿Por qué tiemblas? ¿Soy una amenaza para el mundo estéril que construiste a tu alrededor? ¿O te recuerdo lo mucho que nos divertíamos antes que te convirtieras en una mojigata?

—¿Quieres decir que antes que descubriera que eras casado? —Rachel casi no podía hablar, se puso de pie abruptamente porque así se sentía más segura para poderlo mirar frente a frente.

—Está bien —Jaime se encogió de hombros con indiferencia, recostándose con una indolencia que la enfureció—. Por fin lo dijiste. Eso es lo que querías hacer desde que llegaste. Pues bien, ya te di la oportunidad.

—¿No te importa, verdad? —Rachel estaba furiosa.

—¿Se suponía que debía importarme?

—No te importa nada... nada excepto tu propia... tu propia satisfacción sexual.

Jaime adoptó una expresión burlona.

—Supongo que esa es una forma pasada de moda de describirla, pero tengo que decir que tú también parecías disfrutarla.

—Eres... eres.

—¿Un sinvergüenza? —Jaime se apoyó sobre el bastón y se puso de pie junto a ella—. Esa es otra buena expresión pasada de moda. Lo digo porque pareces aficionada a las actitudes antiguas.

Rachel apretó los puños

—¡Eres... un cínico!

—Así está mejor. Es posible que todavía haya esperanzas para ti. Si permitieras que surgiera la verdadera Rachel Williams, podríamos encontrarnos de nuevo con una persona menos retraída, en vez de alguien tan lejana como tú.

—No tengo por qué escucharte...

—¿Es que estoy muy cerca de la verdad?

El sonido de unos pasos por el vestíbulo acalló cualquier respuesta que Rachel hubiera querido dar y cuando Liz entró en la habitación, se había alejado de Jaime y al parecer se entretenía en leer las tarjetas.

—¿Ya se saludaron?

La reacción de Liz fue de alivio, aunque se quedó mirando primero a su hijo y luego a Rachel y de nuevo a su hijo, con una expresión de duda.

—Hemos tenido una conversación muy interesante —replicó Jaime y su madre movió la cabeza impaciente, indicando el asiento detrás de él.

—Siéntate, realmente debías descansar más, Jaime. El doctor Manning dice que se necesita tiempo para que la piel cicatrice.

Jaime hizo una mueca de disgusto, pero se sentó con cierto alivio y al mirar a Rachel, ésta se sintió culpable por su obstinación. Ni siquiera le había preguntado cómo estaba y aunque se despreciaba por sentirse así, sabía que todavía se preocupaba por él.

—Así que —Liz trató de hablar con la mayor naturalidad posible—. ¿Te contó Rachel de su promoción, Jaime? Ahora es ayudante del editor. ¿No es excitante? Tal vez algún día pueda producir sus propios programas.

—Lo dudo —murmuró Rachel y Jaime miró con ojos cínicos lo avergonzada que estaba.

—No tiene el carácter adecuado —comentó dirigiéndose a su madre, para bien de Rachel—. Sus ideales son demasiado rígidos. No va de acuerdo con los tiempos. Los productores deben tener una visión moderna, ser maleables, sentir el tema y disculpar los errores humanos. Necesitan ser capaces de poder distinguir entre la verdad y lo ficticio.

—Y estar sexualmente conscientes —continuó Rachel, incapaz de evitar la amarga réplica y Jaime inclinó burlón la cabeza.

—Esto también, por supuesto —murmuró sarcástico y Rachel tuvo ganas de borrarle del rostro la presumida expresión.

Capítulo 3

—¡Oh, bueno! —Liz apretó los labios, nerviosa, como temiendo haber promovido accidentalmente el avispero que quería evitar—. Supongo que todos tenemos nuestras opiniones —miró suplicante a Rachel—. Debí saberlo y no hablar de ello delante de mi hijo. Los productores no son su clase favorita.

—No importa —Rachel ya estaba controlada y se arrepintió de su momentáneo exabrupto y de la vergüenza que pudo causarle a la señora—. Por fortuna… trabajamos para diferentes estaciones de televisión. Nuestros métodos son… distintos.

—Estoy segura, Rachel, que todos te deseamos éxito en tu carrera —declaró Liz, dirigiéndole a su hijo una mirada de reproche—. Es bueno saber que una mujer puede tener éxito en un mundo de hombres. Por lo general parecen considerarnos como retrasadas mentales.

—¿Me estoy perdiendo de algo?

Para alivio de Rachel y Liz, Robert Shard hizo su aparición a tiempo. Entró en la habitación detrás de su esposa, arqueando las espesas cejas grises al mirar a su hijo y aliviando de inmediato el tenso ambiente.

—Discutíamos el trabajo de Rachel —explicó Liz a toda prisa, cambiando de tema antes que pudiera intervenir—. ¿A qué hora piensas irte? Rachel dice que me conseguirá unas cosas en la tienda mientras tú estás en el garaje.

—Ya veo —Robert miró pensativo a su hijo, valorando la situación y Liz observó implorante a Jaime, suplicándole no volver a comenzar con las hostilidades.

—Creo que subiré a mi habitación —dijo respondiendo a su silenciosa súplica—. Tengo algo de trabajo y Robin no estará aquí antes del almuerzo.

—No antes de las tres —dijo ansiosa su madre—. Yo… bueno… le diré a Maisie que más tarde te suba café. ¿Se te antoja algo más?

Jaime se puso de pie con ayuda de su padre y miro a Rachel.

—No, creo que tengo todo lo que necesito —y forzando una sonrisa, caminó con dificultad, para salir de la habitación.

Robert esperó hasta que el sonido de los difíciles pasos de su hijo al subir la escalera les llegara y luego movió la cabeza diciendo:

—Se ve… malhumorado —murmuró en tono bajo—. ¿Crees que está bien? ¿No nos ocultará algo? Le pedí a Manning que lo examinara minuciosamente y por lo que él pudo decirme, la herida en el muslo es el único, daño.

Liz apretó los labios.

—Estoy segura que está bien —tranquilizó a su marido—. El, bueno, supongo que fue una especie de conmoción al ver de nuevo a Rachel —se mordió el labio inferior y luego agregó esperanzada—. Robin estará aquí esta tarde y sé que le encantará a su hermano, sobre todo porque Jaime ni siquiera conoce a su sobrina.

—Realmente es mi culpa —dijo Rachel con hondo suspiro e ignorando la automática protesta de Liz. Jaime y yo… tuvimos una discusión. Estoy segura que todos ustedes se sentirían mucho mejor si me fuera.

—No quiero oír hablar del asunto —expresó Robert con obstinación y acercándose a ella la tomó de los hombros—. Ahora escúchame jovencita. *Nosotros* te invitamos a venir y eso es todo. Si Jaime decidió ir a que lo hirieran y luego llegó aquí sin avisar, no es culpa nuestra ni tuya tampoco.

—Supongo que no eligió que lo hirieran —murmuró Rachel con suavidad, Robert la sacudió ligeramente.

—Tú, vas a quedarte —miró a su esposa—. ¿No es así, Liz? Ve a ponerte el abrigo o lo que sea que uses para mantenerte caliente y nos vamos al pueblo.

Rachel respiró hondo.

—Está bien —respondió Rachel.

—No te tardes demasiado. Ya no camino rápido como antes.

La caminata al pueblo fue vigorizante y Rachel sintió que comenzaba a relajarse en cuanto se alejaron de la casa. Al sentir el viento azotándole el cabello y el aire helado darle color a sus mejillas, olvidó las ansiedades de las últimas horas y se dedicó a disfrutar el día

—¿Ya habías estado aquí? —le preguntó Robert mientras caminaban por un sendero para tomar un atajo y Rachel asintió.

—Con Jaime —dijo ella deliberadamente, Robert la observó.

—Fue hace como dos años —murmuró sin dejar de caminar.

—Hace casi dos años y medio —Rachel apresuró el paso para alcanzarlo.

—¡Dos años y medio! Realmente no parece tanto tiempo, por lo menos a mí. Así que ahora debes tener… ¿cuántos años? ¿Veintiuno o veintidós?

—¡Veintitrés! —Rachel sonrió—. Ninguno de nosotros se vuelve más joven.

—¡Veintitrés! —Sonrió Robert—. Me gustaría volver a tener es edad. Así que entonces Jaime debe tener ahora treinta y dos. Es nueve años mayor que tú, se me olvidaba.

—Treinta y dos —aceptó Rachel mientras metía las manos en lo bolsillos de su abrigo—. Hace casi… cinco años que lo conozco… es decir cinco años desde la primera vez que nos vimos.

—En los estudios —comentó pensativo Robert y Rachel asintió; Por

alguna razón no le importaba hablar así con el padre Jaime, tal vez porque sabía que no había emitido ningún juicio.

—Ahora trabajas para un estudio diferente, ¿no es así? Liz comentó que te habían promovido.

—Sí, pero cambié de estudios hace dos años.

—¿Después de la ruptura?

—Sí.

—Fue una lástima —Robert movió los hombros apesadumbrado—. Me refiero a que hayas cambiado de trabajo. Creí que te gustaba trabajar para London Westward, seguramente podías haber, continuado como estabas.

Y arriesgándome a un encuentro con Jaime a cualquier hora del día o de la noche, pensó Rachel estremeciéndose, muy a su pesar. *¡Oh, no!* No lo hubiera soportado, sobre todo al comienzo cuando se sentía tan herida y confusa.

—¿No es esa la vicaría? —preguntó en ese momento señalando a través del campo y Robert respetó su evidente deseo de cambiar de tema.

—Sí, ése es el dominio del viejo Conway. ¿Irás conmigo a verlo o seguirás?

—Creo que prefiero seguir, si no te importa —no quería verse comprometida a dar explicaciones al vicario, quien estaba allí desde antes que ella y Jaime tuvieran relaciones y Robert asintió y dijo que la encontraría en el garaje media hora más tarde.

Cuando Rachel llegó al garaje que estaba situado a un lado de la calle principal de la villa, encontró que su acompañante todavía no había llegado. Las únicas personas que estaban allí, eran un muchacho ocupado en cambiar la llanta de un viejo Land Rover y un joven que salió debajo de un auto que reparaba y le preguntó si podía servirla en algo.

Aun con la ropa manchada de aceite, tenía un aspecto atractivo y como era un alivio conocer a alguien que no tenía influencia en su vida, Rachel respondió a la sonrisa de admiración que le dirigió.

—En realidad busco al señor Shard. ¿Todavía no ha llegado? Tenía que encontrarlo aquí —miró a su alrededor.

El joven dejó a un lado la llave de tuercas que sostenía y se cruzó de brazos.

—¿Está esperando al… señor Shard, de Clere Heights?

—Así es —Rachel levantó el canasto que llevaba en el brazo y buscó un lugar donde depositarlo—. Dijo que me encontraría aquí hace algunos minutos, es obvio que el vicario lo entretuvo.

—Ya veo. ¿Le gustaría esperar en la oficina, señorita… er?…

—Williams —replicó con sequedad—. —Si no tiene inconveniente, preferiría esperar adentro. Hay sol, pero hace mucho frío.

—Venga por aquí.

Con un gesto de indiferencia le quitó el canasto y la guió por el patio hacia una íntima, aunque desaseada oficina al lado del taller principal.

—Este es el garaje de mi padre —explicó cuando colocó el canasto sobre el abarrotado escritorio y conectó el calentador eléctrico—. Soy Terry Marshall y le administro el negocio.

—Hola —sonrió Rachel y se sentó en la silla que le ofreció—. Jamás había estado aquí. ¿Ha vivido en este lugar mucho tiempo?

—Toda mi vida. ¿Usted no vive aquí? Jamás la había visto o la hubiera recordado, créame.

—Gracias —Rachel se rió.

—No, en serio. Usted no es la esposa de Robin, y sé que no es la de Jaime.

—No, soy amiga de la familia —Rachel se puso seria.

—¿Vino por las navidades?

—Sí.

—Enseguida pensé que una muchacha como usted no podía ser de los alrededores.

—Estoy segura que las muchachas de acá no estarían contentas con lo que dice —vio que un chiquillo los observaba al otro lado del patio —. ¿Es su hermano?

—No, se llama Billy Hughes, es aprendiz. Le estoy enseñando el oficio.

Rachel asintió y ya más tranquila, vio que Robert se acercaba por un angosto sendero que salía a la calle principal. Sonrió al verla y caminó por el patio un poco avergonzado.

—Ya sé, ya sé, me he retrasado —le dio los buenos días al joven El vicario insistió en abrir la botella ¿y cómo podía rehusar una gota?

—Imagino que Liz tendría respuesta para eso —contestó Rachel con ironía y los acompañó al taller cuando Robert explicó para lo que había venido.

—Tal vez la vuelva a ver —comentó Terry cuando se iban y Robert miró a Rachel con las cejas fruncidas.

—Quizá —aceptó caminando entre tuercas y llaves que abundaban en el lugar donde el muchacho cambiaba la llanta e intercambió una mirada de impotencia con Robert cuando regresaban al sendero.

—Hiciste una conquista —comentó quitándole el canasto y ella movió los hombros sin darle importancia—. Supongo que estás acostumbrada y no necesitas que te dé consejos.

—Conversamos mientras esperaba. Me pareció bastante inofensivo.

—Yo te aconsejaría que evites relacionarte con él, se cree el conquistador local.

—Pensé que lo sería. No te preocupes, Robert, no es mi tipo.

—Me da gusto oírlo —y ella se preguntó por qué notó cierto aire de satisfacción en la forma que lo dijo.

Jaime comió con ellos a la hora del almuerzo y Rachel, alegre de su caminata al aire libre, pensó que se veía muy pálido y ojeroso. Sabia que estuvo trabajando por su aire abstraído, pero su palidez no era natural y pensó que su herida le molestaba.

Sin embargo, Jaime hizo un esfuerzo para comportarse normalmente con sus padres y ellos se veían aliviados por su demostración de ecuanimidad. A Rachel también le contestó sin sarcasmo cuando le preguntó cómo se sentía, pero su afirmación de que estaba mucho mejor, no le pareció cierta.

Cuando terminó el almuerzo, Liz sugirió que Rachel y ella se en cargaran del árbol, que Andy, el esposo de Maisie y jardinero y mozo de la casa, colocó en el vestíbulo. En ese momento se veía verde pero completamente desnudo y Liz tenía deseos de decorarlo antes que llegara su hijo más chico con la familia. Había bajado del segundo piso la caja que contenía las decoraciones, y Rachel estaba más que deseosa de mantenerse ocupada por el resto de la tarde.

Robert dijo que tenía que arreglar unos asuntos con Andy y como poco después Maisie llamó a Liz para que le diera indicaciones en la cocina, Rachel se quedó sola para decorar el árbol. No supo dónde se había ido Jaime. Imaginó que hubiera regresado a su trabajo y por eso se sorprendió cuando lo vio salir de la biblioteca.

—Necesitaba una referencia —dijo como explicación sosteniendo un libro en la mano—. Veo que te abandonaron. ¿Necesitas ayuda?

—¿De ti? —Rachel no pudo evitar la brusquedad del tono y Jaime dejó escapar el aire, agotado.

—Sí, de mí. Sólo fue una sugerencia inocente. Pero olvídala. Está claro: preferirías que no te ayudara.

Las palabras “así es” estuvo a punto de pronunciarlas, pero Rachel se calló, diciéndose que por Liz y Robert tenía que portarse en forma civilizada. Procurando aparecer lo más tranquila posible agregó con sequedad:

—Por supuesto que puedes ayudar si tienes deseos. Pero yo… yo pensé que preferías descansar tu pierna.

Jaime adoptó una expresión escéptica.

—No comiences, puedo cuidarme solo —colocó el libro en la cómoda y miró a su alrededor—. ¿Qué quieres que haga?

Rachel se mojó los labios secos.

—Podrías… separar lo adornos —haló la escalera de mano que Maisie colocó cerca del árbol—. N… nunca hubiera pensado que estarías aquí. ¿No pasas generalmente la Navidad fuera del país?

Jaime se sentó en el suelo, mientras ella colocaba la estrella en lo alto del árbol.

—Las revoluciones comienzan invariablemente en las épocas menos sociables del año —y luego agregó él levantando la vista—. Jamás hemos pasado juntos la Navidad, si es eso a lo que te refieres.

—Lo sé —Rachel bajó con cuidado los escalones—. ¿Crees que se ve bien o la cambio por un ángel? —preguntó mirando el árbol porque se sentía más segura que si lo miraba a él.

—La estrella se ve muy bonita. Ven a mirar estos adornos de colores. ¿Cuál quieres ahora?

Controlando el impulso de poner entre ellos el mayor espacio posible, Rachel se arrodilló a su lado para mirar los adornos que tenía en las manos. Era un aro de plata con un arlequín de terciopelo rojo, suspendido del aro y exclamó entusiasmada.

—¡Qué lindo! —extendió la mano para tocarlo, pero la retiró enseguida—. J… jamás habla visto algo parecido.

—Es atractivo, ¿verdad? —comentó pensativo—. Hace cinco años traje de Hong Kong como una docena. Fui enviado a hacer un reportaje acerca de los refugiados de Vietnam.

—Lo sé —interrumpió Rachel y él la miró de reojo.

—Por supuesto. Tú también trabajaste en esa historia, apenas tenías un mes en LWTV.

—Sólo la mecanografié —sacó varios arlequines de la caja y se levantó—. Ahora colgaré éstos —trató de permanecer calmada y preguntó—. ¿Qué más hay?

Durante varios minutos, Jaime la observó colocar los adornos en las ramas y con los ojos la siguió cuando subía y bajaba la escalera y luego, con un encogimiento de hombros se dedicó de nuevo a su tarea. Sacó varias tiras de papel de colores y una caja de triquitraques.

—Aquí tienes —dijo apoyándose sobre las manos y con la pierna herida estirada frente a él. Rachel se acercó desconfiada y estudió las cosas regadas a su alrededor.

—Creo que usaré éstas primero —dijo agachándose a recoger una colección de chucherías de vidrio de colores que él había sacado. Las admiró en silencio—. ¿Tu madre pone todo esto en el árbol? Parecen muchas cosas.

—Sólo usa lo que consideres necesario. Sugiero que te subas a la escalera y yo me encargaré de las ramas bajas. Siento no sonar muy galante, pero no creo poder subir los escalones.

—No hay necesidad de que te levantes —protestó Rachel—. De veras puedo hacerlo, no hice ninguna insinuación. Sólo…

—No soy un inválido —replicó Jaime apoyándose sobre la rodilla sana y enderezándose. Mantuvo la otra pierna estirada al hacerlo—. ¿Ves? No hubo problema. ¿Qué quieres que haga ahora?

Rachel estaba indecisa, consciente de que Jaime la intimidaba más al estar de pie. Mientras él permanecía sentado en el suelo, ella sintió

que podía manejar la situación, pero ahora, no estaba segura.

—Toma unos de éstos —dijo dándole a Jaime algunos de los adornos de vidrio que sostenía—. Creo que sabrás qué hacer.

—Eso creía yo —comentó con sequedad y ella se subió a la escalera a toda prisa antes que dijera algo más.

Estaban trabajando en un silencio un poco incómodo, según Rachel, cuando apareció la madre de Jaime. Agitada, entró en el vestíbulo, miró a Rachel en la escalera y luego se detuvo abruptamente cuando vio a su hijo del otro lado del árbol, decorado a medias.

—¡Jaime! —Y luego mirando a Rachel de nuevo dijo—: Esto me parece lindo. No sabía que mi hijo te estaba ayudando.

—No sé lo que estoy haciendo, pero trato de hacer algo… y eso es realmente lo que importa.

Durante varios segundos su madre, divertida, le sostuvo la mirada, luego movió la cabeza y observó a Rachel.

—Se ve muy bonito, querida —comenzó, pero se interrumpió con una exclamación—. ¡Las luces! Rachel, no has arreglado las luces. ¡Querida mía, debieron colocarlas primero!

—¡Oh, no! —La joven se sentó en el último escalón de la escalera con los hombros caídos—. No pensé en las luces, ¿en dónde están?

—En alguna parte en la caja —dijo Liz revolviendo entre las tiras que todavía llenaban la caja que abrió su hijo. Jaime le hizo gestos a Rachel sobre la espalda de Liz y tuvo que reír, sin deseos cuando la señora se enderezó triunfante—. ¡Aquí están! Me pregunto qué debes hacer.

—Las arreglaremos —declaró Jaime quitándole la caja de las manos—. Creo que no tendrá importancia si por una vez se ponen a la mitad del árbol. Déjanos encargarnos de todo, mamá. Rachel es una experta en balancearse en la escalera.

—¿De veras, Rachel?

Liz se la quedó mirando y la muchacha hizo un gesto de malhumor.

—Difícilmente —confesó ignorando la expresión burlona de Jaime —. Pero no te preocupes. Yo… nosotros lo arreglaremos.

—¡Qué bueno! —se notaba que Liz estaba preocupada por algún asunto diferente, así que después de asegurarse que ellos se encargarían de todo, subió apresurada la escalera diciendo que iba a revisar las alcobas.

—Está bien —Jaime sacó de la caja la hilera de luces mientras la joven bajaba la escalera con cuidado—. Rachel, sostén esa orilla y veremos el largo del cable.

—De acuerdo.

Rachel asió el cable que le ofrecía y lo sostuvo mientras Jaime

examinaba lo que sobraba. Había por lo menos tres docenas de focos de todos los colores que podía uno imaginar.

—Creo que si sostienes éste detrás de la estrella en lo alto del árbol, luego podríamos dividir el resto en partes iguales —dijo Jaime —. Toma, ¿puedes hacerlo?

—Trataré —Rachel hizo una mueca, con los largos cables en la mano, y pensativa por los montones de luces a sus pies. Temía pisar alguno en forma accidental y por experiencia sabía que un foco quebrado podía fundir todos los demás.

—Tómalo con calma —dijo Jaime a su lado—. Sube y yo te los detendré.

—Gracias.

Rachel se volvió a medias, pero estaba nerviosa y al hacerlo, vario de los focos cayeron de sus manos. Fueron a dar al escalón de abajo, en el lugar en que iba a colocar el pie, por lo que tuvo que encontrar enseguida dónde pararse porque perdió el equilibrio.

Quiso echarse para atrás, pero olvidó que Jaime estaba allí y sólo cuando bajó el pie y lo colocó sobre el de él, se dio cuenta que era el de su pierna herida. Él dejó escapar un gemido y también quiso echarse para atrás, pero ese movimiento hizo que ella perdiera el equilibrio por completo. Sintió que se caía y trató de evitarlo asiéndose a los escalones. Todo lo que agarró fue aire antes de caer sobre Jaime que no tuvo oportunidad de salvarse. Cayeron los dos en un lío de cables eléctricos y focos de colores. Rachel se golpeó la cabeza contra el piso y se quedó aturdida por unos segundos. Jaime cayó a su lado, medio aprisionando las extremidades de ella con su peso. No se golpeó la cabeza porque usó los brazos para salvarse.

—¡Maldición! —murmuró él, apoyándose sobre las manos para enderezarse y mirándole la cara pálida y asustada—. ¿Estás bien? ¿Te lastimé? Lo siento. ¡No soy muy útil con esta pierna así!

—Tu pierna… —Rachel tragó con dificultad y se mojó los labios con la lengua—. Lo siento, fue mi culpa. ¡Debes estar en agonía!

—Así es —asintió él, pero de pronto, ella se dio cuenta de que no hablaba de la herida. Su cercanía lo afectaba y al ver el oscurecimiento de sus ojos, notó el peligro. Él no había hecho el menor intento de levantarse y pudo sentir cómo los músculos de su pierna aprisionaban la de ella, y cuando volvió la cabeza pudo oler a través del cuello abierto de la camisa, el aroma de su cuerpo. Ambos estaban completamente conscientes y cuando ella comprendió lo que Jaime intentaba hacer, trató de separarse.

Pero él usó la mano para sostenerle la cabeza, ignorando los arañazos de protesta. Le cubrió los labios con un beso rápido apasionado, que exigía una respuesta y cuando ella rehusó darla, se echó hacia atrás para mirarla.

—¡Pequeña señorita frígida! —la retó y al abrir ella la boca para responderle, él se inclinó y la besó de nuevo.

Rachel notó su error enseguida. En esa ocasión no estaba preparada y sus labios se abrieron, mostrando la emoción que la embargaba. Cuando luchó por apartarse de él, le fue difícil definir la delgada línea que separaba al odio del amor. Los labios de él estaban firmes y determinados, poseían los de ella con una experiencia que la dejaba sin fuerzas y debilitaba toda su resistencia. Había urgencia y hambre en su beso y una pasión que asaltó sus sentidos e hizo que la sangre le fluyera a toda prisa por las venas. Nadie excepto Jaime la había besado jamás de esa manera, tan sensualmente, haciéndola consciente de las necesidades de su propio cuerpo, así que cuando el beso se hizo, más exigente, ella tuvo deseos de rendirse.

Sin embargo, Rachel se rebeló, los débiles intentos de escapar de él, sólo aumentaron su ardor. En ese momento lo pateó con todas sus fuerzas, sin importarle si lo lastimaba o no. Le dio en el tobillo con la bota y luego levantó la rodilla para golpearlo y cuando él murmuró una maldición y trató de evadirla, ella se liberó y se puso de pie.

El timbre de la puerta que sonó casi en ese momento, la sobresaltó y trató de alisarse el cabello. Por un instante pensó que oía los timbrazos en su cabeza debido a que el corazón le latía con violencia, pero cuando Jaime se enderezó sobre los codos con la cara tensa y dolorida, supo que no se lo había imaginado.

—¡Te salvó el timbre! —Comentó él con amargura y ella se puso una mano nerviosa en la garganta—. Anda, ve a ver quién es, o alguien pensará que algo anda mal.

Rachel lo miró infeliz, se mordió los labios y apretó las manos.

—¿Estás… estás bien? —preguntó preocupada por su aspecto y él movió los hombros con indiferencia.

—¿Tiene importancia? ¡Por Dios del cielo, abre la puerta! Podemos seguir con… nuestro negocio en otro momento. ¡No siempre habrá interrupciones, créeme!

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? —Rachel se estremeció.

—Porque no tengo escrúpulos… son tus palabras, no mías. ¿O se te olvidó? —contestó, cuando el timbre sonó de nuevo.

—¿Puedes ir a ver quién es, Rachel?

Liz se asomó en lo alto de la escalera un poco agitada y la joven tuvo que hacerlo enseguida. Abrió la puerta y luego se echó para atrás un poco avergonzada cuando el hermano menor de Jaime entró.

—¡Está helando aquí afuera! —protestó rozándola al pasar, para dejar caer un cochecillo de niños y una cuna, en medio de la habitación. Luego le dijo sonriendo a Jaime—. ¡Dios mío! ¿Qué haces allí? ¿Jugando al electricista?

Jaime hizo a un lado el cable de luces y trató de levantarse. Pero

era evidente que la pierna le dolía más que antes y se dejó caer de nuevo haciendo una mueca, molesto por su debilidad.

—Te ayudo —Robin le dio una mano y en ese momento una joven apareció en la puerta. Llevaba un bebé en los brazos y Robin se volvió para mirarla, mientras Jaime trataba de alcanzar su bastón.

Fue entonces cuando vio a la muchacha todavía parada cerca de la puerta abierta y se volvió de nuevo con rapidez.

—¡Rachel! ¡En carne y hueso! —exclamó dirigiéndole a su hermano una mirada incrédula antes de acercarse a ella—. ¡Rachel! —Se inclinó y le propinó en los labios un beso nada fraternal, antes de murmurar—, ¿qué le estabas haciendo?

—Robin, ¿puedes cargar a Lisa por favor?

Una ligera vocecita malhumorada los interrumpió, Rachel se separó de él enseguida y se, acercó a la mujer que cargaba al bebé.

—Permíteme —ofreció tendiendo los brazos y aunque era evidente que Nancy no tenía deseos de entregarle su bebé a una extraña, decidió que era lo mejor.

—¿No puedes cerrar la puerta, Robin? —inquirió, después de recoger dos maletas que estaban sobre el escalón y avergonzado, cerró la puerta de un golpe, en el momento que Liz bajaba la escalera.

Durante la efusividad de los saludos que siguieron, Rachel miró a la sobrina de Jaime que dormía pacíficamente entre los dobleces de una manta de lana. Las facciones eran las de Liz en miniatura, pero la piel era de Nancy. La esposa de Robin era rubia natural y tenía ese aspecto rozagante que a menudo sigue al embarazo. También era evidente que estaba acostumbrada a ser el centro de atención y Rachel sospechó que resentía a cualquiera que usurpara su posición como la nuera de los Shard.

Cuando Rachel sintió una mano en el hombro, se sobresaltó nerviosa y molesta, volvió la cabeza para alejarse de Jaime.

—Te veo bien —le comentó él—. Tú… y un bebé. Tal vez debí hacer que te embarazaras.

La boca de Rachel tembló.

—¿Cómo hiciste con Betsy? —susurró con frialdad y parpadeó cuando sus dedos la apretaron.

—No fui responsable del embarazo de Betsy aunque eso sea contrario a tus sórdidas especulaciones. ¡Y si tuvieras un poco de sesos, lo sabrías!

Rachel apretó los labios con firmeza y después exclamó:

—¡Pobre Betsy!

Jaime dijo una obscenidad que sólo ella pudo escuchar y se alejó lo más rápido que pudo, cuando su madre se acercó a quitarle el bebé a Rachel.

—¿Estuviste admirando a tu sobrina, querido? —le preguntó a su

hijo en forma juguetona—. ¿No es el bebé más hermoso que jamás hayas visto?

—Es mujer —replicó Jaime y sus rígidas facciones denotaban algún sufrimiento. Liz lo miró preocupada—. Me imagino que no soy juez de mujeres —agregó él burlón y Robin le dirigió a Rachel una mirada significativa, antes que ella pudiera desviar la vista.

Capítulo 4

Era la madrugada de la mañana de Navidad cuando Rachel se fue a la cama. Como siempre, los padres de Jaime quisieron asistir a la misa de media noche en la iglesia del pueblo y Rachel, Robin y Nancy los acompañaron. A Jaime lo disculparon porque estaba herido, pero Rachel dudó que hubiera ido. Después de cenar, él se retiró a la biblioteca con Robin y su padre, y cuando Robin reapareció para pedir un bocadillo, anunció que Jaime se había ido a la cama.

—Dijo algo acerca de trabajar —replicó afligido al sentarse junto a su esposa en uno de los sofás de la sala—. Traté de persuadirlo de que era Navidad y que la gente no trabajaba en Nochebuena, pero me dijo que eso dependía de la clase de trabajo que uno hiciera.

—Eso es cierto, Robin —dijo su madre, pero apreció la desilusión de su hijo menor—. Mañana tendrás suficiente tiempo de hablar con él. Yo personalmente insistiré que no trabaje el día de Navidad.

—No creo que tiene buen aspecto —declaró Nancy levantando la vista del abriguito que le tejía a su hija. Miró a Rachel con frialdad—. ¿Estás segura que se cuida como debía?

Liz se rió y contestó:

—Yo no le preguntaría eso a Jaime si estuviera en tu lugar, Nancy. Una de las virtudes de mi hijo mayor no es cuidarse.

—De todas maneras, no lo veo tan mal. Es duro y no te agradecería que le tuvieras lástima —declaró Robin sonriendo—. Podría apostar que una noche con una mujer lo pondría bien. ¿Qué te parece, joven Rachel?

—¡Robin!

Su madre y su esposa hablaron al mismo tiempo, y aunque Rachel no estaba tan escandalizada como ellas, deseó que hubiera sido más discreto.

—Yo no sabría qué decirte al respecto, Robin —contestó Rachel pero por el malicioso brillo de sus ojos, supo que no le creía. Sin embargo, no tenía intenciones de discutir con él y cuando Liz se levantó para hacerle el bocadito, porque le habían dado la noche libre a Maisie, Rachel se ofreció para ayudarla.

Como dejaron sola a la pareja, a Rachel no le hubiera sorprendido encontrarlos uno en brazos del otro cuando regresó con la bandeja quince minutos después, pero en vez de eso los encontró discutiendo acaloradamente. Nancy le dirigió una mirada hostil cuando se sentó y entonces adivinó que de alguna manera ella era la responsable de la discusión.

La tranquilizó un poco ir a la iglesia y el sencillo sermón la dejó más calmada. Cuando regresaron a Clere Heights encontraron a los

Armstrong, quienes cuidaron a la bebita en su ausencia y todos se entretuvieron con una bebida navideña y el acostumbrado saludo debajo de la rama de muérdago. Afortunadamente esa vez, Nancy estaba más tranquila y sólo Rachel protestó cuando Robin trató de prolongar su privilegio.

—Por favor —exclamó para librarse de él con dificultad, pero Robin no parecía arrepentido.

—Diga Jaime lo que diga, estás más hermosa que nunca —murmuró entre dientes—, y si él no te quiere, ¿qué tengo yo de malo?

—¡Estás borracho! —Exclamó Rachel impaciente, al oler su aliento alcohólico, luego cambió su aspecto irritado a una sonrisa de mala gana, al ver que Nancy los miraba—. Por Dios del cielo, trata de comportarte, Robin. Tu esposa no te quita la vista y yo no tengo la intención de pasar las fiestas como la semilla de la disputa entre ustedes.

—Sólo recuerda lo que dije —Robin le cerró un ojo deliberadamente y Rachel se volvió disgustada cuando Nancy se acercó.

Fue un alivio irse a la cama, cerrar la puerta, y saber que por lo menos tenía siete horas, antes de tener que volver a enfrentarse a cualquiera de ellos. Rehusó preocuparse esa noche acerca de la puerta a pesar de lo que Jaime le dijo y aunque no durmió más profundamente que la noche anterior, sí perdió la conciencia desde que su cabeza tocó la almohada.

Sin embargo, a pesar de la desvelada, se despertó temprano la mañana de Navidad, antes que amaneciera y se quedó acostada un rato escuchando el quiquiriquí de los gallos de la granja de al lado. Era un sonido tranquilizador pero como sintió una inquietud que no la dejarla descansar, decidió bañarse.

Eran después de las ocho cuando estuvo vestida y se cepillaba el cabello frente al tocador. Se puso unos pantalones color vino y una blusa haciendo juego, además de un chaleco de terciopelo para no sentir frío, se quedó mirando su imagen desconsolada, sintiéndose aislada de pronto, en esa festividad esencialmente familiar. Pensó que no debió haber venido. Hubiera sido más fácil si se hubiese quedado en Londres, aceptando la invitación de una amiga en lugar de ir hasta allí, a quedarse con personas que apenas conocía.

Sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Difícilmente podía culpar a Jaime por la forma en que se sentía, aunque su presencia allí la desequilibró por completo. Sin embargo, la intrusa era ella, no él, dijeran lo que dijeran Liz y Robert, y Nancy tenía razón de sentirse apesadumbrada con su intrusión.

Robin era un fastidio, pero pensó que podría manejarle. Quien realmente la preocupaba era Jaime, quien tenía la habilidad de hacer

que un minuto lo despreciara y después a ella misma; y si ahora se sentía sola, era porque recordaba lo que pudo haber sido.

Suspiró apoyando el mentón en una mano y se quedó mirando con la vista perdida en el vacío. Ella era muy crédula cuando se conocieron. Al mirar ahora retrospectivamente, apenas si podía dar crédito a la persona que antes fue…

Comenzó antes de Navidad a trabajar en la London Westward Televisión, una de tantas muchachas que laboraba como secretaria, de varios de los ejecutivos. Se sentía feliz con su trabajo, era interesante y le permitía ayudar al salario bastante módico que su padre recibía como encargado de un pequeño museo en Kensington.

Tres meses más tarde se encontró cara a cara por primera vez con Jaime Shard.

Una mañana llegó tarde al trabajo y apenas si logró entrar en el elevador antes que las puertas se cerraran, cuando se encontró compartiendo el cubículo con uno de los jóvenes reporteros de la compañía de televisión. Lo reconoció en seguida, porque en los noticieros vio los reportajes que hizo desde Vietnam. Él no la diferenciaba de ninguna de las otras secretarias que lo contemplaban con admiración, desde lejos. Rachel ya había oído hablar de él en tonos de envidia, y su mejor amiga del grupo de las mecanógrafas, Kerry Richards, pensaba que era el hombre más “apetecible” que jamás hubiera visto.

Rachel recordó que estaba sin aliento después de correr desde la parada del ómnibus, y cómo luchó para controlar la respiración cuando oprimió el botón de su piso. Imaginó que su cabello debía estar revuelto y el abrigo de lana que usaba sobre la blusa y la falda azul marino, tuvo días mejores, pero pensó lo divertida que estaría Kerry cuando le contara sus experiencias.

Por su parte, Jaime se veía tan tranquilo y confiado como en las pantallas de televisión. Estaba bronceado, sin lugar a dudas debido al tiempo que pasaba en los países orientales y aunque sus jeans de cuero y chaqueta no eran nuevos, emanaba un aire de sensualidad que las muchachas parecían encontrar irresistible. No es que él cultivara su reputación, por el contrario, parecía totalmente indiferente a las miradas que le dirigían, y Kerry contó que pensaba que en alguna parte debía tener escondida una mujer que satisfacía todas sus necesidades masculinas. Al mirarlo en ese momento, Rachel decidió que era lo más probable, y se impacientó un poco al sentir que el pulso se le apresuraba involuntariamente.

—Me imagino que trabaja aquí.

Por un momento, Rachel pensó que se imaginaba que se dirigía a

ella, pero luego, cuando repitió la pregunta, lo miró inquisitivamente.

—Yo… pues, sí —su fría compostura no correspondió al repentino estremecimiento que la recorrió—. Trabajo con el grupo de mecanógrafas, señor Shard. Y… se me hizo tarde.

Él no comentó al oír que usaba su apellido. No era difícil que lo identificara si trabajaba allí, así que en vez de eso le preguntó—: ¿Cuánto tiempo hace que trabaja para la compañía?

—Casi tres meses —se preguntaba por qué querría saber. Luego, más tranquila agregó—: Este es mi piso.

Él inclinó la cabeza cuando ella salió y Rachel sintió de pronto que se le doblaban las piernas mientras caminaba por el corredor. Fue el primer indicio que tuvo de que su relación con Jaime Shard no iba a ser fácil, y en vez de mencionarle a Kerry lo sucedido, lo mantuvo en secreto.

No volvió a verlo hasta después de seis semanas. Oyó a través de los inevitables rumores que había sido enviado a una de las pequeñas repúblicas de Centro América a cubrir la toma de una universidad por un grupo de estudiantes y más tarde, que estaba en Jamaica, cubriendo una conferencia de jefes de estado y veía los reportajes con mucho interés. Cuando Kerry insinuó que oyó que lo habían visto cenando en Kingston con una reportera americana, Rachel se sorprendió ante sus reacciones. Hasta ese momento había tomado con cierta diversión el ferviente interés de Kerry, pero la llenaba de disgusto encontrarse haciendo lo mismo o cosas peores.

Por lo tanto, cuando la mandaron a la oficina de uno de los ejecutivos a tomar un dictado, se sintió bastante perturbada al encontrar allí a Jaime, descansando en uno de los sofás de cuero negro.

—Hola —dijo levantándose al verla entrar y ella buscó dudosa al señor Morrison, el productor que la había mandado llamar. Durante la ausencia de su secretaria había trabajado para él varias veces, pero ahora, sólo era Shard quien estaba en la habitación.

Ese día usaba un traje serio, oscuro y costoso, que le entallaba perfectamente. El cuello blanco de su camisa acentuaba el profundo bronceado que había adquirido y llevaba bien peinado el oscuro cabello. Se veía elegante y atractivo, y Rachel lo sintió en cada una las fibras de su ser:

—Jack no tardará —le comentó, indicándole el asiento del otro lado del escritorio—. Siéntese, no se cobra.

Rachel se movió con lentitud a través del cuarto y se sentó rígida, cruzando las piernas. Luego, al darse cuenta que tal vez pensara que quería que se fijara en su esbelta forma, las descruzó y juntó las rodillas, sosteniendo la libreta con firmeza.

Jaime estudió por unos minutos su evidente consternación y luego,

sorprendiéndola, dio la vuelta al escritorio y se sentó en la orilla, cerca de ella.

—¿Pasa algo? ¿Acaso le teme a Jack? Es un tipo bueno, créame —habló irónico.

—No le temo a nadie —Rachel replicó con frialdad—. Conozco al señor Morrison, ya trabajé para él. Lo que pasa es que… no esperaba encontrarlo aquí, señor Shard. ¿Acaso el señor Morrison está conectado con los noticieros? —el tono era frío.

—Ya veo, soy yo quien no le simpatiza. Lo siento. ¿Qué hice para ganar su desaprobación? —Jaime apretó la boca.

—Creo que se está burlando de mí, señor Shard —dijo por fin, determinada a no dejarle ver lo mucho que la había desconcertado y él se alejó del escritorio para mirarla con curiosidad.

—¿Cómo se llama? —preguntó perturbándola todavía más y ella lo miró con aprensión, temiendo que la reportara por insolencia.

—Williams —contestó en voz baja—. Rachel Williams —y se miró las manos en el regazo sintiéndose como una escolar desobediente.

—Bien, Rachel Williams, la verdad es que Jack Morrison es un viejo amigo mío, por eso estoy aquí esperándolo. ¿Contesta eso su pregunta?

—Y…yo no…

—¿Preguntó? No, pero lo implicó.

—No… no debí hacerlo, lo siento.

—No se preocupe —con un encogimiento de hombros, Jaime la dejó y caminó alrededor del escritorio para volver a tomar su posición anterior y observarla de nuevo.

Cuando apareció el señor Morrison, saludó amistosamente a Jaime y ambos desaparecieron de la oficina para intercambiar unas palabras. Rachel respiró con más libertad ahora que no se sentía observada, y aunque se dijo que le daba gusto que se hubiera ido, pensó que pudo haber aprovechado mejor esta oportunidad. No es que se imaginara que un hombre como él se interesara en una muchacha de dieciocho años, pero probablemente le dio la impresión de que era insociable y falta de personalidad, cosa que no era una buena opinión acerca de ella.

Una vez más evitó decirle a Kerry lo sucedido, porque no tenía deseos de hacer un resumen detallado de los hechos. Por alguna razón estaba renuente a discutir a Jaime Shard con nadie y aunque se sentía un poco desleal, no podía evitarlo.

El tiempo mejoraba y Rachel decidió, algunas tardes, ir caminando a su casa, disfrutando del paseo por el parque. Su padre jamás llegaba a casa antes de las siete y media, después que cerraba el museo, así que tenía bastante tiempo para caminar y tenerle preparada la cena para cuando llegara.

Una tarde, después de trabajar más tarde de lo acostumbrado, decidió que sería mejor tomar el ómnibus, y estaba recostada contra el poste, hojeando las páginas de una revista, cuando un elegante coche deportivo, verde, se detuvo a su lado.

Se echó para atrás instintivamente, acostumbrada a rechazar a los extraños que le ofrecían llevarla, atraídos al ver a una muchacha sola, pero se asombró, cuando el chofer alargó el brazo por encima del otro asiento para abrir la portezuela.

—¿Puedo llevarte a algún lado? —Jaime Shard preguntó un poco burlón—. Es una expresión muy trillada, pero es lo mejor que puedo hacer.

—¿Pero… por qué? —Rachel lo miró indefensa y él movió los hombros.

—Porque te vi. Porque tengo ganas. Porque eres una muchacha muy atractiva y… me interesas.

Rachel contuvo la respiración.

—No puedo. Quiero decir… usted no vive cerca de mi casa.

—¿Me estás rechazando? —miró suspirando a su alrededor—. Estoy estacionado en lugar prohibido y prefiero que no me vuelvan a multar.

Rachel se echó el bolso por encima del hombro, enrolló la revista con los dedos y supo que debía rehusar, y lo hubiera hecho sin titubeos si hubiera sido otra persona. Aunque siempre se considera capaz de controlar cualquier situación, Jaime Shard la perturbaba tanto como ninguno de los jóvenes con los que habla salido. No era como si se hubieran citado, él sólo le ofrecía llevarla, nada más. Pero si como dijo, ella le interesaba, ¿qué otra cosa podría suceder si la llevaba?

—Decídete —exclamó impaciente y ella dejó la precaución a un lado.

—Gracias —entró en el coche y él apretó el acelerador cuando el autobús apareció detrás de ellos.

—No tengo la costumbre de hacer esto —le dijo, después que él le preguntó la dirección y la miró de reojo.

—Aunque no lo creas, yo tampoco —replicó cortante y ella se dio cuenta que lo molestó por tanto titubeo.

—¿Estuvo… estuvo de nuevo en el extranjero? —le preguntó cuando llegaron a Kensington Road, y de pronto se dio cuenta que hacía varias semanas lo habla visto en la oficina del señor Morrison. Después de unos instantes, Jaime asintió.

—He estado de vacaciones. ¿Dijiste Latimer Square?

—Así es —Rachel le sonrió dudosa—. Es… es muy amable de su parte. Salí… salí tarde esta noche de la oficina.

—Lo sé —Jaime no intentó aclarar su afirmación y Rachel no sabía

qué decir. ¿Cómo conocía esas cosas acerca de ella? ¿Fue sólo la casualidad la que lo llevó hacia allá a esa hora del día? ¿Y si no, por qué la escogió a ella para hacerla objeto de sus atenciones?

Le pareció que no tardaron nada en llegar a su casa, un pequeño edificio con una terraza en una tranquila calle del norte de Kensington. Jamás estuvo tan consciente de su estilo victoriano tan poco elegante o del destartalado aspecto de la pintura, pero al parecer, Jaime no se fijó en eso.

—¿Vives con tu padre? —comentó mirando las ventanas con cortinas de encaje que se veían pasadas de moda, entre tantos exteriores modernos—. Tu madre murió y no tienes hermanos ni hermanas. ¿Estoy en lo correcto? Y tu padre es el cuidador de Harlings.

Rachel, quien había estado a punto de bajarse, se volvió para mirarlo con ojos incrédulos.

—¿Cómo lo sabe?

—Se te olvida… que mi oficio es obtener información —y luego en forma más suave—. Te dije… que estaba interesado.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Pero… no me conoce.

—¿Eso te preocupa? Confieso… que busqué tu archivo.

—¿Por qué el mío?

—¿No te sientes halagada?

—No mucho, porque no entiendo, señor Shard.

Él se volvió hacia ella, levantó la rodilla que colocó sobre el asiento y colocó un brazo a lo largo del respaldo. Era una noche cálida, y se había quitado la chaqueta, los separaban unos cuantos centímetros. Rachel estaba consciente del aroma masculino y del fino vello que desaparecía debajo del cuello abierto de la misa de Jaime.

—Tal vez por eso —la observó, entrecerrando los ojos—. Porque eres… tímida.

—Quiere decir inocente.

—No, no quiero decir inocente.

—Se está burlando de nuevo de mí —Rachel se ruborizó.

—Jamás me he burlado de ti.

—Entonces se divierte conmigo.

—No.

La joven suspiró profundamente.

—Su que sabe que la mitad de las muchachas en LWTV piensan… bueno, se sentirían muy halagadas.

—Pero tú no.

—¿Por qué me recogió? No fue para hacer una cita.

—¿No fue para eso? ¿Por qué no?

—Usted no hace citas. Por lo menos… no con las muchachas de la oficina.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Jaime burlón.

Rachel inclinó la cabeza.

—Tengo que irme, señor Shard. Mi padre no tardará en llegar y tengo que preparar la cena.

—Cena conmigo. Por supuesto, después que prepares la de tu padre.

Rachel se pasó un mechón de cabello detrás de la oreja y lo miró.

—C… creo que no.

—¿No quieres?

¡Que si quería! Rachel recordó la lucha que tuvo que sostener para ocultar sus deseos, pero tenía mucho miedo de que él estuviera fuera de su ambiente y sospechó que después, le exigiría algo más que un beso de buenas noches.

—Si temes que vaya a violarte, olvídalo, no me interesa. El sexo con una virgen mojigata no es para mí —su tono era duro y cínico.

—¿Entonces por qué me invita? —preguntó con el rostro arrebolado por el insulto y él contestó abruptamente.

—¡Sólo Dios sabe! —Declaró echando a andar el motor—. Tal vez soy masoquista. Anda, bájate, ya se me hizo tarde para una cita.

Rachel agarró la manija de la portezuela, se sentía miserable. Manejó muy mal todo el asunto y para agregar a su humillación, sabía que se negaba algo fundamental para su felicidad.

Incierta, se mordió los labios sin quitarle los ojos de la cara. Luego, dijo dudosa:

—¿Si… sigue en pie la invitación?

Jaime maldijo y volvió la cabeza frustrado.

—¿Te burlas de mí?

—¿Sigue en pie?

—Maldita seas, no sé.

—Porque si sigue en pie… acepto —se bajó del auto—. ¿A qué hora… regresará por mí?

Rachel se levantó del tocador y se acercó a la ventana. Por supuesto que ese fue el comienzo. Y había sido inocente, pensó con impaciencia. Creyó lo que quiso creer y cerró los oídos a cualquier consejo.

El que más fuerte gritó al principio fue su padre, le dijo que era una tonta en comprometerse con un hombre como él y le aseguró que nada bueno saldría de todo, que Jaime no pensaba en nada serio.

Por supuesto que tuvo razón, y al principio ella discutió diciendo que así le gustaba. La llevaba a cenar, al teatro y ocasionalmente a

fiestas cuando permanecía en Londres y cuando estaba ausente, ella se sentía libre de salir con otros hombres.

En los primeros meses fue una buena relación y Kerry y las otras muchachas de la oficina la miraban con cierto respeto por haber logrado salir con el elusivo señor Shard. Por supuesto que estaban celosas, y en ocasiones, alguien hacía un comentario malicioso acerca de lo que Jaime hacía cuando estaba ausente y con quién pasaba el tiempo en las noches en que Rachel no lo veía. Por lo general, ella se decía que se sentía feliz con el estado en que estaban las cosas, y poco a poco, su padre dejó de protestar.

Suponía que fue como un año después de comenzar a salir juntos cuando la situación entre ellos cambió en forma dramática.

Su padre sufrió un ligero ataque al corazón y fue llevado al hospital por varios días, para someterlo a unos exámenes. Rachel descubrió que uno de los médicos que atendía a su padre era el hermano de un chico con el que fue a la escuela y cuando le ofreció llevarla a su casa, después de visitar a su padre, lo invitó a pasar a tomar una taza de café.

Jaime estaba en Japón en una misión y ella sabía que no regresar hasta dentro de tres días, por lo que se sorprendió cuando sonó, el timbre de la puerta mientras ella y el doctor Fowles tomaban el café.

Era Jaime, sin rasurar y agotado que regresaba de un largo vuelo desde Tokio y después de darle el acostumbrado beso fraternal en la mejilla, le dijo que habla llegado directamente del aeropuerto.

—Fue un viaje terrible, y quería verte —y luego se quedó rígido cuando entró en la sala y encontró a Roderick Fowles levantándose de la silla.

Rachel prefirió pasar por alto lo que sucedió después, porque recordaba con un estremecimiento de repulsión, la insolencia de Jaime. Se portó tan grosero, tan falto de la cortesía y respeto al que la tenía acostumbrada, que el pobre de Roderick escapó con tanta rapidez como lo permitió la decencia.

Cuando se quedaron solos, se dirigió a Jaime furiosa, sintiendo que había sido ultrajada. Le dijo que él no la mantenía. Él sabía que ella salía con otros hombres y no tenía derecho a comportarse como si tuviera derechos exclusivos a su compañía.

—Mi padre está enfermo. Rod es uno de los médicos que lo atienden. ¿Qué crees que pensará mi papá cuando Rod le diga cómo fue tratado?

—Me importa poco lo que piense tu padre —murmuró Jaime aflojándose la corbata y desabotonándose los dos primeros botones de la camisa—. Me imagino que reaccionaría como yo si te encontrara sola con un extraño en la casa.

—¡No soy una criatura, Jaime! ¡Y si se me ocurre invitar amigos…

hombres… a mi hogar, no tengo que pedirle permiso a nadie!

Jaime la miró furioso, se le movía la mandíbula como si tratara de controlar una emoción violenta.

—No quiero que invites hombres a tu casa. ¡Ni siquiera que salgas con ellos! He tratado de jugar el juego como tú quieres, pero me está haciendo pedazos.

Rachel movió incrédula la cabeza.

—¿Jaime? —estiró una mano para tocarlo y luego sintió que la halaba hacia él. Por primera vez experimentó el ardor de su boca cubriendo la de ella y la cabeza le dio vueltas cuando la besó apasionadamente.

Hasta ese momento, todas sus experiencias con hombres habían sido inocentes. Lo más cerca que estuvo de una relación sexual fue permitirle a un muchacho que le acariciara el busto durante los días en que fue a la escuela de secretarias, lo permitió a través de la ropa y no le gustó. Resintió que tocara su cuerpo como si le perteneciera y desde entonces, ninguno de los jóvenes con los que salía podía permitirse esas libertades.

Con Jaime fue diferente. Era como si hubiera estado esperando que la abrazara, la tocara, que tratara su cuerpo como si fuera de él. Recordaba que llevaba puesta una blusa, ajustada hasta la cintura y Jaime se la desabrochó con urgencia y dejó expuestos los redondos senos. Las manos bronceadas la acariciaron íntimamente. Sabía cómo excitarla y las rodillas se le doblaron por la debilidad cuando le buscó de nuevo la boca.

—Creo que será mejor que vayas a hacer más café —murmuró él por fin, alejándola de su lado y ella se echó para atrás protestando, arreglándose la blusa, Jaime dejó la chaqueta sobre el sofá y se pasó los dedos por el cabello. Se volvió para recoger su maletín, era evidente que trataba de controlarse y Rachel sólo se pudo culpar por lo que ocurrió después.

Él se enderezó y volvió a colocar su maletín junto a la chaqueta, se metió las manos a los bolsillos como si buscara una llave. Cuando lo hacía, Rachel cruzó el espacio que había entre ellos y desde atrás le deslizó los brazos alrededor de la cintura.

—Gracias —dijo apretándose contra la dureza de su espalda y sintió cómo lo recorría un estremecimiento convulsivo.

—Rachel —le dijo con una voz dura de advertencia—. Rachel, no lo hagas. ¡No juegues con fuego!

—¿Y si quiero? —Respiró profundo y deslizó las manos sobre su estómago, llegando hasta los muslos—. ¿Por qué no he de tocarte? Tú querías tocarme.

—¡Rachel por Dios del cielo! —Le agarró las manos y detuvo la sensual exploración, respirando de golpe—. Rachel, estamos solos y

esto es una locura. No hagas algo de lo que tengas que arrepentirte.

—¿Y por qué he de arrepentirme? ¿Por qué no he de hacer lo que tú haces? Apuesto a que tus otras muchachas sí lo hacen.

—¿Qué otras muchachas? —dio la vuelta para mirarla—. No hay otras… muchachas. Y tú… tú eres diferente.

—¿Te refieres a que soy virgen? —casi se ahoga—. Por supuesto que no te gustan las vírgenes. Me lo dijiste una vez. Se me había olvidado.

—¡No seas tan tonta! —la aprisionó por los hombros para sacudirla furioso—. ¡Dije que podías confiar en mí y no he hecho nada para traicionarte, pero sólo Dios sabe que soy humano y sí te deseo!

Rachel tembló.

—¡Oh, Jaime! —Le separó la camisa y se apretó contra el fino vello oscuro de su pecho—. Me da tanto gusto que hayas venido a casa en forma tan inesperada. Creí que no te excitaba.

Por supuesto que esa noche no regresó a su apartamento, y en realidad, durante ninguna de las noches que el padre pasó en el hospital. Era difícil hacerlo levantar por las mañanas y casi se convirtió en rutina que llegara tarde al trabajo.

Al ver retrospectivamente, Rachel supo que jamás había sido más feliz que cuando ella y Jaime estaban juntos. Se compenetraban, tanto en la cama como fuera de ella y cuando su padre regresó del hospital, ella comenzó a pasar las noches en el apartamento de Jaime.

Eventualmente, uno de sus vecinos pensó que era su obligación decirle al padre de Rachel que durante las noches que él estuvo en el hospital un Ferrari verde estaba estacionado fuera de su puerta. Creía que era conveniente que el señor Williams supiera lo que sucedía y el padre de Rachel se lo agradeció, antes de confrontar a su hija con el chisme.

—Creí que dijiste que sólo eran buenos amigos, Rachel, no dejes que te use así. Te lo digo por tu propio bien.

Rachel no le creyó, por supuesto. Estaba muy enamorada de Jaime para hacer caso de cualquier crítica y las semanas que estaba en el extranjero, se arrastraban con lentitud. La primera vez que la llevó a conocer a sus padres, ella se sintió en el séptimo cielo, convencida de que tenía intenciones de casarse con ella y hasta se mostró indiferente a las implicaciones que podía tener el que madre mencionara el nombre de otra mujer, como protesta. Fue la primera vez que oyó de Betsy, y el estómago se le contrajo ahora al recordar lo que ese nombre llegó a significar para ella.

Su padre volvió a enfermarse de nuevo y pasó tres meses en un hospital particular. Jaime se portó muy dulce con ella, la llevaba a visitarlo todos los días, e hizo arreglos para que el señor tuviera cuarto privado, televisión a colores y todo lo que quisiera. El señor Williams

protestó diciendo que no quería nada de un hombre como Jaime Shard, pero Rachel sabía que disfrutaba en secreto de sus privilegios, y comenzó a esperar con ansia los juegos de ajedrez que Jaime proponía.

Cuando el señor estuvo bastante bien para regresar a su casa, Jaime le proporcionó una enfermera privada, y luego volvió a llevar a Rachel a Northumberland. Le dijo que necesitaba el descanso y así era. La preocupación por la salud de su padre la había agotado y durante las dos semanas de agosto que pasaron con la familia de él se volvió a poner fuerte y a relajarse, floreciendo día a día con el amor de Jaime. Jamás se separaban, no podían saciarse uno del otro y si sus padres sospechaban que Rachel no dormía en su habitación, mantuvieron su opinión en secreto.

Por supuesto que tuvieron que regresar a Londres y casi de inmediato, Jaime fue enviado al extranjero. Logró evitar todos los trabajos en el extranjero durante el verano, pero ahora no pudo y Rachel tuvo que contentarse con hacerse cargo de su padre.

Luego, una tarde, a principios de octubre, Betsy fue a verla.

Le dijo que era la esposa de Jaime, que lo era desde hacía cinco años, y que había ido a ver a Rachel, haciendo el último intento por salvar su matrimonio.

Rachel se sintió sacudida, pasmada, incrédula y finalmente, amargamente humillada. Nadie, mencionó jamás que Jaime había… o estaba… casado. Por supuesto que ella oyó algunos chismes, sobre todo la historia de que tenía una mujer en alguna parte, pero dejó de creerlo cuando ella y Jaime se convirtieron en amantes. Jamás hubiera creído que tenía a otra persona, nunca lo hubiera creído capaz de tal duplicidad. Pero ahora, esa mujer, Betsy, le decía que era propietario de una casa en Buckinghamshire, cerca de Aylesbury, y que todavía vivía allí con ella, cuando encontraba tiempo.

Todas esas ocasiones en que supuestamente había estado fuera del país, regresaron como una avalancha a la mente de Rachel. ¿Cómo sabía realmente que había estado fuera del país tanto tiempo como decía? Podía haber regresado unos días antes, como lo hizo de Japón, recordó temblando, y al ver a su esposa se sintió enferma.

Pero había algo peor. Betsy le dijo que estaba encinta, con su primer hijo. Ella había querido un bebé desde hacía mucho tiempo, y ahora que había sucedido, descubrió que tenía otra mujer. *¡Otra mujer!* Rachel palideció. ¡Con razón jamás le había hablado de matrimonio… a ella!

No supo como logró sobrevivir a ese encuentro, o recordar el aspecto de Betsy. Pensó que era pequeña, rubia y de apariencia bastante delicada, con límpidos ojos azules y labios húmedos, los que continuamente volvía a humedecer. Las cosas que realmente se

grabaron en la mente de Rachel fueron el anillo de casamiento en el dedo de Betsy y la legalidad del certificado de matrimonio.

Después que se fue, Rachel comprendió muchas cosas sobre todo el nombre de Betsy, el que oyó mencionar en voz baja en Clere Heights.

Cuando Jaime regresó del Oriente Medio, rehusó verlo al principio, pero luego, al darse cuenta que tal vez le estuviera haciendo una horrible injusticia, aceptó hablar con él.

En seguida supo que estaba enterado de la visita de Betsy y eso pareció aclarar todo. El hecho de que todavía veía a su esposa, lo dijo todo, y ella rehusó escucharlo cuando trató de decirle que estaban separados y que lo habían estado por los últimos tres años. No negó que su esposa viviera en Buckinghamshire, no negó que jamás había pedido el divorcio, y aunque negó saberlo, el hecho era que Betsy estaba encinta.

Fue el final, ambos lo supieron. Rachel renunció a su trabajo en LWTV y tomó otro en una estación rival, mientras Jaime se veía obligado a seguir con sus compromisos. Trató de telefonearle varias veces, y como eso no dio resultado, le escribió numerosas cartas. Aunque quería enviarlas de regreso, sin abrir, la curiosidad fue más fuerte y a través de ellas se enteró de que Betsy tuvo un aborto. Pero jamás contestó, aunque seguía en contacto con sus padres, y los perdonó por la parte que tuvieron en el engaño.

Como cosa curiosa, el padre de Rachel tomó a mal que se hubieran separado. Después de todas las cosas que dijo de Jaime en el pasado, lo defendió cuando su hija le contó lo del engaño. El padre le dijo que las cosas no siempre eran lo que parecían, le aconsejaba que no se apresurara, pero los hechos estaban ahí y Rachel no podía negarlos.

En ese momento se pasó una mano temblorosa por el cabello, mirando, sin ver, los prados cubiertos de nieve. Se preguntó dónde estaría Betsy ahora, qué haría. ¿Seguiría viviendo en la casa cerca de Aylesbury? ¿Sería todavía su esposa? ¿Se quedaría Jaime en esa casa como hacía en el pasado?

Capítulo 5

Tenía las palmas húmedas cuando se alejó de la ventana, necesitaba escapar de la desesperación que le producían sus pensamientos y abrió la puerta. El pasillo estaba silencioso. Imaginó que la familia dormía todavía, por lo que cerró la puerta detrás de ella con toda suavidad y bajó la escalera.

La casa se sentía bastante fría. La calefacción central todavía no adquiría toda su fuerza y ella inclinó los hombros por el frío cuando abrió la puerta de la biblioteca. Así como en la sala, allí siempre había también fuego en la chimenea, y si Maisie ya se había levantado, lo que era probable, seguramente ya lo había encendido.

Se parió en seco ante la visión que se le apareció. Jaime estaba dormido en el sofá de cuero a un lado de la chimenea vacía, había un libro abierto en la alfombra a su lado. Imaginó que lo estaba leyendo cuando se quedó dormido y al agacharse a recogerlo, vio la botella vacía de escocés que había rodado debajo del sofá.

Se enderezó y se le quedó mirando tensa, trató de disipar el desagradable sentido de responsabilidad que sentía. ¿Le habría estado doliendo la pierna? ¿Fue por eso por lo que bajó a buscar un libro? ¿Y por qué habría necesitado el whisky? Jamás supo que tomara más de lo debido. Aceptó con amargura, que había muchas cosas de él, que nunca supo.

Seguía completamente vestido con los pantalones de terciopelo verde oscuro y el chaleco que usó sobre la camisa blanca de seda durante la cena. No había señales de la chaqueta, la que aparentemente se quitó en el piso de arriba. También se había quitado la corbata, para facilitar desabrocharse la camisa. Se veía indefenso con el cabello oscuro desordenado y las facciones delgadas e inteligentes, suavizadas por el sueño y Rachel tuvo que hacerse fuerte. Después de todo lo que acababa de recordar, era demasiado pronto tratar de verlo objetivamente, y la indolencia que mostraba le recordó en forma vívida las mañanas en que despertaba y lo encontraba a su lado Recordó que la despertaba con besos, que se hacían el amor antes que amaneciera y luego se quedaban dormidos hasta media mañana, cuando él se levantaba de mala gana para irse a los estudios. No se lo imaginaba, teniendo ese tipo de relación con nadie más, y aunque sabía la clase de persona que era, sintió un dolor en su interior y supo lo que eso presagiaba.

—¡Feliz Navidad!

No se dio cuenta de que había abierto los ojos, y cuando le habló, se sobresaltó. Cruzó los brazos sobre el libro y lo sostuvo como si se protegiera el pecho.

—F… Feliz Navidad! —Contestó moviendo curiosamente los hombros—. Y o… bueno… te levantaste temprano hoy.

Por la forma que la miraba, ella comprendió que él sabía que no quería que adivinara la verdad, por lo que gesticulando, se sentó y balanceó las piernas.

—¡Dios hace frío! —murmuró al recorrerlo un estremecimiento involuntario—. ¿Anda por ahí Maisie? Me encantaría una taza de té.

Rachel miró por encima de su hombro.

—Si quieres, iré a ver —luego agregó de mala gana—. Debiste usar una manta. Es una locura dormirse sin nada encima en esta época del año. Puedes pescar un horrible resfriado.

—Creí que apenas me acababa de levantar —replicó Jaime en forma lacónica, ella se movió incómoda y el agregó como si estuviera satisfecho de haberla desconcertado—. Tomé algo fuerte para entrar en calor y seguramente me tumbó.

—Más bien te emborrachaste —replicó Rachel con vehemencia—. Hay una botella de escocés, vacía, debajo del sofá. Dudo que sólo tuviera unas cuantas gotas cuando te sentaste.

—¿Hemos estado investigando, verdad? ¿Qué te importa si disfruto de mis debilidades? ¡Este es mi hogar… y mi escocés!

—Por supuesto que no es asunto mío —se ruborizó, mientras dejaba a un lado el libro. Titubeó—. Yo… er… iré a ver qué hay del té. Creo que oigo…

—No, espera —Jaime luchó para incorporarse y se arrastró hacia ella con dificultad—. Lo que dije acerca de que éste era mi hogar no lo dije para ofenderte. Sabes que eres tan bienvenida aquí como yo.

—Gracias. No necesitas darme explicaciones —contestó con tirantez—. Tus padres han hecho que me sienta muy a gusto y yo lo aprecio. Pero tienes razón, es tu hogar y yo no tenía derecho a hacer ninguna crítica.

—Rachel, estoy cansado, eso es todo —murmuró en forma ruda—. Y me imagino que no siempre uso las palabras correctas. Bebí porque no podía dormir ¿Eso me excusa? —Apretó los puños—. Dime, ¿cómo iba yo a poder dormir después de lo que pasó ayer por la tarde?

Rachel se movió en forma automática hacia la puerta. No confiaba en él cuando estaba de ese humor y la verdad que tampoco confiaba en ella. Salió para buscar a Maisie, antes miró por encima del hombro y vio la forma en que se dejaba caer de nuevo sobre el sofá.

El desayuno fue una ocasión de reunión familiar, cuando se intercambiaron todos los regalos. Rachel, quien no había sabido antes de llegar que Jaime estaría allí, sólo pudo comprarle una caja de jabones para afeitar y una loción, el día que fue al pueblo; para Robert tenía una bufanda y para Liz un perfume francés, para Nancy y Robin chocolates y un juguete de peluche para la bebita.

Se sorprendió y conmovió por los regalos que le dieron los Shard. Era un camafeo en forma de prendedor, muy viejo pero muy bien cuidado, con una inscripción en la parte de atrás que decía: "A Amy, con amor".

—Es una prenda que ha estado en mi familia durante generaciones —confió Liz después que Rachel abrazó emocionada a la pareja—. Originalmente perteneció a mi bisabuela y durante los últimos cien años ha pasado de madre a hija. Como yo no tengo una hija a quien dárselo, pensé que tal vez te gustaría tenerlo —sonrió.

Rachel se sintió abrumada, miró un poco dudosa a Nancy y Liz interceptó su incertidumbre.

—A Nancy le dimos las perlas de la abuela —comprendió perfectamente cómo debía sentirse Rachel—. Pero yo quería que tú te quedaras con el broche. Estaba segura que lo apreciarías.

—Por supuesto —Rachel se encontró con los ojos de Jaime, pero no pudo sostener su intensa mirada. La verdad es que no lo había visto desde que lo dejó en la biblioteca. Le pidió a Maisie que le llevara el té mientras ella pelaba hongos en la cocina, y si el ama de llaves encontró extraño que la invitada prefiriera tal tarea a llevarle el té al hijo mayor de sus patrones, se reservó su opinión.

Pero ahora, Rachel no podía evitar su atención, y se sintió aliviada cuando Liz se entusiasmó por el regalo que Jaime le había llevado, pasó e delicado reloj de oro para que todos lo vieran.

Robin y Nancy le dieron a Rachel unos pañuelos y ella se los agradeció con cariño, antes de abrir el último regalo que estaba al lado de su plato. Por la escritura que lo acompañaba, supo que era de Jaime y se entretuvo en abrirlo, aprensiva de lo que pudiera contener. Le había dado mancuernas a su padre y su hermano y a Nancy un brazalete de plata. No podía imaginar lo que le compraría, ya que no sabía que ella iba a estar ahí.

Era un anillo. Después de quitarle la envoltura de papel para dejar ver una enorme caja, Rachel sospechó que podía ser algún adorno, tal vez un souvenir de su desafortunado viaje a Masota, pero estaba equivocada. Cuando quitó la tapa y el papel de china, descubrió en el fondo de la caja un pedazo de terciopelo azul.

El anillo era de oro, con un rubí rodeado de brillantes. Se veía que era valioso, a juzgar por las miradas que intercambiaron todos, tan sorprendidos como ella, Rachel se sintió avergonzada.

—¿Te gusta?

Fue Jaime quien hizo la pregunta y ella lo miró de mala gana, buscando palabras.

—E… es muy lindo, pero… pero no puedo aceptarlo —agregó a toda prisa—. Nunca pensé… quiero decir… no esperaba nada parecido, y… y honestamente, no sé qué decir.

—Pruébatelo —le aconsejó Jaime—. Por lo menos dame la satisfacción de ver si te queda bien.

Rachel miró dudosa a Liz, que asintió.

—Sí, pruébatelo —la urgió, ignorando la expresión de desaprobación de Nancy y con un encogimiento de hombros, Rachel les dio gusto.

Le quedaba ligeramente apretado. Tenía más gruesos los dedos de la mano derecha que los de la izquierda, pero a pesar de que era obvia la implicación, Rachel se rehusó a reconocerla. No tenía idea de cómo o por qué le había comprado Jaime un regalo tan caro, y aun que le gustara mucho, no podía quedarse con él.

—¡Oh, querida, se ve precioso! —Liz lo dijo sin pizca de envidia y estiró la mano por encima de la mesa para acercar los dedos de Rachel hacia ella—. ¿No te parece bellísimo, Rob? —Luego le dijo a hijo—. ¡Apuesto a que no lo compraste en Inglaterra!

—En realidad es de Tiffany —replicó Jaime, dando el nombre del famoso joyero de New York sin pensarlo dos veces.

—¡De Tiffany! —Exclamó envidiosa Nancy—. Robin ¿por qué nunca me compras algo así?

Rachel se quitó de nuevo el anillo para guardarlo, mientras Robin se quejaba acerca de que los periodistas estaban demasiado bien pagados.

—Es… es muy amable de tu parte, Jaime —murmuró hablando con dificultad—, pero no es algo que pueda aceptar.

—¿Por qué no?

Sus ojos color café se oscurecieron y ella se dio cuenta de que se lo había dado delante de todos para comprometerla.

—Porque, bueno, porque es demasiado… caro —contestó incómoda—. No… no debiste haber gastado tanto dinero en mí.

—¡No lo hice!

Su respuesta fue descuidada y Rachel miró desconcertada las caras de su familia.

—¿Qué… qué quieres decir con eso? Debes haber gastado, a menos… —trató de sonreír— que lo hayas robado.

Jaime la miró por encima de la taza de café y ella no pudo leer su expresión.

—Es como el broche —dijo por fin, bajando la taza. Y como ella arqueó las cejas confundida, agregó—: No es nuevo. Hace tiempo que… lo tengo —hizo una pausa—. Ya olvidé ahora por qué lo compré.

—Aun así… —Rachel empujó la caja hacia él, pero Jaime la rechazó.

—Guárdalo, no me sirve. Es de tu tamaño. Úsalo… con mis bendiciones.

El rostro de Rachel ardía y como comprendió que no podía seguir discutiendo con él frente a sus padres, dejó la caja al lado del plato.

Después que recogieron lo que se usó en el desayuno y alimentaron a la bebita Lisa, Liz sugirió que los jóvenes fueran a dar un paseo.

—Jaime no puede, por supuesto —dijo mirando a su hijo mayor, quien seguía sentado a la mesa—. Pero tú ve con ellos, Rob, mientras yo ayudo a Maisie.

Robert aceptó y los cuatro se fueron con el bebé. En esa ocasión tomaron el sendero de la loma, siguiendo el camino que rodeaba el promontorio y se metieron entre las aulagas salvajes y los matorrales que daban a una ensenada de arena. Era un camino que Rachel conocía muy bien, porque en el pasado caminó mucho por allí con Jaime, y necesitó demasiada fuerza de voluntad para mantener a raya esos pensamientos, sobre todo después del incidente del anillo.

Robert se había hecho cargo del carrito con la bebita y cuando se puso a hacerle a Robin algunas preguntas acerca del trabajo, Rachel caminaba junto a Nancy. El sendero era estrecho, sólo para dos personas, así que las muchachas tuvieron que caminar juntas porque no les quedó otro remedio.

Era una fría mañana, el cielo se veía claro, pero el sol no calentaba. Era vigorizante caminar con el calor sobre la espalda, y las aguas del Mar del Norte al lado, y como decidió que de ella dependía ser amable, Rachel trató de serlo.

—Para tener dos meses, Lisa es una niña grande —inició la conversación sin saber realmente mucho acerca de bebés, pero impresionada por la energía de la bebita—. Me imagino que cuando crezca tendrás mucho trabajo. ¿Crees que se parece a Robin?

Nancy se encogió de hombros, y metió las manos en los bolsillos de su abrigo de piel. Hacía mucho contraste con su cabello rubio y Rachel consideró muy llamativo su aspecto.

—No sé cómo era Robin de bebé —contestó por fin Nancy, cuando Rachel comenzaba a pensar que no le contestaría—. Sólo hace quince meses que nos casamos. ¡Yo ni siquiera quería tener un bebé!

—¿No querías? —Rachel trató de sonar comprensiva—. Bueno… supongo que te refieres… que no querías enseguida.

—No. ¡No soy el tipo maternal! Los hombres son unos egoístas, y antes de saber qué pasaba, la niña venía en camino.

—Ya veo —Rachel comprendió. —La próxima vez, ya sabrás qué hacer.

—Sí. Sólo que es una lata. Creo que los hombres son los que debían tomar precauciones ¿no te parece?

Rachel controló el rubor, a duras penas y trató de quitarle importancia al asunto con un gesto.

—Supongo que depende del individuo, podrías obtener consejos al

respecto.

—¡Consejos! Ya los he tenido, pero, ¿quién quiere tomar esas horribles drogas? Yo no, me hacen sentir mal.

Rachel se mordió el labio.

—Creo que podías pedir otro consejo. Hay varias pastillas en el mercado. La que has estado tomando seguramente no es la adecuada. Si yo fuera tú, probaría con otras.

Nancy la miró maliciosamente.

—Pareces saber mucho al respecto. ¿Es que tú y Jaime? —entrecerró los ojos.

—Preferiría no discutirlo. ¿Crees que eso que se ve es un buque petrolero?

Nancy no entendió la insinuación.

—Robin dice que tú y su hermano estaban muy unidos —insistió—. La verdad es que no te culpo. Es muy atractivo. Muy… *sexy*, y sabe cómo utilizar ese encanto.

—Nancy, realmente, no creo.

—Conmigo no te hagas la mojigata, Rachel. Robin me contó todo acerca de ti. Cómo tú y Jaime anduvieron juntos durante casi tres años. Cómo te trajo aquí a conocer a sus padres. ¡No podrás decirme que lo mantuviste interesado en ti durante tanto tiempo sin acostarte con él! Yo no lo creería. Además, ¿Quién iba a querer detenerlo? —sonrió.

—¡Nancy! —Rachel estaba sorprendida, pero la chica más joven sólo hizo una mueca.

—¡Por lo menos conservaste tu figura! ¿Tienes idea de lo terrible que es inflarse como un enorme balón?

Rachel tuvo que sonreír. En cierta forma, Nancy todavía era muy inocente y además, hubo un tiempo en que se vio tentada a dejarse embarazar. Tenía muchos deseos de tener un bebé de Jaime, pero el sentido común y la insistencia de su padre, prevalecieron y después ya fue demasiado tarde…

—¿No te pareció hermoso el anillo que te dio? —Continuó Nancy mientras bajaban a la ensenada—. Debe haber costado mucho dinero. ¿Ya andan juntos de nuevo?

—¡No! —Rachel habló en forma vehemente, contenta de que el color de su rostro se atribuyera al viento y se sintió aliviada cuando Robert se volvió y las instó a que caminaran más cerca de él y Robin.

Cuando regresaron estaba listo el almuerzo, un tipo de buffet frío. Esa noche se serviría la cena de Navidad, después que llegaran los otros invitados y Liz le explicó a Rachel que en total serían catorce.

—¿No conoces al director de la compañía de Rob, Bernard Hylton? —Preguntó mientras Rachel la ayudaba a poner la mesa del comedor—. Creo que te va a simpatizar el matrimonio. Son una pareja

agradable y Angela su hija, debe tener como tu edad.

—¿Va a venir con ellos? —preguntó Rachel y Liz asintió.

—También tienen un hijo, pero no vendrá. Se casó hace unos meses y él y su esposa van a pasar la Navidad con los padres de ella.

—Con ellos somos nueve —dijo Rachel contando a la familia y a los tres Hylton. ¿Conozco a alguien más?

Liz dejó de hacer lo que hacía para pensar.

—Conoces al señor Conway, al vicario. Él y su esposa también vendrán y los Manning —mencionó el nombre del doctor de la localidad—. ¡Ah! y su hijo Patrick.

—¿A qué hora llegarán?

Liz comenzó a doblar servilletas.

—Los Manning y el señor Conway no llegarán sino hasta después de las siete, pero imagino que Bernard y Alice estarán aquí a la hora del té.

—¿Esos son… el señor y la señora Hylton? —Rachel trataba de recordar los apellidos.

—Y Angela —aceptó Liz sonriendo y le dio una palmadita afectuosa al dirigirse hacia la puerta—. Has sido una gran ayuda, querida, y te lo agradezco. Con la bebita y todo lo que implica, Nancy no ha tenido tiempo de ayudar, pero sé que puedo depender de ti.

Rachel sonrió.

—Es lo menos que puedo hacer. Podía haber pasado sola la Navidad.

Liz titubeó.

—Así que… tú y Jaime, no fue tan grave como esperabas ¿verdad?

—Nos portamos en forma civilizada.

—Ya lo noté, pero también noté que dejaste el regalo que te dio en la mesa. Lo puse en tu habitación antes del almuerzo.

—¡Oh, Liz!.

—Por lo menos déjalo allí durante este tiempo. Preferiría que no dejaras por ahí un anillo tan valioso y sé que Jaime no querrá que se lo devuelvas.

Rachel suspiró, pero la madre de Jaime se veía tan ansiosa, que no podía desilusionarla.

—Está bien —Liz le apretó los hombros al pasar.

La mesa estaba lista y Rachel la admiró antes de irse a su cuarto. El centro de mesa de rosas blancas y muérdago estaba flanqueado por unas altas velas rojas colocadas en candelabros de plata, en espera de que las encendieran. Las servilletas eran rojas, sobre el mantel blanco de damasco, los cubiertos de plata, pulidos y brillantes y había copas con tallos altos de cristal cortado que difundían la luz. La mesa no podría verse mejor en ese momento, antes que sirvieran la cena y el vino. Eso lo pensó con satisfacción y decidió que se podían encontrar

placeres en cosas simples que muchas veces no se apreciaban.

Pudo oír voces masculinas que venían de la biblioteca y pensó que Robert y sus hijos compartían una tarde junto al fuego. Después del almuerzo, Nancy se llevó al piso alto a la nena, seguramente para acostarla a dormir la siesta, pero no había vuelto a bajar y Rachel imaginó que se estaba preparando para la cena. Los Armstrong ofrecieron volver a cuidar a la bebita y se la iban a llevar a su apartamento, que estaba conectado con el edificio principal pero completamente independiente, y no había duda que Nancy quería sacarle el mayor provecho posible a su inesperada libertad.

En su habitación, Rachel encontró la caja que contenía el regalo de Jaime. La señora Shard le había quitado la envoltura y sólo quedaba la caja y su contenido envuelto en terciopelo, un recordatorio perturbador de que él todavía era una fuente de peligro para ella.

A la tenue luz de la tarde invernal, el anillo brillaba mucho. Después que lo desenvolvió y como nada podía ocultar su belleza, Rachel tuvo un impulso y se lo deslizó en el dedo anular de la mano izquierda.

Le quedaba perfecto y ella levantó la mano extendiendo los dedos para admirarlo mejor. Se preguntó frustrada que cómo habría adquirido Jaime ese anillo. ¿Por qué lo tenía? A menos… y mientras ese pensamiento se le ocurría, se quitó el anillo en forma abrupta… a menos que hubiera sido de Betsy y ella se lo hubiese devuelto.

Disgustada, envolvió otra vez el anillo y lo echó en la caja. Ahora que la idea había tomado cuerpo en su cabeza, no podía apartarla y aun la vista de la caja, le era ofensiva. No quería tener que mirarla ni que le recordara de dónde había venido y después de un momento de titubeo, se puso de pie y recogió la caja.

El corredor estaba desierto, y al comprobar que no había nadie por allí, caminó a toda prisa hacia la puerta de Jaime dejaría la caja en su cuarto. Él nunca sabría quién la dejó y si sospechaba que había sido su madre, lo pensaría dos veces antes de devolvérselo a Rachel.

Sin titubear, abrió la puerta y se deslizó al interior. Sólo le llevó un momento cruzar la alfombra color café y oro y colocar la caja sobre la mesa de noche, pero después de hacer eso, no escapó de inmediato. Algo de nostalgia, la hizo quedarse un momento, ver ese cuarto que en un tiempo fue tan familiar para ella y recordar tantas citas felices.

El lecho de Jaime así como el de ella, tenía cuatro postes, cubierto por una sobrecama de brocado dorado, pero la cama, así como la habitación, era más grande y tenía vista al océano. Rachel se movió y deslizó los dedos sobre la pesada cómoda que estaba al lado del armario doble, acarició los cepillos de carey que estaban sobre el tocador y se detuvo cerca de la ventana para mirar el mar que se oscurecía.

Estaba tan absorta, que no notó la línea de luz debajo de la puerta del baño y cuando ésta se abrió de pronto y un rayo brillante se vio a través de la alfombra, se volvió, cubriéndose la boca con la mano, y se encontró a Jaime mirándola.

Capítulo 6

La sensación tan humillante que Rachel sintió al ser atrapada en esa posición ignominiosa, se agudizó más, por el hecho de que lo único que Jaime llevaba puesto eran unos calzoncillos. Tenía el torso desnudo, su fino vello oscuro lo cubría hasta el ombligo y desaparecía debajo de la cintura de los calzoncillos. Aparentemente estaba en el proceso de cambiar vendaje a su pierna, y ella se impresionó cuando vio la horrible herida en su muslo. Jaime le habló y ella ladeó la cabeza para ocultar su involuntaria reacción.

—¿Qué quieres? —le preguntó, entrando en la habitación con evidente dificultad, arrastrando un poco la pierna lastimada, y fue entonces cuando ella vio la caja abierta de las vendas sobre la cama, aunque antes ni la notó—. No puedo creer que esta sea una visita social, así que me imagino que debes tener un propósito al estar aquí.

Rachel respiró hondo cuando lo vio sentarse en la orilla del lecho. Agarró unas tijeras y mientras ella observaba sin querer, fascinada, cortó una tira de gasa para hacer un parche que serviría de protección a la herida. Parecía totalmente indiferente a su presencia, no se veía desconcertado ni avergonzado por su atención, mientras que ella era un manojo de nervios, atormentada por la tristeza que trataba de ocultar a duras penas.

Jaime colocó el parche sobre la áspera línea de puntos que todavía dejaba escapar humedad cuando se movía. Era evidente que la pierna no cicatrizaba con la rapidez que debía, ya que no la dejaba descansar y Rachel quería examinarla para asegurarse que no estaba infectada.

Entonces, él cogió la venda que ya había descartado, pero como si notara que lo observaba, levantó la vista impaciente.

—¿Qué quieres, Rachel? —Se notaba que tenía dolores—. No necesito público mientras hago esto, quisiera que dijeras lo que tienes que decir y te fueras.

Rachel se mordió el labio inferior.

—La veo… fea —se atrevió a decir sin que sus palabras contestaran lo que quería saber y él apretó la boca.

—Así es. Las heridas de bala no tienen fama de ser bellas y no me digas que mi madre te envió en su lugar para cambiarme la venda. Puedo soportar ciertas cosas, pero esto ya es el colmo.

—¿Generalmente es tu madre la que te pone la venda?

—Ella es la que la enrolla —contestó con sequedad—. Me cuesta un poco de trabajo hacerlo solo, pero no te preocupes, sí puedo, no necesito tu ayuda.

Rachel titubeó durante un momento, luego se le acercó con lentitud y se arrodilló a su lado, agarrando la punta de la venda.

—Yo lo haré —dijo ella y cuando pareció que iba a ignorarla, Rachel recobró la compostura y lo miró—. Déjame ayudarte —insistió —. Ahora que estoy aquí es lo menos que puedo hacer.

Jaime soltó la venda de pronto, pero no mostraba enfadó.

—¿Qué se cree mi madre que soy? ¡Puedo estar inmóvil pero no impotente! —gritó.

Rachel se concentró en lo que estaba haciendo, sin responder a su furioso estallido. En vez de eso levantó el parche que él se había colocado y examinó la herida. De cerca, podía ver las puntadas que unían a la carne, y después de asegurarse de que todo estaba limpio y no supuraba, volvió a colocar el parche.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Jaime se movió impaciente en la cama—. Por Dios del cielo, pon la venda y termina. ¡Quiero ver a mi madre para decirle lo que pienso de ella!

Rachel comenzó a enredar la venda alrededor del muslo, manteniéndola firme, sin arrugas y no demasiado apretada.

—La… la verdad es, que tu madre no me mandó que viniera —contestó de mala gana, cuando casi terminaba de desenrollar la venda —. Yo… vine a devolverte el anillo, y… y tú, sacaste conclusiones erróneas.

Jaime la miró amenazador.

—¿Entonces por qué lo estás haciendo?

—Alguien tenía que hacerlo —Rachel se puso a la defensiva—. Y… y no creí que te importara, así… así como tampoco te perturbó que yo te viera en… solamente en…

—¿Mi ropa interior? —terminó con sequedad y Rachel asintió—. ¿Por qué perturbarme? Bastantes veces me has visto sin nada.

—Lo sé —Rachel no quería meterse en ese tipo de conversación. De todas maneras, —trató de buscar otra alternativa—. Ya se terminó. Quiero decir… me refiero… ¿está bien, verdad? ¿No demasiado apretada o algo?

Jaime la miró durante largo rato y luego, resignado, se dejó caer de espaldas sobre la cama.

—No. No. Está bien —le aseguró sin expresión—. Honestamente, la enfermera del distrito no lo hubiera podido hacer mejor.

—Ahora será preferible que me vaya. Tengo que vestirme para la fiesta. —Rachel se puso de pie y lo miró.

—¡La fiesta! ¡Dios, sí, la fiesta! —Jaime hizo una mueca—. ¿Crees que alguien se daría cuenta si no me presentara?

—¡No hablas en serio! —lo miró ansiosa—. Sabes que tu madre se molestaría.

—No, no lo digo en serio.

—¿Te… te sientes bien? Me refiero a que… ¿tienes dolor de cabeza?

—No.
Jaime habló con sinceridad y Rachel suspiró.
—¿Cómo… cómo sucedió? ¿No se supone que los grupos de periodistas tienen alguna forma de protección? Tú no llevas armas, entonces, por qué te dispararon?
Jaime lo pensó un momento, luego se encogió de hombros.
—No nos dispararon exactamente a nosotros. ¿No te contó mi madre? Nos vimos en medio de una batalla entre fuerzas del gobierno y las guerrillas. Supongo que fue una suerte que nos capturaran fuerzas del gobierno, no creo que los rebeldes lleven a ningún herido.
—¿Quieres decir que podían haberte matado?
—Pudieron haber tratado de usarnos como rehenes para sacar de prisión a algunos de sus hombres.
—¿Y si no hubieran podido te hubieran matado?
—Todo es pura especulación. No sucedió así y de todas maneras ¿qué te preocupa? Ojalá estuviera muerto —volvió a rodarse de espaldas en la cama.
—¡No! —exclamó Rachel impulsiva y él se ladeó para mirarla.
—¿No? —Levantó una ceja—. ¿Por qué no? Jamás nos vemos, así que, ¿qué importa?
—No deseo que estés muerto.
—¿No?
—No —lo miró enfadada—. Debías cuidarte mejor. Tu… tu madre se preocupa, lo sabes.
Jaime suspiró y dejó escapar el aire.
—Lo tendré en mente.
—Desearía que así fuera.
—Lo haré.
Rachel caminó hacia la puerta.
—El… er… el anillo está allí —dijo indicando la caja en la mesa al lado de la cama—. Yo… te veré en la cena…
—¡Espera! —Jaime se enderezó cuando ella se detuvo incierta—. Llévate el anillo. Quiero que lo guardes.
—No.
—Sí —agarró la caja y se la acercó—. Es tuyo.
Rachel puso las manos a su espalda.
—No… no puedo recibir de ti un regalo así.
—¿Por qué? Porque es muy valioso? ¿O es porque no crees que lo compré para ti?
—No lo hiciste —la boca de Rachel tembló—. Eso dijiste. Y yo… preferiría no usar nada que compraste para Betsy.
—No lo compré para Betsy. ¿Y por qué no puedes usarlo? ¿No crees habértelo ganado?
—¡No digas tonterías!

—Así es como me siento —replicó con frialdad—. ¡Está bien, olvídalo! —Tiró descuidadamente la caja sobre la cama y el contenido se regó sobre la cubierta—. Ya me desharé de esto de una u otra manera.

—¡Es… es que no tienes derecho a criticarme!…

—¿No lo tengo? —se rodó hacia un lado para no verla—. ¿No quieres irte? Estoy cansado de esta conversación.

Rachel abrió la puerta de mala gana, consciente de que él había ganado ese encuentro en particular. ¿Cómo era posible que la pudiera hacerse sé tan mal, cuando él era el responsable de esa situación? Cerró la puerta de un golpe y luego miró aprensivamente a su alrededor, al comprender que podía haber llamado la atención.

En su propio cuarto suspiró frustrada. Nunca le había parecido más indeseable la idea de ducharse, cambiarse y alistarse para una cena y se arrojó sobre el lecho en un gesto de rebeldía. Jaime pensaba que podía decirle lo que quisiera, tratarla con tan poco respeto como a una… una… su mente se opuso a la inevitable conclusión. Pues bien, se aseguraría que no tuviera otra oportunidad. En el turno, se mantendría fuera de su camino y cualquier compasión que sintiera, sería olvidada.

Después de estas reflexiones, se sintió un poco mejor, y cuando se hubo duchado y secado el cabello, esperó ansiosa la velada que se aproximaba. Por lo menos, en compañía, podía olvidar el futuro vacío y tal vez esta experiencia con Jaime lograría lo que el tiempo no pudo… acabar con cualquier arrepentimiento que quedara, por su separación.

Se aplicó un maquillaje delicado, acentuando el ligero rasgado de los ojos y delineó los labios con un lápiz labial color ladrillo brillante. Después de cepillarse el cabello hasta dejarlo sedoso, levantó el vestido que iba a usar.

Era de seda, un sencillo camisero rojo con un escote en V, mangas hasta los codos y una falta entallada que tenía una abertura que casi le llegaba al muslo. Sin lugar a duda era uno de sus vestidos que más la favorecían, su corte perfecto acentuaba la curva de sus turgentes senos y revelaba la esbeltez de sus largas piernas. Estaba impresionante y lo sabía, y por una vez sintió gusto de poderse ocultar detrás del escudo de su belleza.

Mientras se vestía oyó que llegaba un coche y se imaginó que eran los Hylton. Al recordar lo que Liz dijo de que su hija tenía la misma edad que Rachel, pensó que sería mejor bajar y darle la oportunidad a la señora de subir para cambiarse de ropa, si es que todavía no lo había hecho. Dudó que Nancy se esforzara y como ella estaba lista, podía hacerlo.

Como sospechó, Liz y Robert entretenían a sus invitados en la sala.

Maisie había llevado el té, pero cuando Rachel entró en la habitación, Liz respiró agradecida.

—¡Oh, ahí estás, querida mía! —Exclamó cuando Robert y Bernard Hylton se pusieron galantemente de pie—. Acércate, quiero que conozcas a Angela.

Bernard Hylton era más o menos como Robert, alto y corpulento, pero con bigote. Su esposa, Alice, también era alta, muy delgada y claramente se notaba que le temía a su agresivo esposo.

Angela Hylton no se parecía a ninguno de los dos. Era de estatura media y complexión regular, una cabellera roja y rizada, rodeaba el pálido rostro, como una aureola feroz. Era bonita y Rachel supo sin que abriera la boca, que era difícil que ella y Angela fueran aliadas.

—Angela es modelo —comentó Liz después de presentarlas—. Ha viajado por todo el mundo debido a su trabajo, ¿verdad Angela?

—Casi.

Angela habló con vocecita aniñada, que Rachel detestó de inmediato y luego se burló de sí misma por hacerlo. Después de todo, Angela no significaba nada para ella, no había razón para juzgar tan duramente a la muchacha, aunque tenía algo que le molestaba a Rachel.

Liz se disculpó y fue a cambiarse de ropa y como los dos hombres discutían asuntos de negocios, Rachel se dedicó a hacerla de anfitriona.

—¿Vive cerca de aquí, señora Hylton? —preguntó amable y Alice le sonrió. Lejos de su marido, seguía teniendo cierta reticencia, pero contestó que en realidad vivían muy cerca de Newcastle.

—Siempre venimos a casa de Liz y Robert el día de Navidad y generalmente ellos van a vernos el día de año nuevo.

—¡Qué bonito! —Reconoció Rachel con una inclinación de cabeza —. La Navidad es tiempo de tradiciones.

—¿No había pasado la Navidad antes en Clere Heights, señorita Williams? —preguntó Angela con las manos alrededor de las rodillas, y Rachel negó con la cabeza.

—Pero como mi padre murió al principio del año, Liz y Robert sabían que estaría sola.

—¿En Londres? —Angela hizo una mueca—. ¿Puede uno estar alguna vez solo en Londres?

—Sí, se puede —replicó Rachel e ignoró la ligera crítica—. ¿Siempre pasa la Navidad con su familia, señorita Hylton?

—No siempre, pero cuando oí que Jaime estaba en casa, no pude esperar para verlo.

Rachel recibió ese inesperado golpe y se forzó a poner una expresión de ligero interés.

—¿Conoce bien a Jaime?

—Por supuesto —el tono de Angela fue desdeñoso—. Lo conozco desde que yo tenía como seis años. ¡Se burlaba de mí siempre!

—Angela acostumbraba seguirlo como una sombra —comentó Alice y miró con afecto a su hija—. Ella y Robin siempre se metían en líos por culpa de Jaime.

Rachel apretó los labios. El cuadro de la pequeña Angela siguiendo a Jaime no era muy agradable a pesar de su pretendido desinterés y por una vez, se sintió aliviada al recordar que fue con Betsy con quién se casó.

—¿En dónde están los muchachos? —preguntó Angela y Rachel experimentó una violenta sacudida al oír la entonación familiar. Se preguntaba cuánto, les habría contado Liz acerca de su compromiso y si Angela tendría algún conocimiento de sus relaciones con el hijo mayor de los Shard.

—Robin y Nancy bajarán dentro de unos minutos —fue Robert quien comentó después de oír la pregunta de Angela—. Alice, me imagino que tienes muchas ganas de ver a mi nieta. Apuesto a que no pensaste que te ganaríamos en ser abuelos.

Alice puso una cara ligeramente avergonzada y su esposo habló por ella.

—Es cierto que Angela estuvo comprometida un par de veces, Rob, pero creo que todavía sigue en busca del hombre adecuado. Por lo que respecta a Colin, se casó, como sabes, pero su esposa parece determinada a seguir con su carrera y no creo que tengan familia en un futuro cercano.

—¿Qué hace su nuera? —preguntó Rachel en el silencio que siguió y Bernard le sonrió amistoso.

—Es doctora, señorita Williams, en la enfermería de Newcastle. Es una muchacha inteligente y creo que todos nos sorprendimos cuando aceptó a nuestro Colin —dijo el señor Hylton.

—¡Colin no es un idiota, papá! —exclamó Angela con aspereza, su padre se rió y continuó:

—No, no lo es, pero no se puede comparar la administración de caballos de carreras con la práctica de la medicina, ¿o sí?

—No. El ser dueño de caballos de carreras es más productivo —replicó Angela y su padre movió la cabeza.

—Creo que Bárbara debía pensarlo mejor —replicó Alice inesperadamente, participando en la discusión—. El lugar de una mujer está con su esposo. Por eso fallan tantos matrimonios en la actualidad, demasiadas mujeres quieren salirse con la suya.

—Creo que una mujer debe seguir con una buena carrera, si eso es lo que quiere —intervino Rachel con firmeza—. Muchos matrimonios fracasan porque la esposa se aburre y busca diversión en otra parte. Es mejor compartir a la esposa con su trabajo y no con otro hombre.

—Un comentario sabio —dijo una voz desde el umbral, Angela gritó encantada y evitó que se dieran cuenta del rubor de Rachel.

—¡Jaime! ¡Oh, Jaime, estás aquí! —abandonó la silla para cruzar él cuarto y saludarlo, y su murmullo de protesta fue acallado por la íntima presión de los labios de la muchacha.

—¡Querido! ¿Cómo estás? —Agregó entusiasmada, mientras él trataba de mantener su equilibrio contra el marco de la puerta—. Nos asustaste mucho a todos.

Rachel desvió la mirada al ver a Angela con esa cara suplicante. Con el brazo de Jaime rodeándola, tanto para apoyarse como para abrazarla, Rachel reconoció cándidamente que de todas maneras Angela sacaba ventaja de sus oportunidades, viendo cómo enlazaba su brazo con el de él, con toda familiaridad.

—No sabía que te importaba —comentó Jaime saludando a los padres de la chica—. ¿Cómo estás Bernard? —Saludó con amabilidad al hombre mayor—. Hola, Alice. Te veo bien.

—Estamos preocupados por ti —contestó Angela con ese mismo tono de voz aniñado que Rachel comenzaba a odiar más cada vez,

—No hay que preocuparse por él —dijo Robert con sequedad—. Tiene más vidas que un gato.

—Eres como un gato, ¿verdad querido? —Insistió Angela con artificio—. Sólo que no de la variedad doméstica… sino una enorme pantera…

—¿Les gustaría tomar algo? —sugirió Robert levantándose y Rachel lo miró agradecida.

—Sí —dijo Rachel—. Me gustaría probar un poco de ese whisky de contrabando, Rob. Siempre y cuando te sobre un poco.

—Creo que podré encontrarte una gota —le aseguró con amabilidad y cuando fue a examinar el contenido del armario de los licores, Jaime se sentó en un sillón.

—Herido de guerra —observó burlón como disculpándose con Angela, pero ella se sentó posesivamente en un brazo del sillón y conversó con él en voz baja, casi inaudible.

Rachel los miraba, inquieta, consciente del atractivo de Jaime, con pantalones negros y chaqueta de terciopelo.

Cuando él se volvió, la encontró observándolos, inclinó la cabeza en forma casi imperceptible y ella bajó la vista de inmediato, posándola en sus manos. Querido Dios: ¿Iba a tener que agregar los celos a la lista de emociones que él le inspiraba y en caso de ser así, qué podía hacer?

Robert le trajo el whisky y ella comenzó a tomarlo ansiosa. Su potencia la adormeció y se sintió deliciosamente acalorada y cuando terminó estaba mucho más optimista.

Ya se habían reunido con ellos Robin y su, esposa y como todos

querían ver al bebé, Nancy estaba orgullosa. Con un vestido de jersey color naranja, con escote redondo, que la favorecía, se mostraba satisfecha y Liz y Robert estaban muy emocionados de mostrar a su nieta.

—Veo que Angie no ha perdido el tiempo —comentó Robin sentándose al lado de Rachel en el sofá—. ¿Sabías que hace años que anda detrás de él? A pesar de su matrimonio y de los dos compromisos frustrados de ella, no parece haber avanzado mucho.

—Yo no diría eso —dijo Rachel sin darle importancia y luego deseó no haberlo hecho, porque Robin arqueó lasa cejas en forma inquisitiva—. Sólo quise decir que parece conocerlo…

—¿Íntimamente? —Agregó Robin con sequedad—. No lo creas. Jaime no se envolvería con una psicópata como ella, no, después de Betsy.

—¿A qué te refieres? —Rachel pareció trastornada y Robin movió la cabeza.

—Nada. Olvida lo que dije. Oye… ese que te pusiste es un vestido muy bonito.

Rachel detuvo sus habituales intentos de hacerle proposiciones amorosas y luego, volvió a sonar el timbre de la puerta para anunciar la llegada del vicario y su esposa y circularon más bebidas. Durante la confusión general, Rachel no tuvo tiempo de pensar lo que Robin quiso decir con su comentario y conforme la velada avanzaba, olvidó el significado de las palabras.

Llegaron los Manning y con ellos su hijo, Patrick, quien resultó ser un músico aficionado. Traía su guitarra y cuando más tarde Robert enrolló el tapete para que bailaran, la reunión cobró interés.

Rachel sentía la cabeza un poco pesada cuando se sentaron a cenar. Con la llegada de cada nuevo invitado, Robert ofrecía bebidas y como Angela seguía monopolizando a Jaime, Rachel se refugió en el licor.

Durante la cena, la sentaron entre Patrick Manning y el vicario, Jaime estaba del lado diagonalmente opuesto. Lo sentaron al final de la mesa, con Angela entre él y su padre, mientras que Liz y Robin se sentaban al otro extremo y Nancy dos asientos separada. Rachel observó que ninguna de las mujeres fue, colocada al lado de su esposo y supuso que el arreglo de Liz de poner a Jaime con Angela fue para facilitarle a ella las cosas. Pero no fue así, se le hizo muy pesado, sobre todo, cuando los ojos de Jaime se encontraron con los de ella sin ninguna huella de calor.

La cena fue lo tradicional, con un enorme pavo asado y un flameante pudín de ciruela y para terminar pastel de frutas y especies. Sirvieron diferentes vinos con la cena y brandy con el café, por lo que Rachel no se sorprendió cuando sintió que el cuarto daba vueltas al

levantarse de la mesa.

Ofreció ayudar a Liz y a Maisie a retirar los platos, contenta de hacer ejercicio para despejar la cabeza y cuando regresó a la sala, Patrick tocaba baladas en su guitarra. Todo el mundo colaboraba, ella se arrinconó en una esquina sin que la vieran, y con las luces, apagadas y sólo las llamas del fuego de la chimenea para iluminar la habitación, la escena era muy navideña.

—¿Qué piensas de Angela? —Susurró a su lado Nancy, libre porque los Armstrong se encargarían de cuidar esa noche a Lisa—. Robin dice que es modelo, pero no se me ocurre de qué —agregó maliciosa—. A menos que sea de barniz para uñas.

Rachel torció la boca.

—¿Ya la conocías?

—Sí —Nancy hizo una mueca y era evidente que desde la conversación que sostuvo con Rachel, durante la caminata de la mañana, la veía con menos hostilidad—. Yo pensaba que le gustaba a Robin, hasta que la vi con Jaime.

Rachel estaba molesta.

—¿Crees que a Jaime le gusta? —preguntó y luego se burló de sí misma por permitir que la cantidad de alcohol que había consumido le dictara lo que debía decir, pero Nancy no se perturbó.

—No sé —murmuró encogiéndose de hombros—. Eso no es lo que siempre importa. Quiero decir que si una chica se siente atraída hacia un hombre, él seria un tonto si no la aceptara ¿no crees?

—Quieres decir… piensas que cualquier hombre aceptaría…

—¿Y no lo harías tú? Después de todo no es lo mismo para un hombre. Para ellos es… una verdad de la vida.

Rachel no dijo nada más. Probablemente Nancy tenía razón, decidió con amargura. Después de lo que Jaime le dijo esa tarde, más valía no discutir, pero eso no impedía que le doliera o que se le quitara la tensión que la tenía hecha nudos.

Cuando Patrick dejó de tocar y volvieron a encender las luces, Robert puso un disco y comenzó la acción al conducir a la señora Manning al barnizado piso del vestíbulo. Eso alentó a los Conway a seguirlos y Bernard Hylton galantemente invitó a bailar a Liz.

—¿Quieres bailar?

Rachel levantó sorprendida la vista para encontrar a Patrick frente a ella, se veía un poco tímido por haber tenido que invitarla frente a Nancy.

—Oh… yo… si quieres —respondió y le ofreció la mano, que él tomó y la condujo al vestíbulo.

A diferencia de los demás, él no usaba chaqueta, pero de todas maneras estaba atractivo con los jeans y el suéter que usaba. Rachel intuyó que era más joven que ella, debía tener veintiuno o veintidós

años y era evidente que se sentía fuera de ambiente en ese tipo de reunión.

—Realmente no bailo muy bien —confesó él cuando llegaron al vestíbulo—. No estoy acostumbrado a este tipo de música pero si te animas a probar, yo también lo haré.

—Nunca había tenido mejor ofrecimiento —dijo Rachel riendo en voz baja—. Yo tampoco soy ninguna bailarina de salón, así que creo que nos entenderemos bien.

—Así está mejor.

Patrick sonrió, la acercó, y se movieron al suave ritmo de la música. Era un *fox-trot* así como lo anunció Robert, para Patrick todo era lo mismo, y cuando el ritmo cambió a un vals, casi bailaban igual.

Sólo cuando Robin interfirió con los planes de su padre y puso en el tocadiscos un grupo de música moderna, Patrick pareció cobrar vida y Rachel sintió alivio de que su falda tuviera una abertura cuando él comenzó a darle vueltas.

—Está bueno el *rock and roll* —dijo y la acercó más a él—. Lo haces bien, ¿sabías? ¡Esto está fabuloso!

—Tuve un buen maestro —dijo Rachel sin aliento, girando sobre los talones y luego se dio cuenta que la exhibición que daban atraía la atención de todos. Así como las parejas mayores, Jaime y Angela fueron a pararse en la puerta que daba al vestíbulo y Rachel se preguntó con alegría si él habría oído lo que dijo. Jaime le había enseñado todo lo que sabía acerca del baile, y tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en Patrick al sentir sobre ella los ojos de Jaime. Cuando terminó la música estaba sin aliento y la cabeza seguía dándole vueltas. Fue una experiencia excitante, pero ahora que había acabado, se preguntó si hizo bien en participar.

—Necesitas una copa —dijo Patrick con firmeza, aprisionándola en el círculo de sus brazos—. Conozco un rincón muy agradable donde podemos compartir una cerveza y así podrás contarme la historia de tu vida. Y más tarde, si queda tiempo, yo te contaré la mía.

Rachel tenía calor y se sentía incómoda.

—La verdad… no creo que eso sea una buena idea —dijo tratando de librarse— Suéltame Patrick no me siento muy bien.

—Vamos —Patrick agachó en forma desagradable el rostro muy cerca del suyo—. No trato de amenazar tu virtud ni nada parecido. Sólo quiero que pasemos un rato juntos. Como somos los únicos jóvenes del grupo, creo que lo merecemos.

—Patrick…

—Creo que es mi turno —dijo Jaime cortante, metiéndose entre ellos con determinación. Sin demasiado esfuerzo, libró a Rachel y luego se enfrentó a la agresividad de Patrick con una sonrisa dura.

—La dama está cansada —le dijo Patrick mirándolo—. Quiere

tomar algo.

—Más tarde —dijo Jaime, poniendo una mano sobre el brazo de Rachel y el joven no tuvo más remedio que aceptar la situación.

Por su parte, Rachel se asombró del alivio que sintió al ver a Jaime. Había dejado a Angela, donde Rachel los vio juntos por última vez y se sostenía sin ayuda, aunque se apoyaba en una pierna. Al recordar la herida en su muslo, se angustió y después que Patrick se fue de mala gana, se volvió para darle las gracias a Jaime.

—Baila —dijo Jaime severo, halándola hacia él y ella lo miró sin comprender cuando la rodeó con los brazos.

—Tú… tú no puedes —protestó mirando su pierna, pero Jaime la ignoró mientras se movían al ritmo de la música lenta.

—¿Quieres comenzar un pleito?

—No entiendo…

—Si Manning pensara que sólo traté de portarme pesado, es probable que causara problemas —Jaime encogió los hombros—. Así que, bailaremos por lo menos por unos minutos.

Rachel suspiró e hizo una mueca al mirarlo.

—¿Y no le importará a tu amiga? Me refiero a que la dejaste por mí.

—¿Quién? ¿Angela? Me imagino que piensa que no tiene de qué preocuparse —Jaime se encogió de hombros.

Rachel lo miró resentida y dijo:

—Supongo que le contaste que no tiene por qué preocuparse. Siempre y cuando no me acerques demasiado a ti. ¿Qué pasa? ¿Tengo alguna infección o algo? ¿O temes lo que te pueda hacer?

Jaime la observó con frialdad.

—Creo que bebiste demasiado. Te vi tomando todos esos escoceses antes de la cena. Entonces supe que te meterías en líos, pero por supuesto tú, sabías lo que hacías.

—¿Cómo podías saber lo que yo hacía? —preguntó furiosa—. Estabas demasiado entretenido con Angela. Parecías fascinado. ¡Fue odioso!

—¿Lo fue? Pues sugiero que en el futuro te dediques a tus propios asuntos.

—Lo haré, de veras que lo haré.

—Me da gusto oírlo —Jaime se detuvo de pronto y miró a su alrededor—. Parece que tu enamorado desapareció, creo que basta por hoy ¿no te parece?

—Si eso quieres.

Rachel se sintió herida y estaba indignada, pero cuando Jaime se volvió, tuvo que agarrarse de nuevo a él con dedos ansiosos. El cuarto le daba vueltas y se asustó cuando sintió unas terribles náuseas.

Capítulo 7

—¿Que pasa?

Jaime se notaba impaciente cuando la miró, pero al observarla tan pálida, se calmó. Con una exclamación ahogada se puso frente a ella, protegiéndola del resto de los bailarines y se le quedó mirando al verla tambalearse frente a él.

—¡Me siento muy mal! —se quejó ella, apretando el caliente rostro contra su hombro, y él la rodeó con un brazo.

—Vamos, tienes que subir la escalera porque no querrás hacer una escena aquí abajo. ¡No frente a Patrick… y Angela!

Rachel apenas si se dio cuenta que Liz corría hacia ellos cuando se acercaron a la escalera, pero Jaime le indicó que se quedara allí. Luego sintió, mientras subían el primer descanso, un aire más frío abanicándole la frente y vio frente a ella el corredor iluminado. Jaime empujó la puerta de la habitación de Rachel y entonces ya no pudo aguantar las náuseas. Se separó de él arrastrándose y mareada se tambaleó en el baño, para poder volver el estómago aunque se sintiera avergonzada ante él. Estuvo apoyada en el lavabo mucho rato y poco a poco mejoró el mareo, que fue reemplazado por una horrible sensación de humillación que no mejoró cuando vio a Jaime observándola, recostado en la puerta.

—Toma —le pasó su pañuelo cuando ella se enderezó y se limpió la boca sin mirarlo—. ¿Te sientes mejor? Todavía estás demasiado pálida.

—Lo siento —Rachel se quitó los zapatos y volvió a la alcoba—. Siento haberte molestado con esto —se sentó en la orilla de la cama—. Discúlpame con tus padres.

—Creo que Liz sabe de qué se trata —Jaime se frotó la pierna cuando entró en la habitación—. De todas maneras ya son más de las once. La reunión terminará pronto. Mis padres no son afectos a fiestas que duren toda la noche.

Rachel lo miró apesadumbrada.

—¡Tu pierna! ¡Debes estar en agonía! Ni siquiera trajiste tu bastón.

—No soy precisamente un inválido —replicó irónico—. ¿Estarás bien ahora?

—Me iré a la cama —dijo y se dio cuenta de pronto que estaban aislados en la habitación. Se levantó rápida, para disipar la ilusión, perdió el equilibrio y él tuvo que salvarla de que se cayera.

—Vamos, te ayudaré —sus manos encontraron la cremallera en la parte de atrás del vestido—. Relájate, no voy a tocarte. Sólo quiero asegurarme que no vas a lastimarte.

Rachel no tenía fuerzas para impedírselo además, comenzaba a

sentir mucho sueño y no podía esperar más para poner la cabeza en la almohada. Dejó que Jaime le quitara el vestido y luego se tendió sobre las sábanas de seda mientras él, le quitaba las medias.

—Dejaré que tú hagas el resto —dijo mientras arrojaba las medias a un lado y Rachel lo miró con los párpados pesados.

—No… no te he dado las gracias —respondió ella y él bajó la mano haciendo un gesto de que el asunto no tenía importancia.

—No hay necesidad. Ahora te dejaré. Yo… si necesitas algo, grita, alguien podrá oírte.

—Está bien —Rachel quería detenerlo pero sabía que era una locura, así que se enderezó sobre un codo y sonrió—. De todas maneras… te estoy agradecida —hizo una pausa—. Despídeme de los Hylton.

—Los verás mañana. ¿No te explicó mi madre que generalmente pasan aquí la noche para que Bernard no maneje después de tomar? —abrió la puerta de la alcoba y salió.

—¡Oh! —Rachel apretó los labios. Así que Angela tendría su oportunidad—. ¡Está bien, entonces te veré por la mañana! —y se hizo un ovillo cuando él salió.

Cosa curiosa, en cuanto él se fue, la abandonó el cansancio. Tal vez era debido a que Angela iba a pasar la noche en la casa lo que la despertó, pero fuera lo que fuera, en ese momento estaba completamente alerta.

La boca le sabía mal, se deslizó fuera de la cama de nuevo y mantuvo el equilibrio antes de arrastrarse una vez más al baño. La pasta de dientes nunca le supo más dulce y su aliento estaba fresco y con sabor a menta antes de enjuagarse la cara y las manos.

Gesticuló al verse en sostén de encaje y pantaloncitos, se los quitó y se puso su camisón de satén verde. Después de cepillarse bien el cabello, se metió de nuevo en la cama y apagó la luz.

De inmediato volvió a sentir mareo, por lo que buscó el interruptor de la luz y la volvió a encender. Era obvio que debía evitar la oscuridad, pero no era fácil tratar de dormir con luz.

Desde allí, oía el sonido de la fiesta que terminaba y casi enseguida los motores de los autos de los invitados que se iban. Los Conway fueron los primeros, luego los Manning y eventualmente oyó sonido de pasos en la escalera y a Robin y a Nancy diciéndoles buenas noches a sus padres. Hubo un murmullo de voces poco familiares cuando Liz les mostró a los Hylton y a Angela sus habitaciones y finalmente, la voz de Jaime al intercambiar unas palabras con su madre.

Luego el silencio.

Rachel se movió un poco inquieta, preguntándose si Jaime ya le habría dado las buenas noches a Angela. Pensó con amargura que una cosa sí era segura, que no iba a necesitar buscar olvido en una botella

de escocés si lo esperaba una invitación tan agradable. Sus labios temblaron al pensar en la desagradable imagen de Angela y Jaime, juntos. Aunque ella no lo quisiera, resentía tener que observar el desarrollo de su relación con otra mujer.

Cuando su puerta se abrió silenciosamente, por un momento pensó que Liz venía a ver si estaba bien. Pero no era la madre de Jaime quien se asomó al cuarto, sino el mismo Jaime y Rachel casi dejó de respirar.

Cuando él vio que todavía estaba despierta, una expresión curiosa cruzó su rostro, y después de mirar detrás de él, entró en la habitación y casi cerró la puerta a sus espaldas.

—Vi la luz —le explicó—. Creí que te habías dormido dejándola encendida, la venía a apagar.

—¡Qué amable!

Después de lo que pensó unos momentos antes, a Rachel se le dificultó portarse amistosa con él y Jaime la miró con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Nada —Rachel movió los hombros debajo de las mantas—. ¿Qué podría pasar?

—¿Por qué no apagaste entonces la luz?

—Porque… oh, porque me sentí mareada cuando la apagué.

—Ya veo. ¿No te sientes mareada ahora?

—No lo sé. No… no he vuelto a tratar.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

—Está bien —se dirigió de nuevo a la puerta, apoyándose pesadamente sobre el bastón, que esa vez llevaba consigo y Rachel hizo un puchero.

—¿Y tú? —preguntó sin querer—. ¿Te duele la pierna?

—Puedo resistirlo —replicó con sequedad y la indignación la hizo perder la cautela.

—Apuesto a que sí —murmuró con amargura.

—¿Decías? —inquirió Jaime.

Rachel respiró profundo.

—No dejes que te entretenga.

—¿Que me entretengas? —Jaime la miró asombrado—. ¿Qué me entretengas para hacer qué?

—No pretendas que no sabes —dijo resentida—. Odio jugar a los acertijos.

—¿De qué hablas? —Preguntó volviéndose hacia ella y comprendió cuando se topó con sus malhumorados ojos verdes—. ¡Mi Dios! ¿Sigues insistiendo con lo de Angela? Maldita, ¿qué crees que soy? ¿Alguna especie de semental?

—¿No lo eres?

—Debería azotarte por decir algo así —hizo un gesto de disgusto—. No sé por qué me preocupo por ti.

—¿Por qué te preocupa por mí? —Rachel se apoyó sobre un codo y al hacerlo las mantas se deslizaron y quedó expuesta la aterciopelada piel de sus hombros.

—¡Oh, duérmete ya! —Torció la boca—. Es muy tarde y estoy cansado para tener este tipo de discusión.

Rachel se arrepintió cuando lo vio moverse hacia la puerta. Casi a pesar de sí misma, le creyó cuando negó tener algo que ver con Angela. El problema era que no confiaba en Angela… o en la reacción de Jaime después de acusarlo.

—¡Jaime!

Cuando la oyó susurrar su nombre se detuvo y la miró sospechoso al llegar a la puerta.

—¿Y bien?

—Lo siento —dijo subiendo el tirante que se le había deslizado del hombro—. Lo siento honestamente. Por favor… no te vayas.

—¿Que no me vaya? —puso una expresión risible, mezcla de incredulidad, enojo y pura frustración y ella lo miró suplicante.

—El mareo… me da miedo. ¿No podrías quedarte por un rato? Sólo hasta que me duerma.

Jaime cerró la puerta con movimientos precisos y luego giró para verla, con los labios fruncidos—. ¡Debes estar loca! ¿Qué piensas que soy?

—Creí que eras mi amigo —murmuró plañidera, imitando la infantil inocencia de Angela, y el puño libre de Jaime se cerró amenazador.

—Jamás podremos ser amigos, Rachel —levantó la voz y luego, al darse cuenta que lo podían oír, se acercó al lecho—. Deja la luz encendida —aconsejó apoyándose con rigidez en el bastón—. Dudo que eso haga quebrar a mi padre, y si así puedes descansar bien esta noche.

—Pero no descansaré —no sabía a ciencia cierta por qué lo hacía, pero de todas maneras algo la impulsaba a hacerlo—. Quiero decir… que no puedo dormir con la luz encendida, ya lo sabes.

¿No podrías… no podrías apagármela y sólo… sentarte al lado de la cama hasta que me durmiera?

—¿Qué clase de juego crees estar jugando?

—¡Ningún juego! —Rachel abrió los ojos de par en par—. ¡Por favor odio el mareo

Jaime pareció a punto de rehusar, pero era evidente que la pierna le dolía y después de pensarlo un momento, se dejó caer en la silla de ratán a su lado.

—Está bien —dijo y apagó la luz sin ceremonias—. Ahora

duérmete o me iré.

—Dame la mano.

Rachel volvió a acomodarse con cuidado sobre las almohadas, aliviada de ya no sentir mareo y después de un momento, los firmes dedos de Jaime encontraron los de ella.

—Buenas noches —murmuró ella con suavidad, decidida a no mantenerlo allí por más de media hora, cerró los ojos con tranquilidad y cosa sorprendente, muy contenta.

Despertó a la luz gris de un amanecer de invierno y a la incómoda sensación de que no todo estaba bien. Su cabeza le dolía un poco, pero no fue eso lo que la preocupó. Era otra cosa, algo que debía haber recordado y al moverse debajo de las mantas, se encontró con un inesperado objeto sólido.

Al principio, incapaz de distinguir quien o que cosa estaba a su lado, y luego parpadeó incrédula al ver a Jaime profundamente dormido. En un instante volvieron con todo lujo de detalles a su mente, los acontecimientos de la noche anterior y aunque cerró los ojos para no acordarse, el evidente resultado de su temeridad estaba a su lado. Dios querido, ¿qué sucedió después que Jaime fue a su cuarto? Todo lo que recordaba era la discusión que tuvieron y la mano de él sosteniendo la suya antes que se durmiera.

Respiró un poco irregularmente y estiró las piernas investigando lo que llevaba puesto. Respiró un poco más tranquila cuando descubrió que seguía con su camisón y haciéndose con todo cuidado a un lado, se volvió para mirar a Jaime.

La perturbaba la piel morena de sus hombros, expuesta por encima de la sábana, e impulsivamente estiró una mano hacia él, sus dedos le rozaron la pierna desnuda que estaba a unos centímetros de las de ella. Por encima de la venda, su mano se topó con el dobladillo de los calzoncillos de algodón y cesó su investigación cuando él abrió los ojos.

—¿Rachel? —Murmuró con los ojos confundidos y luego, cuando notó lo que hacía, le apartó la mano con dureza—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Yo… yo también podría preguntarte lo mismo —respondió desconcertada por su reacción—. ¿Qué… qué estás haciendo aquí? ¿Te… te invité a mi cama?

Jaime miró el reloj y después de ver que apenas eran las siete de la mañana, la miró a través de los párpados entrecerrados.

—¿No te acuerdas?

—Si así fuera, no te estaría preguntando. Recuerdo haberme ido a la cama, que viniste…

—¿Y nada más? —se burló Jaime.

—No estoy segura —Rachel no tenía ganas de darle más ventaja Luego, haciendo acopio de la poca dignidad que le quedaba, le dijo—: De todas maneras no tenías derecho a quedarte conmigo, hubiera yo dicho lo que hubiera… dicho o hecho. Sabías que bebí demasiado. Yo no sabía lo que hacía.

Jaime se encogió de hombros, e indolente se estiró a su lado.

—¡Eres una lástima! —y Rachel se enderezó sobre un codo a mirarlo.

—¿Qué… qué cosa sucedió? —rogó incapaz de seguir indigna da cuando había tal confusión en su interior—. Yo… yo… ¿por qué te quedaste aquí? —Movió inquieta las piernas—. ¿Nos hicimos el amor?

—¿No lo sabes?

—Bueno, no siento… es decir… oh, ¿cómo puedo estar segura? Jaime, por favor…

—Te dormiste sosteniendo mi mano —declaró con sinceridad—. Creo que yo también me dormí —hizo una pausa—. De todas maneras, cuando desperté me estaba congelando, y como no tenía ganas de irme a mi cama fría, decidí compartir la tuya.

Rachel contuvo el aliento y después dijo furiosa:

—¡Tú… tú no tenías derecho!

—Tal vez no, pero antes que comiences a insultarme, recuerda que tú me invitaste a que me quedara.

—¡No a *dormir* conmigo!

—¿Por qué no? —Dobló los brazos detrás de la cabeza—. Era lo menos que podías hacer ya que querías apartarme de la cama de Angela.

—¡Cínico! —Su irónica indiferencia la enfureció, sobre todo por que tenía que luchar con su atractivo—. ¡Debo haber estado loca para pedir que me ayudaras!

Se volvió de pronto, con ganas de salir de la cama y poner una segura distancia entre ellos, pero él la agarró. Ella luchó con violencia, logró zafar su brazo, pero él le asió el camisón, el satén se enrolló en sus dedos y Rachel quedó como una mariposa en una red.

—Suéltame, suéltame —dijo entre dientes, torciéndose y girando para tratar de patearlo, pero en esa ocasión, él no le dio la oportunidad de herirlo. Aprisionó su cuerpo debajo del peso del suyo y cuando sus labios encontraron los de ella, a Rachel no le quedaba aliento para resistirse.

—Debiste tener cuidado de no provocarme por la mañana, dulzura —dijo acercando sus labios a los de ella, cuando Rachel abrió la boca ante la insistencia de de sus besos. —Sobre todo, en una situación tan vulnerable. Ya sabes que yo sólo tomo lo que me ofrecen.

—¡No te he ofrecido nada! —protestó apasionada, pero sus manos

parecieron negarlo, porque por propia voluntad se movían sobre la musculosa espalda y lo hizo estremecer.

—¡Rachel! —Murmuró él y sus labios le acariciaban la oreja—. ¡Oh, te deseo, quiero ser parte tuya! No me digas que no, porque no creo que ahora me podrías detener.

La joven quiso objetar. Deseaba estar consciente y alejarlo de ella, pero no lo hizo. Cuando las manos de Jaime bajaron los tirantes del camisón y llevaron el corpiño hasta la cintura, ella se lo permitió, gimiendo cuando le acarició la curva de los senos. Nadie le había hecho jamás el amor, excepto Jaime, él le había enseñado los intrincados caminos del arte de amar y a disfrutar cada experiencia a plenitud.

Colocaron a un lado la ropa de cama, no les importó sentir el aire más frío contra su acalorada piel. Acariciándola, la despojó del camisón y el cuerpo traicionero de Rachel, temblaba emocionado. Se dio cuenta de que él, al igual que ella, se había despojado de la ropa, ansioso de fundir sus cuerpos. Sólo Jaime la había hecho sentir así, y derretir esa capa de hielo que ocultaba la apasionada mujer que había debajo y a pesar de todo lo que sucedió antes, y lo que ella sabía de él, tenía que experimentar el éxtasis una vez más.

Ahora era una mujer, en todo el sentido de la palabra, a quien durante mucho tiempo le fue negado el placer de sentirse amada. Lo deseaba y se aferró a él ansiosa, devolviendo sus caricias con toda la vehemencia de su joven cuerpo. La besaba con pasión, encendiendo el fuego en la aterciopelada piel, incitando la llama que crecía en su interior. Pronunciaba el nombre de él como un gemido de satisfacción, cuando la elevaba a la cima del placer.

Pasados los momentos de deleite, comenzó a darse cuenta de la magnitud de su entrega y se sintió horrorizada.

Jaime seguía acostado a su lado, con una pierna sobre las de ella. También le tenía un brazo colocado posesivamente por la espalda como para evitar que pudiera escaparse y cuando ella trató de hacer un movimiento, el abrió los ojos.

—Estuvo maravilloso ¿verdad? —Dijo apasionado, con la boca acariciando el hombro de Rachel—. Por Dios, cariño ¿cómo he vivido sin ti durante tanto tiempo? Eres la única mujer que me hace sentir así.

—Por favor. No quiero hablar del asunto.

—¿Por qué no? —Jaime despertó lo suficiente para parpadear y abrir bien los ojos, aunque todavía estaban nublados por la droga de la satisfacción sexual—. ¿De qué estás hablando, Rachel? ¡No creo inhibirte! —sonrió ligeramente—. ¡No lo hubiera creído posible… no ahora!

Rachel lo empujó y luchó para incorporarse, renuente a cubrirse

con las mantas, aunque eso quería hacer, porque significaría cubrirlo a él también.

—No entiendes —dijo impaciente—. No quiero hablar del asunto… jamás. Yo… yo desearía que nunca hubiera sucedido.

—Pero sucedió —entendiendo lo que quería decir, por lo que trató de enderezarse—. Y estás loca si crees que puedo dejar a un lado nuestra relación y pretender que todo acabó. ¡Lo que acaba de suceder fue tanto culpa tuya como mía!.

—¿Entonces sí fue una culpa?

—Maldita seas, sabes bien a que me refiero —y ella sabía que él odiaba verse forzado a discutir ahora el asunto. Tenía sueño y el agotamiento de dos noches de sueño interrumpido habían dejado ojeras alrededor de sus ojos—. ¡Eres mía, Rachel! ¡Hace años que te dejé mi marca y ahora que sé cómo sientes realmente, nadie se va a interponer entre nosotros, ni siquiera tú!

—Eso es lo que crees —Rachel saltó fuera de la cama, agarró la bata de satén que hacía juego con su camisón y se enredó en ella—. Poseíste mi cuerpo tal vez, pero no has poseído mi mente… y nada… *nada* de lo que hagas cambiará lo que siento por ti.

Jaime respiró profundo, levantó la pierna herida y apoyó sobre ella el mentón.

—¡Oh, Rachel! —dijo agotado—. ¡No me hagas esto!

—Yo… yo no te estoy haciendo nada —dijo en voz baja en caso de que alguien los oyera—. No sé como puedes estar sentado allí y pretender que la culpable soy yo. ¡Después… después de la forma en que me mentiste!

Jaime ladeó la cabeza para mirarla.

—No te mentí. No te dije que estaba casado porque tú no preguntaste.

—¿Y por qué tenía yo que hacerlo? No actuaste como hombre casado.

—Porque no me sentía como si lo fuera. Betsy y yo nos separamos quince… dieciocho meses después de la boda. ¡Fue un fracaso!

Rachel se tapó los oídos con las manos.

—¡No quiero oír!

—Está bien, eso es típico de ti. Se te mete una idea en la cabeza y nada que pueda uno decir te hará cambiar de opinión.

—¿Y qué dirías? —Rachel dejó caer las manos e hizo un gesto desdeñoso—. Estabas casado. Eso es todo. ¡Y… y vivías… vivías con *ella*!

—¡No! —por poco y se cae Jaime de la cama, pero sólo murmuró una maldición al golpearse la pierna herida—. Rachel, eso no es cierto. No vivía con ella. Por Dios del cielo, ¿cómo podía ser? ¡Pasábamos juntos cada momento que tenía libre!

Rachel se hizo a un lado, consciente, aún en ese momento, de que tenía el poder de hacer que sus sentidos giraran. En su interior había una voz traicionera que la incitaba a olvidar sus agravios, por lo menos hasta que saliera de Clere Heights, pero sabía que sólo era el sexo lo que asomaba a su ávida cabeza. Si permitiera que volviera a su ceder lo que acababa de pasar, entonces se sentiría más débil y tarde o temprano las necesidades físicas podrían ensordecer sus oídos para que no oyera la fría voz de la razón. Tenía que resistirlo de alguna manera y una vez de regreso en Londres, lejos de su influencia, el tiempo lograría lo que no podía el sentido común.

—Creo que debías irte —dijo envolviéndose con los brazos—. Ya… ya te dije que hemos dicho todo lo que había que decir.

—¿Y todavía crees que fui responsable de que Betsy estuviera encinta? —Preguntó con tristeza y cuando ella asintió, continuó—: ¡Rachel, te juro por lo más sagrado, que no fui yo!

—¿Cómo puedes decirlo? —lo miró fijamente con los labios abiertos, incrédula—. ¡Jaime, cuando regresaste de Grecia sabías que había ido a verme!

—Sí.

—¿Cómo?

—Me telefoneó en el instante que regresé al apartamento. Tú le dijiste que yo tenía que regresar…

—¡No!

—Entonces tal vez en el estudio —se mostraba impaciente—. De alguna manera se enteró, pero no por mí y por supuesto, lo primero que me dijo fue lo de la criatura.

Rachel contuvo la respiración.

—¿Puedes estar ahí y decirme eso?

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Pero… ¿por qué tenía que decírtelo si tú no eras el padre? ¿No hubiera sido más adecuado decírselo al padre de la criatura?

—Tienes que entender a Betsy, Rachel, no es como otras mujeres…

—Eso es obvio —Rachel estaba tan molesta que no le importó a quien hería—. Si yo hubiera estado en su lugar, te hubiera estado esperando con una ametralladora. O si no, con una cuenta de hospital envuelta en papeles de divorcio.

Jaime, agotado, se dio un masaje en el cuello.

—Estás completamente obstinada respecto al asunto. Ni siquiera quieres escuchar mis explicaciones.

—¿Seguías o no seguías casado con ella?

—Sí. Sí, maldita seas, sí —y con esa exclamación, se agachó y levantó los pantalones. Se los abrochó y se puso la camisa.

—Está bien, ya tuve bastante. Tú ganas —recogió el resto de sus pertenencias que estaban tiradas y caminó descalzo hacia la puerta—.

No puedo seguir golpeando la cabeza contra un muro de ladrillo —declaró sin más—. Después de cierto tiempo, se le olvida a uno por qué empezó y una vez que eso sucede, comienza a pensar que no valía la pena.

Capítulo 8

Después que se fue, Rachel temblaba tanto que tuvo que sentarse en la cama hasta que se pudo controlar.

El resultado de la sesión amorosa con Jaime, combinado con la horrible escena que siguió, provocó una reacción devastadora y sentía las piernas tan débiles como si estuviera al punto del colapso.

No ayudó reconocer que ella era tan responsable de lo ocurrido como Jaime. Eso no evitó que se sintiera desilusionada al comprender que él todavía tuviera el poder de aplastar sus inhibiciones, de hundir su personalidad y de hacerla partícipe voluntaria de sus deseos. No debió tomar tanto la noche anterior, ni haberlo invitado a su alcoba y ser tan tonta de dormirse sin ninguna vergüenza en compañía de un hombre.

Sin embargo, eso tampoco era completamente cierto, pensó, mordiéndose infeliz la uña del pulgar. No le hizo nada que ella no supiera y cuando la vio débil y vulnerable, le demostró simpatía y comprensión.

¿Con qué propósito? se preguntaba ahora. ¿Eso era lo que intentaba todo el tiempo? Pero alejó ese pensamiento. No tuvo contacto con él durante toda la velada sino hasta que sintió celos de su asociación con Angela.

El hecho era que había sucedido y a pesar de su amarga desazón, no podía negar los persistentes ecos de emoción. Su cuerpo todavía temblaba al recordar la forma en que Jaime la poseyó y había ligeras marcas en la piel donde él hundió la barbilla.

Llorosa, con una sensación de culpa, se hizo un ovillo en la cama y se tapó con las mantas. Todavía era muy temprano para levantarse, demasiado pronto para enfrentarse al día y repentinamente sintió mucho sueño. Haló la manta hasta las orejas, enterró el rostro en la almohada y aunque estaba segura que no descansaría, trató de olvidar.

Despertó al ver un rayo de luz que atravesaba una abertura en las cortinas y al darse cuenta de que Maisie estaba al lado de la cama, sosteniendo una bandeja.

—Pensé que sería mejor despertarla, señorita —le dijo cuando Rachel parpadeó sin verla—. Ya pasan de las once y la señora Shard dijo que anoche no se sentía usted muy bien.

Rachel volvió a cerrar de nuevo los ojos y luego los abrió con determinación.

—No, no me sentía bien, señora Armstrong. Debo… debo haber estado más cansada de lo que pensaba.

—Sí, señorita.

La expresión de Maisie era impersonal y Rachel trató de poner buena cara, dándose cuenta de pronto por qué. En su prisa por enderezarse olvidó que sólo llevaba puesta la bata de satén que usó para proteger su desnudez de los ojos de Jaime y como no se amarró la bata, estaba completamente abierta.

—¡Oh! —al notarlo, Rachel trató de juntar con rapidez los dos lados de la bata y sonrió disculpándose—. Yo… debo haberme puesto la bata por error en vez de mi camisón.

—¿Es éste su camisón, señorita?

Maisie colocó la bandeja al lado del cuerpo medio reclinado de Rachel y se agachó a recoger el camisón de satén verde que estaba en el suelo, donde Jaime lo arrojó.

—¿Qué? Oh, oh, sí, ése es —Rachel rehusó dar más explicaciones —. Gracias, señora Armstrong. ¿Quiere dejarlo en la orilla de la cama?

—Correcto, señorita —Maisie examinó brevemente el camisón mientras lo doblaba. y. colocaba en la orilla de la cama. Después de un instante de titubeo, agregó—: ¿Necesita algo más?

—No, no, esto se ve delicioso —Rachel sonrió agradeciéndole la bandeja en la que había jugo de naranja, tostadas, mermelada de cereza, café y rizos de mantequilla—. Gracias, señora Armstrong. ¿Quiere decirle a la señora Shard que bajaré dentro de media hora?

—Muy bien, señorita —Maisie se dirigió a la puerta—. Hace una hermosa mañana, sería una lástima desperdiciarla.

—Sí —Rachel titubeó por un momento—, ¿ya… ya se levantaron los demás?

—Todos excepto la señorita Hylton. Los papás de Angela desayunaron con los señores Shard y Robin y su esposa lo están haciendo ahora.

—Ya veo —Rachel se mordió el labio superior—. ¿Y… er… y Jaime?

—¿No sabía, señorita? —Maisie puso cara de genuina sorpresa—. Se fue hace media hora.

—¿Se fue?

Rachel no pudo evitar que su voz sonara consternada y Maisie asintió.

—¿No supo que recibió una llamada de Londres? ¿De los estudios?

—No —Rachel palideció.

—Pues sí. Parece que necesitan que vaya a Estados Unidos para asistir a una reunión importante o algo De todas maneras, dijo que iría aunque su padre le rogó que lo pensara.

—Pero… su pierna.

—Eso es lo que dijeron sus padres, pero él contestó que podría arreglárselas, que no era un inválido y que en su trabajo, se aprendía a

tomar la vida como venía. Mandaron un auto para llevarlo al aeropuerto de Newcastle, y de allí iba a volar a Londres.

—Ya veo —Rachel se sintió vacía—. No sabía.

—No, veo que no —contestó Maisie con sequedad—. ¿Le duele la cabeza o algo? No la veo bien.

Rachel trató de controlarse.

—Oh… probablemente tomé un poco más de la cuenta anoche, señora Armstrong —murmuró determinada y se sirvió una taza de café caliente—. Me sentiré bien después de tomar esto, ya verá.

Maisie se fue pero con ciertos recelos. Rachel podía adivinar que encontraba su presencia en Clere Heights como un enigma. En el mundo de Maisie, la ex-novia del hijo no era tratada como amiga de la familia y aunque parecía que Rachel le simpatizaba, no cabía duda que encontraba la situación como irregular.

Rachel tomó el café, trató de comerse media rebanada de tostada y luego se dispuso a levantarse. Pensó que sabiendo que no tenía que ver a Jaime, todo sería más fácil, pero no pudo negar una sensación de ansiedad al saber que iba rumbo a Londres. Pensó con tristeza que no debió ir, y no dudaba que si ella no hubiera estado allí, su madre lo habría podido persuadir para que se quedara. Pero como estaban las cosas, se sentía mal y se preguntó si todavía tendría valor de seguir adelante después de lo que había pasado.

Cuando balanceó los pies para tocar el suelo, sus dedos se toparon con algo suave de lana, que definitivamente no era la alfombra Frunciendo el ceño, miró hacia abajo y luego dejó caer los hombros cuando reconoció uno de los calcetines de Jaime. Estaba tirado en el lugar de donde Maisie sacó el camisón y al recordar el momentáneo asombro de la sirvienta, Rachel sintió que le ardía la cara. ¡Dios querido! Con razón Maisie esperó que supiera que Jaime se había ido. Un calcetín era inconfundible y también su significado.

Mientras se duchaba y más tarde se ponía jeans y un *pullover*, Rachel trató de decidir qué debía hacer. ¿Se lo diría Maisie a su patrona y de ser así se lo mencionaría Liz a ella?

No era muy probable, pero existía el hecho, y Maisie debía saber lo que sucedió. Después de ver a Rachel medio desnuda, el camisón tirado en el piso al lado del calcetín, cualquiera podía imaginar lo sucedido, y Rachel creía que no podría soportar la compasión o censura de nadie.

Ella misma llevó la bandeja y se encontró a Liz que salía de la cocina. La madre de Jaime le sonrió con amabilidad, le preguntó cómo se sentía, y después de explicar que los Hylton se irían acabando de almorzar, siguió con lo que estaba haciendo como si nada extraño hubiera sucedido. Tampoco mencionó la partida de Jaime y Rachel sólo pudo pensar que Liz creyó que Maisie se lo había dicho.

La sirvienta también estaba apurada en el fregadero, le quitaba las hojas a unos retoños. Sonrió agradecida cuando Rachel dejó la bandeja en el escurridor y le preguntó si se sentía mejor ahora que se había levantado.

—Estoy bien —contestó Rachel—. ¿Puedo ayudar en algo?

—No lo creo. Tendremos platillos fríos para el almuerzo. Pensé que algo de jamón y pavo rebanado con ensalada fresca. Estos retoños son para la cena, cuando la familia vuelva a estar sola.

—Y yo —dijo en voz baja.

—Bueno… —Maisie se la quedó mirando—. Usted es de la familia, ¿o no? O casi.

—Ni siquiera casi —contradijo Rachel y luego agregó—. Maisie, sé que hace un rato vio el calcetín…

—Eso no tiene nada que ver conmigo, señorita —declaró Maisie, sin tratar de negar que sabía de lo que hablaba Rachel—. Lo que usted y Jaime hagan a solas no es asunto mío.

—Sólo quería que supiera…

—Yo me preocupo, de mis propios asuntos —como sintiendo que tenía que tranquilizarla, agregó—. Conozco a Jaime, señorita. Lo conozco desde que era niño y sé cómo se sentía respecto a usted…

—¡Maisie!

En esa ocasión, Rachel olvidó ser amable, pero el ama de llaves pareció no notarlo.

—Escúcheme. Si usted y él vuelven a estar juntos, no seré yo la única que estará encantada. Ella… —hizo un gesto con la cabeza y Rachel supo que se refería a Liz— se preocupa todo el tiempo por él. ¡Sobre todo con el asunto de su esposa y todo! Ha sido para él una serie de problemas, y ha tratado de hacer lo mejor para ella.

Rachel sabía que no debía involucrarse en una discusión acerca de Betsy con la señora Armstrong, pero tenía tanta curiosidad que no pudo evitar hacerle una pregunta.

—¿Alguna… alguna vez conoció a su esposa, señora Armstrong? —y se sorprendió al ver la mirada de amargura que cruzó el rostro de la mujer.

—Sí —metió en forma salvaje el cuchillo en la verdura que tenía en la mano—. La vi varias veces. Él la traía aquí a Rothside, hasta que hubo el problema con el muchacho Marshall.

—¿Con el muchacho Marshall? —Rachel se interesaba más cada momento.

—Sí, Terry Marshall. El del garaje. ¿No lo conoce?

Rachel sintió que se le secaba la boca.

—¿Se refiere… al joven a quien Robert llama el donjuán de la localidad?

—El mismo —Maisie hizo una mueca y movió la cabeza—.

Bueno… después de eso, ya no era bien recibida aquí.

Rachel se quedó mirando la cabeza inclinada de la mujer y se moría de ganas de preguntar qué sucedió para que Betsy no fuera bien recibida en Clere Heights, pero había ciertos límites para la audacia. Con un gesto de impotencia, ya se iba y cuando llegó a la puerta Maisie habló de nuevo.

—No se lo diré a la señora Shard si eso es lo que le preocupa —declaró y Rachel se mordió el labio—. Ya tiene bastante de qué preocuparse así como están las cosas —agregó y la joven sólo pudo ofrecerle una palabra de agradecimiento e irse.

El almuerzo fue una comida tranquila sin la cordialidad de la noche Robin también estaba malhumorado en su asiento, cuya razón fue clara para Rachel, cuando accidentalmente oyó que su esposa mencionaba con cierta aspereza, cuando entraron después en la sala, el nombre de Angela. Al parecer, después de la desaparición de Jaime con Rachel, la ingeniosa Angela, dedicó su atención a Robin y conociendo la susceptibilidad que tenía ante una cara bonita, Rachel pudo adivinar lo que sucedió.

Por su parte, Angela se veía molesta y con los ojos pesados, las miradas que le dirigió a Rachel no eran amistosas. Esta última supuso que la muchacha sospechaba dónde desapareció Jaime y su repentina partida esa mañana, impidió cualquier intento que tuviera de usar a Robin para encelarlo.

Con la partida de los Hylton la situación se calmó un poco, y cuando Liz sugirió un juego de Escríbelo, todos estuvieron de acuerdo. Era una escena íntima frente al fuego de la sala, reflexionó Rachel, pero con Jaime ausente, parecía haber un vacío que todos sentían.

Por su parte, Rachel trataba de ver objetivamente lo que había pasado. Era fácil decirse que, ahora que Jaime se había ido, podía relajarse y divertirse pero por alguna razón era imposible Como ya había pasado el día de Navidad y faltaban otros cinco días para que llegara el año nuevo, pensó que no podría soportar la inactividad y encontró que luchaba por buscar palabras para explicar por que sería mejor que regresara a Londres.

La misma Liz se quedó ensimismada conforme avanzaba la tarde y a la hora del té se disculpó con el pretexto de que le dolía la cabeza. Por primera vez observó Rachel cierto agotamiento en su rostro, algo que no había visto y se preguntó si la repentina depresión de la señora no sería causada por la partida de Jaime. Si así era, le dio gusto no haber insistido en irse en cuanto llegó para no precipitar esa crisis mental.

De todas formas, Liz no volvió a bajar ese día. Le pidió a Robert que presentara sus disculpas y el resto de la familia compartió una cena bastante silenciosa antes de retirarse Por alguna razón con la

partida de Jaime y la enfermedad de Liz, ninguno tenía muchos deseos de ser sociable y cuando Rachel llegó a su habitación, sintió que la agobiaba el peso de lo sucedido.

Se preguntaba dónde estaría Jaime ahora. Por lo que oyó de lo que hablaron su padre y hermano, esa noche la pasaría en Inglaterra, al día siguiente volaría a Estados Unidos y se estremeció al imaginar dónde y con quién dormiría. ¿Iría a ver a Betsy? ¿Tenía la costumbre de despedirse de ella? ¿O pasaría la noche en el apartamento, ese lujoso *penthouse* que Rachel recordaba tan bien? Tendría todo lo que necesitaba y le quedaría cómodo tomar un taxi desde allí para ir al aeropuerto, por la mañana.

Rachel se desvistió y se metió en la cama, se acurrucó debajo de las mantas. Esa noche podría dormir sin temor a ser molestada, pero por alguna razón, eso no la satisfizo. Era imposible olvidar que la noche anterior la pasó en brazos de Jaime, o no asociar sus sentimientos con aquellos que tuvo que sufrir después de la separación. Entonces, apenas si durmió durante semanas, girando y moviéndose en la solitaria cama, atormentándose con pensamientos de él y Betsy juntos. Ahora era peor al saberse culpable de su comportamiento y a pesar de lo que ella creyera, seguía siendo susceptible a su atractivo físico. Cuando Liz no apareció a la mañana siguiente para desayunar, Rachel se preocupó y buscó a Robert para preguntarle si había algo que pudiera hacer.

—La verdad es que creo que le daría gusto hablar contigo —dijo amable y le apretó amistosamente el hombro, pero Rachel sintió un instante de aprensión que le pareció totalmente ilógico.

Sin embargo, esa mañana, más tarde, cuando entró en la habitación de los Shard, sus temores desaparecieron al advertir la ansiedad de la señora. Liz se veía pálida y ojerosa, sus manos jugaban agitadas con la manta y era obvio que sentía dolor. Cuando vio a Rachel, la recibió con una cálida sonrisa y le pidió que se acercara, palmeando la cama a su lado.

—Lo siento, querida —dijo después que Rachel se inclinó para besarla y la muchacha se sentó a su lado.

—No seas tonta —exclamó con una palmada en la mano de Liz—. Es por ti por quien estamos preocupados. ¿Hay algo que necesites? Robert dice que no has comido nada.

—No, no. No tengo hambre —Liz sonrió forzada y movió la cabeza —. Lo único que siento es que esto pasara mientras tú y Robin están aquí. Quería que esta fuera una ocasión feliz.

—Ha estado maravillosa, de veras —dijo Rachel con sinceridad Todos lo hemos disfrutado mucho.

—¿Tú también? ¿Y Jaime? —Liz puso cara escéptica—. ¡Si sólo no hubiera tenido que irse así! Casi no ha habido tiempo.

—Regresará —Rachel trató de parecer optimista; pero Liz no le creyó.

—No lo hará, lo sé. Hoy se va a Estados Unidos, y sólo Dios sabe cuándo lo veremos de nuevo —aspiró por la nariz con dificultad y para su sorpresa, Rachel vio que trataba de luchar por no llorar ¡Oh, Rachel, ésta era una oportunidad tan maravillosa, y ahora… y ahora eché todo a perder!

—La joven frunció el ceño.

—¿Echaste a perder qué? Oh, Liz, si esto tiene algo que ver con Jaime y conmigo…

—No tiene que ver.

—¿Entonces qué es? —Rachel estaba confundida—. ¿Liz, soy tonta? No entiendo.

Liz asió una de las manos de Rachel y la sostuvo con firmeza.

—Querida, necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Sí —Liz apretó los dedos—. Hay… hay algo que debí decirle a Jaime y… y no lo hice. Tú, estarás en Londres cuando él regrese a Inglaterra. Quiero… quiero que se lo digas.

—¡Oh, Liz!… —Rachel movió la cabeza de un lado a otro—. Liz, sabes que haría por ti cualquier cosa, pero… pero ver a Jaime, eso ya es diferente.

—¿Por qué? —la señora la miró suplicante—. Creí que eran amigos. Parecían… parecían… bueno lo suficiente amistosos uno con otro —dejó caer los dedos—. ¿Sólo fingieron?

Rachel pudo sentir que se ruborizaba, pero afortunadamente, no era muy notable porque las cortinas estaban medio corridas.

—Sí, es una forma de decirlo —murmuró y se sintió mala y falsa—. Liz, si hay algo que quieres decirle a Jaime, ¿por qué no lo llamas y le hablas cuando regrese? Tal vez hasta puedas persuadirlo que venga a pasar aquí un fin de semana.

—No —Liz apretó los labios—. Entonces será demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —Rachel la miró—. Liz ¿a qué te refieres? ¿De qué se trata? ¿Por qué mandaste por mí?

Liz respiró hondo.

—Creo que debería confesar todo.

—¿Confesar… todo?

—Sí —Liz no podía verla a los ojos—. Rachel, aunque Rob y yo te queremos mucho, no te invitamos a venir a pasar aquí la Navidad sólo por eso.

—¿No? —Rachel sintió que se helaba. ¿Qué trataba de decirle Liz? ¿Que la hizo ir porque sabía que Jaime también iría? ¡Pero no! Eso era imposible. No podían saber que saldría herido y lo mandarían de regreso a Inglaterra.

—No —Liz le agarró la mano de nuevo con renovada energía—. Por supuesto que queríamos verte, eso lo sabes. Fue por Jaime por lo que te invité.

—Pero no podías saber que…

—¿Qué estaba herido? ¡Cielos, no! No, querida, te pedí que vinieras porque quería que le hablaras a Jaime por mí. Iba a pedirte que le hablaras cuando regresaras a la ciudad.

Rachel se sintió completamente confundida en ese momento.

—¿Pero por qué? —Movió la cabeza—. Tú… tú debiste saber que Jaime y yo no nos habíamos visto desde…

—Lo sé —replicó Liz suspirando—. Sé que se separaron y que todo terminó entre ustedes, pero… —se interrumpió incierta, tratando de controlarse—. Pero —volvió a decir—. Conozco a mi hijo, Rachel. Sé que todavía… bueno, digamos que no te evitaría, no si tuvieras algo que decirle.

—¿Quieres decir que crees que yo lo evité cuando él tuvo algo que decirme? —Rachel no pudo dejar de replicar pero Liz sólo movió la cabeza.

—No, querida, no. No te critico —miró a Rachel gentilmente—. Eso no es asunto mío. No puedo influir en ti de una u otra manera. Tú… tú y Jaime tienen que arreglar sus diferencias. No… esto es algo personal. Es decir, para mí —hizo una pausa y luego dijo valientemente—. Rachel, tengo cáncer —y cuando la muchacha se la quedó mirando repentinamente angustiada, agregó—: No, no pongas esa cara. No… me estoy muriendo. Por lo menos todavía no, pero van a tener que operarme y quería decírselo a Jaime antes… bueno, antes que me operen.

Rachel se sintió consternada.

—¡Oh, Liz!…

—Es una cosa bastante común, querida mía. Muchas mujeres de mi sufren de lo mismo ¿y quién sabe? El tumor puede ser benigno. No sabrán con seguridad hasta que lo examinen.

Rachel movió la cabeza.

—¡Oh, Liz, debiste decírselo!

—¿Cuándo? —Liz era práctica—. ¿Cuando llegaste? ¿La víspera de Navidad o ese día? ¿Cuándo? Querida, no quise arruinar la fiesta. Deseaba que ésta fuera una Navidad agradable para todos nosotros… Tenía planeado… decírselo a Jaime esta mañana.

—Rachel cubrió con su mano las de Liz.

—¿Es eso realmente lo que tienes ahora? ¿No te duele la cabeza?

Liz volvió a suspirar.

—Sí tengo un ligero dolor de cabeza, pero creo que todos los preparativos fueron demasiado para mí. Me siento muy fatigada y… eso de que Jaime se fuera así…

—¿Te trastornó?

Liz asintió.

—Si se lo hubieras dicho no se hubiera ido.

—Eso lo sé —Liz se movió inquieta—, pero no podía interponerme entre él y su trabajo. Y de todas maneras, no podía decírselo entonces, así como así —hizo una pausa—. Él mismo se veía muy cansado, casi agotado. ¿Discutieron anoche tú y él?

Rachel no pudo mirar a Liz a la cara, así que inclinó la cabeza.

—En cierta forma —no quiso dar detalles y luego preguntó—: ¿Qué hay con Robin y Nancy?

—Robert se lo dirá a Robin. Él no me preocupa tanto. Él tiene a Nancy y a Lisa.

Rachel titubeó por un momento, pero tenía que decirlo.

—Jaime tiene a Betsy ¿o no? —murmuró y parpadeó cuando las uñas de Liz la rasguñaron.

—Jaime no tiene a nadie. Él… él y Betsy se divorciaron hace un año. ¿No lo sabías?

—No —Rachel tembló—. De… de todas maneras, eso no cambia las cosas entre nosotros.

—¿No? —Liz pareció derrotada—. Supongo que esperaba demasiado. Y sí creí que sabías.

—Liz…—Rachel oprimió los labios.

—¿Se lo dirás?

Liz ya no daba excusas, sólo quería una respuesta, sí o no y Rachel supo que la había atrapado.

—¿Cuándo… cuándo tiene que regresar?

—Creo que dijo que estaría ausente diez días. Por eso quiero que lo veas. Yo… yo voy a operarme dentro de quince días, el jueves, y… y creo que ese es el día que regresa a casa.

Rachel respiró con dificultad.

—¿Qué quieres que le diga?

Liz dejó caer los hombros con alivio.

—Sólo… la verdad. Que… me encontraron un tumor y que me lo tienen que extraer.

Rachel movió la cabeza.

—¿En dónde estarás? Me refiero a que ¿dónde se puede comunicar él contigo?

—Rob le dará todos los detalles —Liz volvió a respirar hondo—. ¡Oh, Rachel, te estoy muy agradecida!

La joven deseó sentirse tan convencida como Liz, de que Jaime lo oiría mejor viniendo de ella. Después de la forma en que se separaron, no le gustaría darle la noticia, y ella sospechaba que su padre podría hacer un mejor trabajo.

—Liz —comenzó de nuevo, buscando las palabras para expresarse,

pero la vio tan cansada, que no tuvo corazón para continuar.

—Sé que no me defraudarás, Rachel —murmuró cerrando los ojos —. Eres compasiva, no se lo dirás en forma brusca y descuidada. Rachel soltó la mano de la señora y se puso de pie. Deseó sentirse tan segura como ella de sus capacidades. La verdad es que sentía temor y aprensión y estaba muy asustada de que por mucho que quisiera evitarlo estaba muy cerca de perder su amor propio. La perspectiva de ver a Jaime de nuevo no debía significar nada para ella, pero sí tenía significado, *¡Sí lo tenía!*

Capítulo 9

Le dio gusto volver a su apartamento. Después de abrir la calefacción y hacerse una taza de té, Rachel pasó un rato para familiarizarse con lo que la rodeaba adaptándose de nuevo a sólo dos habitaciones y a una cocina pequeña, después de la amplitud de una casa grande.

Pero era un alivio volver a ser su propia dueña, hacer lo que quisiera, cuando quisiera, y no tener que pensar en nadie más que en ella. Fue agradable estar en Clere Heights y le estaba agradecida a los Shard por su amabilidad, pero la presencia de Jaime destruyó la sensación de paz que pensó disfrutar y en cierta forma, su partida precipitó una inseguridad aún mayor.

El enterarse de lo de Liz, descubriendo el secreto que con tanto esfuerzo trató de ocultar, le hizo a Rachel sentir una gran compasión por la mujer, qué siempre parecía ser muy competente y tener mucho control. El saber que era tan susceptible y vulnerable como cualquiera, fue un golpe. Hacía que uno dudara de sus propias convicciones, creara dudas que jamás había tenido y lo ponía a uno alerta y consciente de la propia mortalidad. La vida era muy corta, la felicidad volátil, ¿tenía alguien el derecho de negarle la felicidad a otra persona?

Después de la partida de Jaime, Rachel también quiso irse, pero eso hubiera parecido una traición. La habían invitado a quedarse una semana, y al irse Jaime, ¿qué motivo podía dar para partir ella también? Además, con Liz recuperándose de su malestar y Nancy demasiado embebida en sus propios asuntos, Rachel se sintió en vuelta en la administración de la casa, relevando a Robert de su obligación y dándole más tiempo para pasar al lado de su esposa.

A Robin le dijeron lo de su madre, pero tomó la noticia con su optimismo característico.

—Si van a operar, deben pensar que hay una buena posibilidad de recuperación —comento un día mientras Rachel recogía los platos del almuerzo—. Hoy en día pueden hacer maravillas, con los tratamientos de radio, con la terapia y tantas otras cosas. El otro día leí que…

—Esperamos que tengas razón —lo interrumpió Rachel con sequedad, sin querer discutir esas cosas—. ¿Podrías llevar a la cocina esos vasos? Creo que la señora Armstrong está esperando para lavar la loza.

Robin hizo muecas, pero recogió los vasos y se dirigió a la puerta.

—Oí que te encargaron decírselo a Jaime, mamá no quiere dejar las cosas como están.

—Robin… —suspiró Rachel.

—¿Es cierto o no? Me refiero a que Jaime no te dará las gracias por interferir de nuevo.

—¿No lo hará?

—No si es cierto lo que oí.

—Te estás imaginando cosas.

—¿Ah, sí? —Robin no hizo ningún movimiento para irse—. Y supongo que imaginé la llamada que hizo el domingo por la mañana.

—¿El domingo por la mañana? —Rachel frunció la frente—. ¿El día después de Navidad? ¿El día que se fue?

—Sí —Robin se veía contento por haber logrado despertar su interés—. Los estudios no lo llamaron. Aunque fue lo que dijo él, la verdad es que él los llamó.

—¿Y por qué haría eso?

—¿Me lo preguntas? —Robin habló confiado.

—Yo no tengo la menor idea —Rachel se ruborizó.

—¿No? —Robin estudió su acalorado rostro por unos momentos y luego se encogió de hombros—. Tal vez quería irse.

—Tenía que hacer un trabajo —declaró Rachel erguida, cuando comprendió toda la implicación del comentario, y Robin la miró indeciso.

—*Aceptó* un trabajo. Dudo que se lo hayan ofrecido.

Rachel trató de pasar a su lado, y él se apartó al darse cuenta que ella cargaba una bandeja pesada. Pero el daño estaba hecho y aunque Rachel se dijo que no le importaba la razón por la que Jaime se había ido tan abruptamente, hizo que la tarea que Liz le encomendara le pareciera más dura.

El lunes, Rachel regresó a su trabajo en los estudios de televisión. Fue un alivio volver a la rutina normal después de diez días de vacaciones y le dio gusto que la cantidad de trabajo que se había acumulado, evitaba que tuviera largas conversaciones acerca de cómo había pasado las fiestas. Su jefe inmediato, Geoffrey Zimmerman, sabía de su relación con Jaime, y dónde intentaba pasar las vacaciones, pero aparte de comentar los reportes de las noticias de que Jaime había sido herido en Masota, se abstuvo de hacer la pregunta inevitable. Jaime debía regresar el jueves, de acuerdo con la información de Liz y los primeros tres días de la semana, pasarían rápidos o lentos, todo de lo que Rachel hiciera. Cuando estaba en la casa, era imposible evitar pensar en lo que le esperaba, pero en el trabajo lograba olvidarlo. Por lo tanto, comía poco y dormía mal, y ya el jueves, estaba completamente agotada. Tenía ojeras, los pómulos muy pronunciados y los labios tan tensos que acentuaban su vulnerabilidad.

Supuso que Jaime probablemente tomaría un viaje diurno desde New York, lo que le permitiría llegar a Heathrow alrededor de las

nueve. La idea de llegar a su apartamento a las diez o más tarde, de acuerdo con el itinerario, no le agradaba, por lo tanto decidió telefonear a los estudios para enterarse cuándo lo esperaban exactamente. A Liz la iban a operar esa tarde… Robert telefoneó para confirmar los arreglos… y a pesar de todas sus dudas, Rachel sabía que le hubiera gustado que su hijo estuviera al lado del lecho de su madre cuando despertara. Si eso no era posible, porque no parecía probable, lo menos que ella podía hacer, era arreglar para que se lo dijeran de inmediato, y si para eso tenía que sobornar al portero del apartamento a media noche, no le quedaba otro remedio.

Se le hizo raro marcar el número del estudio donde trabajaba antes, y sintió alivio al descubrir que la recepcionista no le sonaba familiar. Era más fácil hablar con alguien que no sabía nada de ella, dio su nombre y pidió que la comunicaran con el productor de Jaime Shard.

—¿Quiere hablar con el señor Shard? —preguntó la muchacha y Rachel jugueteó con los dedos sobre el escritorio, preparada para entrar en una larga explicación de por qué quería hablar con Max Gilchrist.

—No, no está ahí —explicó con paciencia—. Pero tengo una información personal para él, y me gustaría saber cuándo lo esperan de regreso.

Después hubo un silencio y Rachel supuso que la muchacha le daba el mensaje a la secretaria de Max Gilchrist. Se preguntaba si tanto el productor cómo su secretaria reconocerían su nombre, y luego se dio cuenta, incómoda, que no era improbable que sucediera.

Sin embargo, cuando una voz masculina vagamente familiar se acercó al teléfono, ella suspiró impaciente. Por alguna razón, no sabía cómo, la comunicaron con Jack Morrison, y abrumada y exasperada lo oyó preguntarle cómo estaba.

—¿Es Rachel Williams? —preguntó el señor Morrison dudoso cuando ella no contestó de inmediato y Rachel se forzó a responder sin que le notara la tensión en la voz.

—Lo siento, señor Morrison —dijo disculpándose. Creo que hubo un error. Yo quería hablar con el señor Gilchrist. La recepcionista lo llamó a usted equivocadamente.

—¿Así es? —El señor Morrison parecía confundido—. Pero… yo creí que quería hablar con Jaime —hizo una pausa—. Estaba aquí hace un momento, pero salió por un rato.

Rachel dio gracias por estar sentada, contenta también que su posición como asistente de Geoffrey Zimmerman le permitía tener una oficina propia. Difícilmente podía creer lo que decía el señor Morrison, temblaba desde los pies hasta la cabeza.

—¿Rachel? ¿Rachel, está ahí todavía? —el señor Morrison parecía

preocupado y haciendo un enorme esfuerzo, ella logró responder.

—Dijo… ¿dijo usted… que Jaime estaba ahí?

—Así es. Puedo mandarlo llamar si quiere. Creo que sólo salió al corredor…

—¡No! ¡Espere! —Rachel tenía que detenerlo. Eso no era algo que podía decirle a Jaime por teléfono. Si hubiera sido, su madre misma lo hubiera hecho. Y Rachel le prometió a Liz que se lo diría suavemente —. Yo, bueno…—buscó palabras—. Yo creí que todavía estaba en New York.

—¿En New York? —El señor Morrison sonó aturdido—. Debe usted saber que no ha estado en New York. Perdóneme, ¿No pasó la Navidad con él, en el hogar de sus padres en Northumberland?

Rachel se puso una mano en la cabeza.

—Yo… nosotros… él regresó a Londres hace diez días para cubrir una información en los Estados Unidos.

—No, a menos que esté trabajando para otra compañía de televisión —el señor Morrison sonó firme y agregó con una risita, pero se puso serio enseguida—. En realidad, Rachel, desde que regresó de Londres la semana pasada no ha salido de viaje. Si lo hubiera hecho, me habría enterado.

—¿Cree usted? —Rachel sentía que se desmayaba.

—Creo que sí —el señor Morrison dijo serio—. Mire, Rachel, si hay algo que pueda hacer.

—No hay nada. Gracias —todo lo que ella quería hacer ahora era colgar la bocina y pensar en lo que había oído. Pero de alguna manera tenía que calmar las sospechas del señor Morrison, sin que traicionara su llamada a Jaime—. Yo… bueno… me gustaría que olvidara que llamé.

—¿Que olvidara que llamó? —El señor Morrison no salía de su asombro—. ¿Quiere decir que preferiría que no se lo mencionara a Jaime?

—Sí.

—¿Le gustaría que le pasaran la llamada a Max Gilchrist?

—¡No! —dijo Rachel apresurada—. Ya no será necesario.

—Muy bien —el señor Morrison titubeó—. ¿Rachel, qué pasa? ¿Algo anda mal? Puede decírmelo. Jaime y yo… bueno, somos amigos así como parientes políticos.

—¿Parientes políticos?

Rachel repitió la frase como en sueño y el señor Morrison exclamó impaciente.

—¿No lo sabe?

—No —las manos de Rachel temblaban tanto que apenas si podía sostener la bocina—. Quiere decir… quiere decir que…

—Soy el padre de Betsy, sí. ¿No se lo dijo Jaime?

—No. Yo… por qué… —Rachel casi no podía pensar en forma coherente.

—Creí que sabía, que se lo había dicho —contestó Morrison incrédulo—. ¿No le explicó la situación cuando ustedes terminaron?

—No. No —Rachel sostenía lejos de la oreja la bocina, como si al hacerlo apartara también sus palabras—. Lo… lo siento, no sabía. Debe creerlo.

—No importa, querida mía, lo único que siento es que usted y Jaime no lo hayan logrado. Es un buen hombre, y merece cierta felicidad —sus palabras eran conciliadoras.

—¿Cómo…. cómo puede usted… decir eso siendo el padre de… de Betsy?

—¿Por qué no? Hace tiempo que aprendí que tiene uno que ser realista, Rachel. Me engañé durante mucho tiempo.

Rachel no podía dar crédito a sus oídos.

—Quiere decir qué… ¿quiere decir que… perdonó a Jaime… su…

—¿La felicidad que encontró con usted? —la interrumpió tranquilo —. Por supuesto, ¿por qué no? Fue mi culpa. Todo lo que sucedió fue mi culpa. Si yo no hubiera cerrado los ojos a la verdad…

—¡Oh, no quiero oírlo! —No podía soportar más—. Por favor. El pasado terminó. Yo… Yo… sólo no le diga a Jaime que llamé, eso es todo. Gr… gracias.

Colgó la bocina cuando todavía se sentía capaz de hacerlo, luego descansó ambos codos sobre el escritorio y apoyó el rostro en sus manos. ¡Dios querido! ¿Qué clase de hombre era Jack Morrison para denunciar así a su hija y qué clase de hombre era Jaime para aprovechar esa oportunidad?

Temblaba tanto que se sentía físicamente enferma y el saber que Jaime estaba en Londres, que jamás salió del país, la llenaba de indignación. ¿Cómo pudo engañar así a sus padres? Robin tenía razón. No hubo ninguna llamada de Londres. Partió por, que eso quiso hacer, y ella rehusaba reconocer que su resentimiento se debía al hecho de que evidentemente quiso alejarse de ella.

A la hora del almuerzo, ya había recuperado de nuevo el control, y al hacerlo comprendió que si se ponía en contacto con Jaime ahora, podría llegar a Newcaste a tiempo para estar con su madre. A pesar de los pocos deseos que tenía de volverlo a ver, sobretodo hoy después de la conversación telefónica con Jack Morrison, era algo que tenía que hacer y aplazarlo sólo agravaría la situación.

Por lo tanto, volvió a telefonear de nuevo al estudio a las doce y esta vez pidió hablar con Jaime.

—¿De parte de quién, señorita? —preguntó amable la recepcionista y Rachel suspiró.

—La señorita Williams —dijo cansada y apretó la bocina con la

mano.

El silencio se extendió mientras esperaba que lo encontraran, y pensó que tal vez ya habla salido a almorzar. Después de unos minutos oyó cómo pasaban la llamada y enseguida la voz de Jaime en la línea.

—¿Rachel? —dijo y había una nota de… ¿qué? ¿Curiosidad? ¿Expectación?—. Rachel ¿desde dónde llamas?

—De mi oficina —¿de qué otro lugar podría ser? —Jaime… sé que tal vez suene precipitado, pero… ¿podría verte?

Otro silencio la puso nerviosa, se estremeció. Casi podía sentir cómo trabajaba la mente de Jaime, sondeando las implicaciones de su invitación, tratando de saber por qué quería verlo.

—¿Quieres decir… esta tarde? —Dijo por fin—. Yo… er… estoy bastante ocupado. Pero podríamos cenar…

—No, quiero decir que ahora —Rachel interrumpió—. Pensé que podríamos encontrarnos para almorzar. Me doy cuenta que estás ocupado, pero esto es… demasiado importante.

Jaime se sintió claramente confundido por su urgencia, y ella se preguntó si no hubiera sido más sencillo ir al estudio y verlo allí. Pero quiso evitar todos esos rostros que la conocían tan bien y que sabían las razones por las que renunció.

—Está bien. Almorzaremos. ¿No te importaría un lugar donde nos sirvieran rápido?

—Al contrario —Rachel pensó que sería más fácil así. Y también más fácil irse una vez que hubiera dado el mensaje.

Acordaron encontrarse en el Dragón, un restaurante a medio camino entre su oficina y la de ella y Rachel se retocó el maquillaje a toda prisa antes de salir del edificio. Esa era una ocasión en que quería verse muy bien, no la hacía feliz su aspecto con los ojos hundidos. Se veía… perturbada, pensó impaciente y luego hizo aun lado la idea y alquiló un taxi.

Jaime la esperaba afuera del restaurante, con las manos metidas en los bolsillos de los jeans. Una chaqueta de cuero negro completaba el conjunto, que no era apropiado para un día de enero, con el cielo que amenazaba nieve y un viento helado que azotaba las últimas hojas del parque, pero él no parecía sentir el frío. Vio que ya no usaba el bastón, aunque todavía cojeaba cuando se acercó a ayudarla a bajar del taxi, ya había recuperado ese aire de arrogancia que ella recordaba tan bien.

—Rachel —le dijo cuando la vio de pie a su lado, mirándolo a la cara. Volvió a decir más apasionado—. ¡Rachel! —mientras cubría sus labios entreabiertos con los suyos.

Fue un beso íntimo, mucho más por la involuntaria respuesta de Rachel. Su respiración agitada promovió una reacción emocional que no esperaba ni quería.

—¡No lo hagas! —exclamó apartándose de él después de un momento, oprimiéndose los dedos contra los labios como una heroína ultrajada—. Yo… yo… ¿qué te crees que estás haciendo? —vio como el enfado tomaba el lugar de la cálida pasión.

Con las facciones endurecidas, se hizo a un lado y las manos que la habían agarrado de los hombros cayeron a los lados, apretó los labios.

—¿Por qué querías verme? —preguntó sin curiosidad ni expresión y Rachel respiró lentamente sintiéndose nada apta para la tarea encomendada.

—¿Podríamos… podríamos entrar? —sugirió gesticulando hacia el edificio y Jaime inclinó la cabeza con galantería.

—Sí, para almorzar. Por supuesto, ya que no debemos olvidar para qué viniste.

—Yo pagaré lo mío —declaró Rachel al entrar, y Jaime apretó los labios.

—Sólo dime lo que quieres —sugirió con frialdad y ella ordenó un martini y un bocadito de jamón, sin que realmente le importara lo que comía.

Lograron encontrar una mesa en un rincón, rodeada por todos lados por hombres de negocios y secretarias, todos hablando en voz alta, llenando el aire con una nube de humo de cigarrillos. Era un lugar ruidoso, pero a pesar de eso privado y Rachel esperó hasta que Jaime se sentó a su lado antes de tocar el tema.

—Le prometí a Liz que hablaría contigo —dijo mordisqueando la orilla del bocadito, notando al hacerlo que él sólo había ordenado un refresco—. Ella… Yo… bueno, ella quería decírtelo pero… como te fuiste en forma tan inesperada.

Jaime la miró extrañado.

—¿No le dijiste que perdía el tiempo?

—¿Que perdía el tiempo? —Rachel se quedó confundida—. ¿Por qué iba a decirle eso?

—Vamos —su mirada era cínica—. Sabes tan bien como yo las esperanzas que tiene mi madre, en lo que a ti a mí respecta. ¿Por qué no le explicaste que eres tan egoísta que te importan muy poco los sentimientos de los demás y que sólo te interesan los tuyos?

—¡Eso no es cierto! —Rachel estaba indignada—. Sí me importan, por supuesto que sí. Me importa tu madre.

Jaime la miró escéptico, llevó el escocés a sus labios y se lo tomó sin parar. Luego, antes que ella pudiera decir algo más, regresó al bar y ordenó otra copa, llevándola de mala gana a la mesa.

—Y bien… sigue —dijo agotado después de sentarse otra vez—. ¿Qué quiere mamá que me digas? ¿Que debo seguir teniendo esperanzas cuando no hay ninguna?

—¡No! —Rachel se perturbó muy a su pesar—. Jaime… no quiero

pelear contigo.

—¿No quieres? ¿Por qué no? ¿No podría eso aclarar el ambiente entre nosotros? ¡Me gustaría tener un pelito fuerte para deshacerme de tu corrompida imagen!

—¡Jaime! —Rachel miró ansiosa a su alrededor, pero afortunadamente nadie parecía interesado en su conversación—. Jaime, lo que tengo que decirte no es nada personal. Por lo menos no para mí. Es tu madre, Jaime. Hoy… la van a operar.

Si el whisky le dio un alivio temporal por los problemas del día, sus palabras lo pusieron sobrio de inmediato. Con deliberado cuidado dejó a un lado el vaso y mirándola tenso, dijo:

—¿Qué tipo de operación?

Rachel eligió cuidadosamente las palabras.

—E una operación abdominal, para extraer un tumor.

—¿Quieres decir cáncer? —Jaime sonó impaciente.

—Sí —Rachel asintió—. Pero nadie sabe todavía si es maligno.

—¡Maldición! —Jaime se pasó los dedos por el cabello—. ¿Cuánto tiempo hace que lo sabe?

—No sé, pero no hace mucho, creo. De todas maneras… quería esperar hasta después de año nuevo para operarse. No quería echar a perder la Navidad…

—¡Dios mío!

—Esa… ésa fue realmente la razón por la que me invitó a… a Clere Heights. Quería que yo te lo dijera… No… no esperaba que estuvieras en casa.

Jaime se veía demacrado.

—Tengo que ir. Tengo que ir a verla.

—Sí.

—¿A qué hora dijiste que iban a operarla?

—Esta tarde. No estoy segura de la hora.

—Así que si tomara el vuelo de la tarde, podría estar con ella cuando despertara.

—Creo que eso le gustaría.

—¿Vas a ir?

—No —Rachel movió la cabeza de un lado a otro—. Quiero decir que no me necesita. Sólo quería que yo… que yo te dijera. Pensó que no estarías aquí —hizo una pausa—. Todos pensamos eso.

—¿Cómo te enteraste entonces que sí estaba?

Rachel suspiró.

—Llamé al estudio, para saber en qué vuelo llegabas.

—Ya veo —Jaime dijo con dureza—. Bueno, no puedes culparme por eso. Creí que era lo mejor que podía hacer.

—Quieres decir que lo mejor para ti.

—Está bien —no trató de negarlo—. Después de lo que sucedió,

supe que tenía que irme.

—No había necesidad —Rachel inclinó la cabeza—. Yo podía haberme ido, tu familia lo hubiera preferido.

—¿Eso dijeron?

—No, pero está claro —Rachel apretó los labios y luego preguntó —: ¿Cuándo… cuándo tienes que volver a irte?

—No me iré, en realidad, Masota fue mi última misión. ¿No es una ironía?

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Escribir como *free-lance*. Producir el libro de mayor éxito que es el sueño de todo periodista.

—Pero… —Rachel movió la cabeza—. ¿Puedes hacerlo?

—¿Por qué no? No tengo apuro. Por lo menos puedo esperar un año para descubrir qué clase de talento tengo. Si no funciona, siempre puedo volver a hacer reportes o producir. Max dice que si estoy desesperado me dará otra oportunidad.

—¿Y… y te quedarás en Londres?

—Tal vez sí y tal vez no. Supongo que dependerá de cómo le vaya a mamá. Pero si todo sale bien, tal vez haga un viaje al Pacífico. Me gustan bastante las islas del sur de Fiji.

Rachel escuchó lo que decía sin más comentarios. A pesar de que no quería aceptarlo, la idea de que Jaime se fuera de Londres para siempre la llenaba de angustia. Una cosa era romper unas relaciones sabiendo que sólo estaba a una distancia de una llamada telefónica y otra era aceptar que no sólo lo vería, sino que estaría fuera de su alcance.

—Supongo que eso es todo —dijo Jaime terminando su bebida y Rachel hizo a un lado el bocadito que apenas tocó—. Creo que debía darte las gracias —agregó poniéndose de pie—. No fui muy amable y debí serlo.

—No tiene importancia —Rachel también se levantó rígida y aprensiva y al comprender de pronto Jaime, torció la boca.

—No te preocupes. No te volveré a tocar. Ahora sé que es para siempre.

¿Lo es? ¿Lo es?

Esa desesperada pregunta jamás fue dicha y de alguna manera, Rachel logró seguirlo a la puerta. En el exterior, el aire frío disipó con rapidez cualquier sensación de melancolía y ella aceptó la despedida con bastante compostura.

—Buena suerte —le dijo él y se fue desapareciendo entre la multitud, antes que pudiera responder.

Esa tarde, Rachel telefoneó al hospital de Newcastle para saber

cómo estaba Liz, pero cuando explicó que no era de la familia, sino sólo una amiga, le pidieron que llamara de nuevo a la mañana siguiente. Rachel supuso que el personal estaba agotado y se resignó a esperar hasta el día siguiente. Seguramente nada estaba mal, no podía haber otra razón para su reticencia, se consoló a sí misma, pero de todas maneras eso no impidió que se sintiera intranquila.

Pensaba constantemente en Jaime. En el golpe que para él fue la noticia de la enfermedad de su madre y en el largo viaje al norte sin nadie con quien hablar para compartir sus angustias. Se dijo burlona que debió haber ido con él, pero desechó la idea y las implicaciones que tenía. ¿Qué pasaba con ella? ¿Perdía el poco amor propio que le quedaba? Sucediera lo que sucediera, sus relaciones con Jaime habían terminado. Pero eso no evitaba que se diera cuenta que todavía lo amaba.

Poco a poco aceptó su debilidad. Comenzó la primera noche que llegó a Clere Heights. Pensó que era compasión, y sí fue eso en parte, pero era más, mucho más que un emoción impersonal. Cuando la besó en el vestíbulo, después que se cayeron entre las luces del árbol, sintió surgir los primeros indicios de la emoción que creía muerta. Y la mañana en que le hizo el amor, se enfadó porque supo lo fácilmente que podía avasallar sus falsas defensas. No podía negar lo que sentía aun sabiendo su engaño y la innegable verdad de su matrimonio. La vida sin él era algo vacío.

Cuando le habló de irse de Londres, se sintió llena de temor y aprensión. Veía un futuro muy virtuoso y sin esperanzas. ¿Estaba hecha para eso? ¿Se arrepentiría algún día de lo que había hecho? ¿Y qué importaba lo que pensara si Jaime aceptó como terminado todo y ella no tenía el valor de ir a verlo?

Capítulo 10

Esa noche tardó mucho tiempo en dormirse y aunque debió perder conciencia por un rato, estaba completamente despierta cuando alrededor de las seis sonó el timbre. Tocando a tientas la lámpara de la mesa de noche, se levantó y luego titubeó nerviosa, preguntándose quién podría ser.

Su apartamento estaba en una casa, en una tranquila calle cerca de Cromwell Road y aunque compartía el edificio con media docena de otros inquilinos, no podía imaginar a ninguno de ellos ir a despertarla a esa hora de la mañana. La leche y la correspondencia la recogía de un estante en el piso de abajo, y no habla nadie más que pudiera tocarle la puerta.

El timbre sonó de nuevo, con más insistencia esa vez y mientras se ponía una vaporosa bata rosada, se oyó un ligero toque en la puerta y la agotada voz de Jaime que decía:

—¡Rachel! ¿Rachel, estás ahí? Abre la puerta, por Dios, tengo que hablarte. —No se detuvo a ponerse las pantuflas, corrió descalza a través de la sala para abrir la puerta de golpe. Al hacerlo, Jaime se enderezó y entró pesadamente en el apartamento.

Se veía muy mal, ella pudo notarlo antes que hablara. No había dormido, eso era obvio, y tenía crecida la barba de la noche anterior, todavía usaba la chaqueta de cuero y los jeans que llevaba puestos cuando almorzaron.

—¡Está muerta! —anunció sin preámbulos y Rachel, quien medio lo esperaba, se agarró del respaldo de la silla para no caer—. ¡Muerta! —repitió él como si no pudiera creerlo—. ¿No es esa la cosa más infame que jamás hayas oído?

Rachel gesticuló con impotencia hacia el sofá.

—Siéntate —le dijo temerosa de que si no lo hacía podría caerse y ella jamás tendría la fuerza para levantarlo—. Haré un poco de café mientras tú descansas un rato. Siento no tener nada más fuerte o te lo daría.

—¿No tienes nada que decir? —Preguntó sin hacer caso de su sugerencia—. ¿No quieres saber cómo llegué aquí? *¿Por qué* estoy aquí?

—Por supuesto que sí —dijo tensa Rachel—. Y sabes que no puedo decirte todo lo que siento, pero… pero debes descansar o también te enfermarás. Se… se ve que no has dormido.

—No, no he dormido —se arrojó sobre el sofá y se quedó mirándole los ojos angustiados—. Supongo que piensas que debí quedarme con papá ¿no es así? Pues bien, él tiene a Robin y a Nancy, mientras que yo… yo… —entonces se interrumpió y hundió el rostro en las manos—. ¡Que Dios me ayude, pero te necesitaba!

Rachel quiso responder con todo su ser a la necesidad de consolarlo, pero cuando se sentó a su lado y le pasó los brazos por los hombros, él la empujó.

—¿No me toques! ¡No necesito tu compasión! ¿Crees que me siento orgulloso al admitir que tenía que verte?

Rachel se apartó insegura, apretó las manos y se oprimió la garganta. La pasión que ardía en los ojos de él era como algo vivo, la salvaje emoción de una noche tormentosa.

—Tal… tal vez te gustaría decirme… decirme lo que pasó y… —titubeó ella, porque necesitaba decir algo ante su violencia y él se apartó el cabello con dedos temblorosos.

—La operaron demasiado tarde. No fue culpa de nadie. Debió saber que no tenía mucha posibilidad. Me imagino que por eso quería que me lo dijeras, sabia que yo podía sospechar la verdad.

—No quería que te preocuparas —dijo Rachel amable—. Ya sabes cómo… cómo era Liz —era difícil usar el tiempo correcto y le falló la respiración—. ¿Cómo… cómo lo tomó tu padre? Debe estar hecho pedazos.

—¡Oh, papá sobrevivirá! —Jaime apoyó el mentón en un puño—. Creo que estaba más preparado que yo. Yo… yo me quedé aturdido.

Rachel se mordió los labios.

—¿Recobró… recobró el conocimiento?

—¿Te refieres… después de la operación? —Jaime movió la cabeza —. No, dijeron que le falló el corazón. Era una operación difícil… y ella no es… no *era*… una mujer joven.

—¿Y Robin?

—Ya lo conoces —Jaime volvió a recostarse en el sofá—. Lloró mucho y creo que eso lo alivió.

Rachel podía creerlo. Robin era el tipo que no temía mostrar sus emociones. Jaime era diferente, él se desgarraba pero en su interior donde nadie pudiera ver.

—¿Y… cómo llegaste aquí? —preguntó entonces tratando de actuar con naturalidad y Jaime suspiró.

—Tomé el tren correo. A papá le dije que hoy mismo volaría de regreso, pero le dije que… tenía que hacer unas cosas.

—¿Y… y viniste aquí?

—Así parece ¿o no?

—Me da gusto.

—¿De veras? —hizo una mueca burlona—. Yo no estoy seguro que a mí también.

—¿Qué quieres decir? Dijiste… dijiste…que me necesitabas.

—Lo sé.

—¿Y no es así?

Se vio desdeñoso.

—¿Y eso qué significa? ¿Que te sacrificarás una vez más para calmar mi dolor?

—Eso no era necesario.

—¿No? ¿No? —se levantó del sofá como si no soportara estar cerca de ella—. Puedes tranquilizarte, no vine aquí por tu cuerpo. Vine… vine porque necesitaba hablar con alguien, alguien que hubiera conocido a mamá, que la hubiera querido. Y… está bien, siempre me simpatizó tu compañía…

—¿Eso es todo? ¿Pura simpatía?

—¿Qué quieres que diga? —Se apartó de ella, arrastrando la pierna herida al acercarse a la chimenea—. ¿Qué clase de confesión quieres de mí? ¿Que te amaba… más de lo que pensé que fuera posible que una persona amara a otra? ¿Que te deseaba y necesitaba y tuve ganas de matarme cuando terminaste conmigo? ¡Dios, sabes bien todo eso, así que no te burles de mí ahora!

Rachel se puso de pie tambaleante.

—Yo… yo no me estoy burlando de ti, Jaime —dijo por instinto, sabiendo que esa podría ser… *era*… su última oportunidad para cruzar el abismo que ella creó. Lo que sentía, la decisión que hizo inconscientemente, se manifestaba por sí misma. Ella no eligió el camino, fue elegido para ella. Y cualquier cosa que hubiera habido en el pasado, no podía negar a ese hombre… o a sí misma… la satisfacción que solo podían encontrar juntos—. ¿Eso quiere decir que ya no me amas?

Jaime la miró fijamente.

—El amor muere —dijo con brutalidad—, sin cuidado y cariño, todo muere.

—¿Pero… ya murió tu amor? —insistió apasionada y el mentón de él se puso tenso.

—¿Qué quieres de mí, Rachel? He hecho todo lo que podía para mostrarte lo que sentía, pero tú, no me quieres, no me necesitas. Tienes tu apartamento, tu carrera, tu vida muy arreglada…

—¡No es bastante! Descubrí… que no es bastante. Jaime la miró sospechoso.

—¿Qué quieres que entienda con ese comentario? ¿Que decidiste hacer un cambio? ¿Que conociste a alguien con quien estás preparada a compartir tu vida?

—Tal vez.

—¿Entonces por qué me lo preguntas? —dando tres pasos se le acercó y tomándola por los hombros, la sacudió hasta que su cabello fue una masa de mechones enredados sobre los hombros. Luego, sólo en ese momento, pareció recuperar la razón y con un gemido de angustia, la apretó contra su pecho—. No me digas —murmuró enterrando el rostro en el hueco entre el hombro y el cuello—. No me

digas acerca de otro hombre. No ahora. Hoy no… creo que no puedo soportar nada más.

—¡Oh, Jaime! —Lo rodeó con los brazos, debajo de la chaqueta, se apretó contra la acalorada piel que parecía arder a través de la camisa —. No hay otro hombre —le dijo ahogada—. ¡Eres tú, siempre has sido tú, pero era yo demasiado orgullosa para reconocer mi debilidad!

Los dedos de Jaime le apretaron dolorosamente los antebrazos.

—¿Qué? —Respiró casi ronco—. ¿Qué dices?

—Que te amo. Que te deseo. Que te necesito —confesó ella y le agarró el mentón entre las manos—. ¡Oh, Jaime, sé que he sido un tonta!

Jaime temblaba, lo podía sentir a través de los dedos, podía darse cuenta por su actitud.

—¡Esto… es lástima! ¡Lo estás diciendo porque me tienes lástima!

—No. Jaime, siento mucho lo de tu madre, lo sabes. Y si hubiera algo que pudiera hacer para que te fuera más fácil soportarlo, lo haría. Pero esto es entre tú y yo Jaime. ¡Es nuestra vida! Y si todavía me quieres… —suspiró.

—¿Que si todavía te quiero? —La acercó, oprimiéndole el rostro contra los latidos de su corazón—. Oh, Rachel, jamás he dejado de quererte, lo sabes.

Entonces la besó profunda y apasionadamente, pero sin hambre, era sellar una relación espiritual tanto como física. Después el agotamiento se apoderó de él y se hundió de nuevo en el sofá con ella en los brazos.

—Debes acostarte —le dijo acurrucándose contra sus hombros y se volvió a sentar al oír el irónico sonido que hizo—. No, quiero decir que debes descansar. No puedes volar de regreso a Newcastle en este estado.

—¿Irás conmigo?

—¿A Newcastle?

—¿Y a qué otro lugar?

—Si tú quieres.

—Si yo quiero —la imitó—. Querida mía, de ahora en adelante te quiero siempre conmigo. Noche y día —hizo una pausa—. ¿Te casarás conmigo? Esto es para siempre.

—Si eso es lo que quieres.

—Eso es lo que quiero. Es lo que siempre he querido —titubeó— …Acerca de Betsy…

—Ahora no —dijo Rachel poniéndole un dedo sobre los labios—. Más tarde podrás contarme lo de Betsy. En este momento tienes que descansar y yo tengo que alistarme para ir a trabajar, por supuesto que después de hacerte el desayuno —sonrió.

Jaime la detuvo cuando iba a dejarlo.

—¿Y… el embarazo de Betsy?

Rachel se encogió de hombros.

—Si me dices que no fuiste el responsable, te creo —dijo sencillamente y él se relajó.

—No fui responsable.

Rachel lo besó.

—Lo siento. ¿Podrás perdonarme?

—No hay nada que perdonar —replicó Jaime devolviéndole el beso con interés—. Ahora… vete a hacer el café, antes que olvide mis buenas intenciones.

Rachel dejó a Jaime durmiendo en su cama y fue a trabajar más tranquila. La muerte de Liz era una terrible tragedia y la extrañarían muchísimo, pero no podía dejar de pensar lo contenta que estaría la madre de Jaime al saber que por fin habían hecho las paces. Rachel estaba determinada a no pensar más en Betsy. Ella y Jaime estaban divorciados. Habían terminado sus relaciones antes que Jaime buscara su compañía y si se le podía creer a su padre, ella no había sido una buena esposa para él.

Pero fueran cuales fueran sus culpas, Rachel no pudo dejar de pensar, más tarde en Betsy, esa misma mañana cuando recibió una llamada de Jack Morrison de la London Westward Televisión. Jamás le había telefoneado y se sintió incómoda cuando contestó su amable saludo.

—Me imagino que se debe haber sorprendido al oírme —le comentó y Rachel tuvo que confirmárselo—. Después de hablar ayer con usted, pensé en nuestra conversación y decidí que tal vez debía explicarle unas cuantas cosas.

—Señor Morrison, eso no es necesario…

—Yo creo que sí, me gustaría que almorzara conmigo, si es posible.

—No puedo —para alivio de Rachel, era verdad. Hizo arreglos para salir del trabajo a la hora de almorzar y ella y Jaime volarían a Newcastle al anochecer de ese día. No había manera de que almorzara con Jack Morrison sin despertar las sospechas de Jaime, y eso era lo último que quería hacer ahora.

—¿Me tiene miedo, Rachel? —Ella negó a toda prisa—. ¿Entonces por qué no puede almorzar conmigo? Le aseguro que es algo importante.

Rachel suspiró.

—Murió la madre de Jaime —dijo sin preámbulos—. Nosotros… él y yo, volaremos a su casa esta tarde.

—Ya veo —hubo un momento de silencio y luego el hombre dijo —: Creí que Jaime había ido ayer.

—Lo hizo, pero regresó. Creo que no me explico bien —Rachel suspiró.

—Supongo que quiere decir que vino a decírselo.

—En cierta forma.

—¿Y va a regresar con él?

—Sí —titubeó un momento y luego dijo—: Supongo que debo decirle que, Jaime… Jaime y yo vamos a casarnos. Lo… lo decidimos esta mañana.

—Ya veo —el señor Morrison sonó interesado— No puedo decir que no es un alivio para mí, ayer se veía bastante mal.

Rachel se rió nerviosa.

—Gracias.

—¿Y de Betsy? —preguntó Morrison.

—¿Qué… qué pasa con Betsy?

—¿Ya se lo contó?

—Señor Morrison.

—¿No lo ha hecho?

—Lo hará —Rachel se humedeció los labios—. No tiene importancia.

—Yo creo que sí.

—Señor Morrison, ayer dijo usted que aprobaba el comportamiento de Jaime.

—Así es —dijo en forma definitiva.

—¿Entonces por qué tiene que surgir el nombre de Betsy?

—Porque… porque dudo que Jaime, siendo como es, le cuente toda la historia y usted… siendo como es… siempre se hará preguntas.

—No necesariamente.

—Rachel, escúcheme. Entiendo cómo siente, créame, pero también pienso que no sería humana si no tuviera dudas.

—¿Qué quiere decirme, señor Morrison?

—Encuéntreme y lo sabrá —hizo una pausa, consultó su reloj y agregó—: Son casi las doce. Tomaremos una copa si no va a almorzar. Estoy seguro que puede brindarme treinta minutos de su tiempo.

Rachel se dejó caer en la silla. No quería ir, ni saber de las relaciones de Jaime con Betsy. Pero era práctica y se daba cuenta que había cierta verdad en lo que decía el señor Morrison. La razón por la que no quería hablar del asunto era porque tenía temor.

—Está bien. Nos encontraremos dentro de quince minutos, pero no a tornar nada. Lo veré en el parque, allí podremos hablar con más comodidad.

—Como guste.

Hicieron los arreglos, Morrison colgó y Rachel se levantó inquieta del escritorio. Se preguntó si debía llamar a Jaime y decirle adónde iba, luego prefirió no hacerlo. Ya se enteraría más adelante, ella se lo

diría. No iba a comenzar su vida de casada con mentiras, ya tuvo bastante de eso.

Jack Morrison la esperaba cerca del puente donde quedaron en encontrarse. El se veía como siempre, robusto y animado y con una amabilidad que lo hacía ser estimado por las mecanógrafas.

—¿Quiere que caminemos? —preguntó él y ella lo siguió, casi sin notar el aire frío y los ocasionales copos de nieve que caían.

—Así que, ¿cuánto le ha contado Jaime? Imagino que sabe lo de Pollendale.

—¿Pollendale? ¿Qué es eso?

—Pollendale en Buckinghamshire. Donde Betsy vive.

—Sí. Sí sé acerca de eso.

—Bueno —el señor suspiró—. Ahora… por donde comenzamos. Supongo que debe ser por el principio, cuando Betsy era adolescente. Siempre fue una criatura problema, se metía en líos. Después de juntarse con un grupo de jóvenes indeseables, no tardó mucho en verse involucrada con drogas.

—¿Drogas? —Rachel arqueó las cejas sorprendida—. ¿Era su hija drogadicta?

—¿Era? ¿Lo es? ¡Quién sabe! —El señor Morrison dejó escapar un profundo suspiro—. ¿Alguna vez se libera uno de eso?

La inicial antipatía que sentía por Betsy, poco a poco se transformaba en simpatía.

—¿Quiere usted decir… que no las ha dejado?

—No sé. Se supone que ya está curada pero a veces hay una mirada en sus ojos… De todas maneras me estoy adelantando. Al comienzo, pensé diferente. En realidad creí que si la podía apartar de esos jóvenes bohemios, cambiaría… quiero decir de verdad cambiaría. Allí es donde entró Jaime.

—¿Jaime? —Rachel volvió a sentir aprensión.

—Sí —asintió el señor Morrison—. Él trabajaba en el estudio y nos llevábamos muy bien. Gracias al cielo todavía nos llevamos bien. Usted sabe que él hacía entrevistas especiales antes de verse envuelto en asuntos internacionales y creo que compartía mi preocupación por Betsy. Ella se sintió atraída hacia él, yo lo sabía y cuando él comenzó a salir con mi hija yo estaba encantado. ¿Puede imaginarse? Dejó de ver a esos vagos de pelo largo y casi parecía… normal de nuevo. Yo alenté esa asociación, no lo niego y algunas veces pienso que Jaime no hubiera llegado al matrimonio si no hubiese sido por mí. Pero, sea cual sea la verdad, se casó con ella y fue un desastre.

—¿Por qué? —Rachel se estremeció.

—Porque todavía seguía usando drogas. Logró ocultármelo, pero no podía ocultarlo a su marido.

—Ya veo,

—Dudo que así sea, mientras no viva con un adicto, no puede tener una idea de lo terrible que se vuelve si les falta la droga. Tuvieron pleitos espantosos y Betsy hizo cosas horribles. Ella siempre fue… como diría yo… amante del sexo opuesto. Desgraciadamente jamás me di cuenta de cuánto.

—¿Quiere decir… que hubo otro hombre?

—¿Otro hombre? —El señor Morrison torció los labios con amargura—. Hubo una serie de otros hombres. Cuando Jaime se iba a sus misiones, jamás sabía lo que encontraría en su cama al regreso. Créame, no es fácil para mí decirle estas cosas. Es mi hija, pero conozco a Jaime y le debo mucho. Y también sé que él, jamás le contaría los detalles más sórdidos.

—¡Oh, señor Morrison!

No hizo caso de su simpatía y siguió con pesar:

—Por supuesto ella se estaba matando, eso lo podía ver cualquiera. Le fallaba la salud y comenzó a tener alucinaciones. La llevaron al hospital.

—Yo no tenía la menor idea —titubeó Rachel—. Cuando… cuando fue a verme culpó a Jaime.

—Lo sé. Jaime me lo contó. Estaba hecho pedazos cuando usted rehusó escucharlo. Creo que casi estuvo a punto de suicidarse.

—Pero… seguía viviendo con Betsy —protestó Rachel—. Ella me lo dijo. Tenían la casa en Buckinghamshire.

—¿Qué casa? —el señor Morrison se quedó perplejo.

—Pollendale. Usted mismo lo mencionó.

—Mi querida Rachel, Pollendale es un hospital psiquiátrico. Creí que sabía. ¡Betsy ha estado allí durante los últimos… cinco años!

—Pero… ¿Cómo podía estar? Fue a verme… ¡Estaba embarazada!

—Embarazada, sí —el señor Morrison apretó la boca—. Uno de los otros pacientes fue el padre. ¡Un sórdido asunto!

—¿Cómo llegó a Londres?

—Se escapó. Le pegó en la cabeza a una de las enfermeras y robó su ropa. Se pone violenta en ocasiones, algunas veces me pregunto si volverá a escaparse.

Rachel apenas si podía soportar todo eso.

—Llevaba consigo el certificado de matrimonio.

—Sí, le permiten guardar sus cosas.

—¿Y cómo se enteró de mí?

—¿Cómo cree? Jaime se lo dijo, por supuesto. Quería que aceptara el divorcio. Al principio le aconsejaron que no le tocara el tema, pero ella parecía estar mejor y él pensó…

—¡Oh, Dios! —Rachel quería morir de vergüenza y desdén por haber sacado conclusiones erróneas. Inclusive su padre le dijo que las cosas no eran siempre lo que parecían. Él tuvo razón y ella se

equivocó.

—De todas maneras —el señor Morrison se aclaró la garganta—, parece que comienza a entender por qué no le reproché a Jaime su asociación con usted. Me culpé a mí mismo. Yo… arruiné su vida y… a Betsy.

Rachel parpadeó. Recordó lo que la señora Armstrong le dijo acerca de Terry Marshall y cómo después no quisieron recibir a Betsy en Clere Heights. Ahora sabía porqué y todo lo que podía sentir era un enorme peso por los años en que fue tan inflexible.

—No sé qué decir. Quisiera darle las gracias, pero temo que sólo parecería que no tengo corazón. Siento… siento lo de su hija, señor Morrison, créame, pero estoy contenta de que me lo haya dicho.

Jaime la esperaba cuando regresó al apartamento. Estaba vestido y no muy bien rasurado con una máquina de rasurar que encontró, se paseaba ansioso de un lado a otro.

—¿En dónde estabas? —Preguntó en cuanto la vio entrar—. Telefoneé a la oficina hace media hora y me dijeron que saliste faltando un cuarto para las doce.

Rachel se humedeció los labios.

—Así es. La verdad es… que me llamó Jack Morrison.

—¿Jack? —Jaime frunció el ceño—. ¿Por qué? ¿Qué quería? No sabía que estabas en contacto con él.

—No estoy, no estaba. Es decir… ayer hablé con él. Cuando llamé al estudio a preguntar por ti —Rachel suspiró al verlo perplejo—. ¡Oh, querido, siéntate y te explicaré, no tengo nada que ocultar!

Jaime permaneció de pie y ella también.

—Ayer, cuando llamé para preguntar cuándo regresarías de New York, estabas con Jack Morrison.

—Sí.

—Pues bien… me comunicaron a su oficina. Pensaron que seguías allí, pero ya te habías ido. Hablé contigo más tarde.

—Sigue.

Rachel apretó las manos.

—Trató de contarme de Betsy.

—Ya veo —asintió Jaime.

—Yo no quería dejarlo. Yo… me porté muy grosera con él. No podía creer que disculpaba… *nuestra* relación, siendo Betsy su hija. Le pedí que no te dijera que yo había llamado y eso fue todo.

—¿Y hoy?

—Él me llamó. Dijo que estaba… preocupado por mí, por la forma en que reaccioné. Le dije que tu madre había muerto, que habías llegado al apartamento y que íbamos a casarnos, pero insistió en que

yo debía saber acerca de… Betsy.

—¿Y?

—Lo encontré y me contó —le dirigió una mirada—. Y… y siento no haberte escuchado.

—¿Hace alguna diferencia?

—Por supuesto que sí —dijo Rachel con urgencia—. ¿Cómo imaginas que no la haría?

—No sé —se dio un masaje en las sienes con el pulgar y el índice —. ¿Entonces… cambiaste de opinión?

—¿Cambié de opinión? —Rachel puso cara de asombro—. Por supuesto que cambié de opinión. Fui… fui una tonta. Debí hacerte caso.

—Sí, sí, eso debiste hacer —se movió en forma torpe hacia la puerta—. Tengo que irme. Tengo que ir al apartamento a recoger algo de ropa limpia y luego al aeropuerto.

Rachel se humedeció los labios espantada.

—¿Y… y yo?

—Supongo que tienes que regresar al trabajo —su tono era seco—. No puedes disponer de tu tiempo. Yo… te dejaré saber cuándo será el funeral. Tal vez te gustaría ir.

—¡Jaime! ¡Jaime, por Dios del cielo! ¿De qué hablas? Ahora fue el turno de Rachel de acercarse a él desesperada, agarrarlo de la manga y mirarlo consternada.

—Tengo que irme —repitió él insistente, pero ella no lo soltó, rehusaba creer lo que oía.

—¡Jaime! ¿Estás enojado conmigo? ¿Crees que hice mal en escuchar lo que Jack Morrison tenía que decir? Sólo lo hizo por ti. Él sabía que nunca me dirías… todo. Por eso me habló. ¡Y oh, Jaime, no puedo comenzar a pedirte perdón por haber dudado tanto de ti!

—Dijiste que habías cambiado de opinión, que eso había hecho una gran diferencia.

—Por supuesto que sí y así es, pero sólo porque hizo que viera las cosas como eran realmente y no como yo creía que eran.

Jaime la agarró por los hombros, apoyándose contra el marco dé la puerta.

—¿Quieres decir… que todavía quieres que sigamos juntos?

—Que si quiero? —Suspiró y las lágrimas asomaron a sus ojos—. ¡Jaime, si me dejas ahora, no sé lo que haré!

—Rachel… —sin una palabra más la haló y acalló sus labios con los de él. Se besaron con intensidad, con pasión, fue un reflejo de las emociones que ambos estaban reprimiendo. No podía disfrazar el hambre de su cuerpo y Rachel quedó sin aliento cuando finalmente él apoyó su frente sobre la de ella.

—Lo siento —dijo Jaime y cuando ella comenzó a protestar, fue él

quien le puso un dedo sobre los labios—. Quiero decir… que fui un tonto. Creí… ¡Oh! no sé qué creí. Cuando no regresaste en seguida después que la recepcionista dijo que habías salido del edificio, pensé lo peor y luego, cuando me dijiste que Jack habló contigo, me convencí de que lo habías pensado mejor.

—Jaime…

—Ya sé. Fue una locura después de lo de esta mañana, pero en este momento no estoy muy confiado y supongo que quise creer lo peor.

—Te amo —murmuró ella y se acercó más—. ¿Tienes que ir realmente al apartamento?

—Sí, pero puedes ir conmigo. En este momento creo que debías comer algo, te veo muy pálida.

—Tú también —replicó temblorosa—. ¡Oh, Jaime, éste sí que ha sido un día!

—Por lo menos ahora sabes la verdad.

—Siento mucho lo de Betsy.

Jaime suspiró.

—No fue realmente su culpa. Comenzó a tomar droga cuando estaba en el colegio y el resultado fue… inevitable.

—Jack Morrison es un buen hombre.

—Muy bueno. Demasiado bueno en cuanto a Betsy, quien siempre pudo hacer con él lo que quería.

—Dime que me amas, haz que lo sienta, pero de veras.

—Te amo —le aseguró con suavidad— y pasaré la vida demostrándolo.

El funeral fue solemne y después que terminó, Robert acompañó Jaime y a Rachel a Londres. Iba a quedarse por un tiempo con unos amigos en Hampshire y quería estar cerca para cuando Rachel y Jaime se casaran al mes siguiente.

En el apartamento, Rachel se dejó caer en el sofá agotada, y aceptó la bebida que Jaime le ofrecía.

—Ha sido un día largo —dijo cuando él se estiró a su lado y la rodeó con su brazo para que ella se pudiera acurrucar feliz contra su pecho.

—Me da gusto estar en casa —dijo él, apoyando el mentón sobre su cabeza—. El tenerte aquí hace que todo sea más sencillo.

—¿Más sencillo?

—Mejor —se corrigió él—. Más alegre, cálido, más satisfactorio.

Rachel se acurrucó más y desabotonó la camisa para apoyar el rostro contra su pecho.

—Hueles bien —le acarició el pecho y él dejó a un lado su bebida para abrazarla mejor.

—A propósito —dijo después de besarla—, tengo una cosa para ti —metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pedazo de terciopelo—. Es algo que quería darte desde hace más de dos años.

El pulso de Rachel comenzó a latir de prisa cuando el anillo de rubí cayó en su palma. Era el anillo que pensó que había sido de Betsy y su corazón dio un vuelco al darse cuenta que él había tenido la intención de que fuera su anillo de compromiso.

—¿Lo usarás ahora? —preguntó sin tratar de ponérselo y ella asintió. Con ternura lo deslizó entre los dedos de Rachel y bajó la cabeza para acariciarle la mano—. Mi madre se salió con la suya —Rachel oprimió su mejilla contra la de él.

—Creo que eso era lo que quería.

—Así pienso. No había una razón válida para comprometerte en lo que esencialmente era un asunto familiar. Pero ella vio la oportunidad de juntarnos y su plan funcionó.

Rachel le acarició la mejilla.

—¿Ella sabía lo de Betsy?

—Sí.

—Jamás me lo dijo.

—Le pedí que no lo hiciera.

—¿Por qué?

Jaime suspiró.

—No sé. Parecía ser mi problema, asunto mío. Era algo que nosotros teníamos que resolver.

—Y lo hicimos.

—Sí, lo hicimos. A propósito. ¿Dijiste en serio eso de que eras una mujer de carrera? Parece que recuerdo que hablaste acerca de que era mejor compartir a una mujer con su trabajo que con otro hombre —la miró torvo—. Porque debo decirte, que no creo que haya estaciones de televisión en el Pacífico del sur.

Rachel curvó los labios.

—Supongo que depende en gran parte del hombre con que una se case —le hizo una mueca provocativa—. Además, no dije que era mujer de carrera ¿o sí? Hablaba imparcialmente.

—Y ahora yo hablo en forma personal. Debo decir que estoy muy satisfecho de oírlo —bostezó cubriéndose la boca con la mano—. Vamos a dormir.

—¿Voy a… quedarme aquí?

—¿Y en qué otro lugar? —aseveró Jaime en forma posesiva y entonces ella supo que ya no había más barreras entre ellos, sólo los esperaba el mundo maravilloso del amor.

Fin